

JOHAN MENDOZA TORRES

Condiciones básicas para hablar de política en Colombia

Dedicado a estudiantes de... lo que sea



CONDICIONES BÁSICAS PARA HABLAR
DE POLÍTICA EN COLOMBIA
(DEDICADO A ESTUDIANTES DE... LO QUE SEA)

CONDICIONES BÁSICAS PARA
HABLAR DE POLÍTICA EN
COLOMBIA

(DEDICADO A ESTUDIANTES DE...
LO QUE SEA)

JOHAN MENDOZA TORRES



Mendoza Torres, Johan

Condiciones básicas para hablar de política en Colombia: (Dedicado a estudiantes de...lo que sea) / Johan Mendoza Torres, Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2017.

168 páginas, ilustraciones, graficas.

Incluye referencias bibliográficas (páginas 163-167)

ISBN 978-958-782-009-6

1. Ciencia política 2. Comunicación en política 3. La comunicación de masas – Aspectos sociales I. Universidad Santo Tomás (Colombia).

CDD 302.2

Co-BoUST



© Johan Mendoza Torres

© Universidad Santo Tomás

Ediciones USTA Carrera 9 n.º 51-11

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: (+571) 587 8797 ext. 2991

editorial@usantotomas.edu.co

<http://ediciones.usta.edu.co>

Directora editorial: Matilde Salazar Ospina

Coordinadora de libros: Karen Grisales Velosa

Coordinación editorial: María Carolina Suárez Sandoval

Asistente editorial: Andrés Felipe Andrade

Corrección de estilo: Gustavo Patiño Díaz

Diseño y diagramación: CS2

Imagen de portada de Biodiversity Heritage Library usada bajo licencia Creative Commons.

Licencia 2.0. de atribución. Disponible en: <https://goo.gl/jcO5gU>. Ninguna modificación se hizo sobre la imagen para esta edición.

Hecho el depósito que establece la ley

ISBN: 978-958-782-009-6

e-ISBN 978-958-782-010-2

Primera edición, 2017

Esta obra tiene una versión de acceso abierto disponible en el Repositorio Institucional de la Universidad Santo Tomás: <https://doi.org/10.15332/li.lib.2017.00100>

Todos los derechos reservados

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

*A mi familia, en especial a mi hermana Julieth,
que siempre está conmigo*

Agradecimientos

A la Universidad Santo Tomás; a Nubia Rubio, quien facilitó la oportunidad de presentarme como docente en Bogotá; al Padre Alberto Ramírez, a Miguel Moreno y a Eduardo Gómez, quienes creyeron en mí y me brindaron la oportunidad de acompañar el proyecto de las humanidades en la USTA; al Departamento de Humanidades, porque me brinda la posibilidad de ser feliz trabajando; a los amigos y amigas en Bogotá e Ibagué que creen en mí y con quienes he compartido grandes momentos académicos; a la profesora Jenny Marcela Rodríguez y su gestión editorial; a la profesora Diana Cely, por su orientación en todo lo correspondiente a normas de citación, y, en general, a todas y todos los que siempre están ahí.

CONTENIDO

PREFACIO	11
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1. “O BLANCO O NEGRO”: EL PROBLEMA DE HABLAR DE POLÍTICA EN COLOMBIA	19
CAPÍTULO 2. CORRUPCIÓN Y VIOLENCIA: LA FRUSTRACIÓN POLÍTICA EN COLOMBIA	39
CAPÍTULO 3. DIFERENCIA ENTRE HACER POLÍTICA, HABLAR DE POLÍTICA Y ESCRIBIR PENDEJADAS EN LAS REDES SOCIALES	75
CAPÍTULO 4. ¿DERECHA O IZQUIERDA?: BREVES SIMILITUDES Y DIFERENCIAS PARA TENER EN CUENTA	97

CAPÍTULO 5	
LA FALSA OBJETIVIDAD: EL VERDADERO PROBLEMA DE LOS MEDIOS INFORMATIVOS	115
 CAPÍTULO 6	
COLOMBIA: ENTRE EL FETICHE DE LA DEMOCRACIA Y EL NEUROLIBERALISMO	131
 CAPÍTULO 7	
DEL INDIVIDUO AL SUJETO CRÍTICO, Y LUEGO, AL SUJETO POLÍTICO	151
 EPÍLOGO	161
 BIBLIOGRAFÍA	163

Prefacio

Condiciones básicas para hablar de política en Colombia es un texto que contiene parte del espíritu de la enseñanza con enfoque en las humanidades, puesto que lleva consigo un factor fundamental consistente en erradicar las barreras tangibles o abstractas que sitúan a los estudiantes tan solo como “estudiantes de” y pasa a alinearse en una decisión temeraria que ofrece al sujeto asumir un escenario reflexivo, personal, social y crítico en el cual pueda desarrollar perspectivas de la realidad social, la política y su papel como ser humano en un mundo que tiene características inimaginables, cotidianas y que superan el ámbito exclusivamente académico.

Vale la pena traer a colación una pregunta elemental: ¿Cómo exponer núcleos problemáticos con enfoque político a un público que lee o estudia carreras tan diferentes y “alejadas” de ese enfoque político? La respuesta muchas veces no llega a buen término; en ocasiones, un mensaje, presencial o escrito resulta en un acto fallido o en un pésimo intento pedagógico en que un personaje, aun teniendo conocimientos de sobra, no logra hacer llegar de manera clara dicho mensaje a un público que, por principio, no está orientado a escucharlo. Entonces,

¿a qué debe imprimirse vital atención para solucionar esa pregunta elemental? La respuesta es, sin duda, al lenguaje.

El presente texto es una reflexión que surge a partir del diálogo directo con los estudiantes, con sus preocupaciones, sus inquietudes, sus dudas, su desconocimiento, sus certezas, utopías, distopías, desesperanzas, desconfianzas y anhelos frente a los escenarios políticos que reconocen. Por lo anteriormente mencionado, el presente texto significa, nada más que el propósito de escribir a ese grupo esencial de la universidad: los estudiantes, sin distinción de género o cultura.

Por lo tanto, el estilo romperá con la paciencia del academicista y probablemente muchos lectores no soportarán el uso de la primera persona de la gramática castellana, ya sea en singular o en plural, no porque sea un crimen usarla, sino porque las barreras que se imponen a las formas metódicas en que escribimos o expresamos las ideas en el ámbito universitario son tan altas, que es probable que hayamos dejado a un lado la incertidumbre para reemplazarla por la certeza indiscutible que nos convence de una única manera en que debemos conocer y, en este caso, expresarnos.

No obstante, el lector hallará aquí referencias teóricas claras, referencias bibliográficas explícitas y propuestas lógicas que darán cuenta del tratamiento conceptual a las problemáticas que se plantearán capítulo a capítulo. Empero, y como sana advertencia, si el lector espera encontrarse un tratado sobre política, se llevará una gran decepción, ya que atendiendo a un clamor de base, fáctico y esencial, el presente libro, sociológicamente se puede anunciar ni más ni menos como un texto cuyas características más cercanas son la formulación de preguntas, el metalenguaje, la exclamación, el salto atemporal histórico, al mejor estilo de las películas que van pasando las partes del final desde el comienzo y luego se devuelven obligando a los espectadores a tejer autónomamente formulaciones lógicas de posibles desenlaces para estructurar una comprensión general.

Respecto de los recursos de los cuales se sirve el texto, aparte de la bibliografía citada, son los diálogos que emergen de la interacción entre

docentes y estudiantes, o entre estudiantes y otros estudiantes luego de los seminarios, cátedras y charlas magistrales que reúnen a sujetos de diferentes programas académicos a hablar sobre política, a discutir o debatir, con el propósito no de volverse expertos, sino de atender a la realidad, a sus problemas de base, sin perder el rigor teórico.

Esto es *Condiciones básicas para hablar de política en Colombia*: un texto académicamente dedicado a los estudiantes colombianos del hoy, con problemas del hoy, y con una percepción muy particular frente a la política. En este marco, espero que el presente texto logre desarrollar formulaciones críticas desde los subsiguientes capítulos.

JOHAN MENDOZA TORRES

Introducción

Colombia es un país donde realidades y conceptos tales como *partidos políticos, violencia, corrupción, indiferencia*, forman parte de una compleja amalgama que configura el imaginario colectivo sobre lo que es la política. Si saliéramos a una calle, a un barrio colombiano y preguntáramos a cualquiera su opinión sobre la política, probablemente encontraríamos un consenso negativo frente a la misma. Por otra parte, si ingresamos a los círculos más íntimos de la sociedad colombiana, sabemos claramente que la palabra “mierda” surgiría como sinónimo de la política en Colombia.

Claramente, esto no debe ser un escándalo leerlo, saberlo, ni aceptarlo como una penosa realidad; es mucho más importante develar por qué es así, por qué la gente colombiana, común y corriente, quedó inmersa en la aceptación de esta penosa realidad que en un momento dado de la historia cubrió con una oscura nube la complejidad y oportunidades que en realidad contiene la política.

Hablar de política en Colombia se ha convertido en un impulso irresoluto de debate entre convicciones sin raíces profundas, entre personas que operan bajo la dinámica que ofrece la mercadotecnia,

entre intelectuales que no quieren dar la cara por nadie más que por ellos mismos, entre vociferaciones por Facebook y Twitter, entre muertos que ya ni los noticieros masivos publican, entre el desencanto de aquellos que quieren creer y quedan “matriculados” en círculos de clientelismo y corrupción sin medida; sí, acerca de esas terribles cosas se habla al relacionar brevemente la palabra *política* en Colombia. ¿Qué ocurrió? por qué se ha perdido la condición básica para hablar de política que, a juicio del autor, es la comprensión de los procesos históricos que han llevado los pueblos, para así determinar las razones presentes y futuras de organización colectiva. ¿Se perdió? O bien, ¿continúa tratando de resistir en algunas pequeñas logias de estudio o en movimientos sociales que aún siguen soñando con la alianza obrero-estudiantil-campesina?

Sin lugar a dudas, y algo que se puede confirmar *a priori*, pero también *a posteriori*, es que hablar de política en Colombia es algo complejo, se convierte en un lío tremendo ante la imposibilidad de erigir unas condiciones básicas que permitan a los colombianos aceptar diferencias y reconocer definitivamente cosas perjudiciales para la sociedad o para “el común”.

Correlacionadamente, “el común” o, más específicamente, lo común es un concepto mucho más complejo de asimilar de lo que parece, pues en medio de discursos de democracia, de igualdad y de libertad, prevalece un interés individualista y de especulación abrumadores; en este marco, sería un insulto con el lector, venir a argumentar en el presente libro que los terratenientes de Colombia, so pretexto del bien común, darán una porción de sus millones de hectáreas a los más pobres, o que los bancos le dirán a la sociedad que consignarán en las cuentas de sus clientes los excedentes ganados con el cuatro por mil. No.

Este libro no es una construcción argumentativa a la ingenuidad o a la utopía filantrópica; el autor es consciente de que existen poderes monumentales que no quieren saber nada de lo colectivo o de la comunidad; así mismo, este libro tampoco hará el papel de

proselitismo a un partido, ni a un interés financiero propiamente dicho; la necesidad imperante para Colombia es desarrollar el pensamiento crítico, y cuando se comprenda que pensar críticamente no es ser uno de un bando u otro, entonces se podrá decir que desde la academia estamos haciendo algo muy positivo, de eso pueden tener certeza absoluta los amables lectores.

En estos marcos, es verdad que la frase típica que se aprendió el colombiano promedio es aquella que versa “Si no trabajo, no como” y que ha servido como caballo de batalla para aquellas personas que no quieren reconocer que sin la función colectiva, la función individual sería obsoleta. Del mismo modo, ha funcionado como caballo de Troya, para ideologías políticas que se instauraron en la academia, en la sociedad, en los medios, con un traje elegante de objetividad, de emprendimiento, competitividad, y lo que les ha dado más resultado: una actitud repelente hacia la política, hacia las ideologías y el Estado, todo lo anterior, aparentemente... aparentemente.

Las premisas que se anuncian escuetamente en esta introducción quieren invitar al lector a que, luego de la lectura de los capítulos subsiguientes, pueda reconocer que está en total desacuerdo o en parcial acuerdo con muchas de las ideas que aquí se plantearán; ideas que no pretenden ofrecer rasgos de un tratado sobre la política, sino demostrar que se puede escribir sin miedo a quedar circunscripto en conclusiones deterministas, que incomoden o refresquen a muchos y que como un propósito manifiesto de lo que será este libro, puedan alimentar la reflexión y ahondar en la comprensión de la necesidad tan grande que tenemos como sociedad de sentarnos a hablar de política, pero en serio.

Finalmente, es importante resaltar que este libro es una propuesta de reflexión crítica, esa que puede renegar del poder financiero mundial, pero que también se atreve a criticar las viejas y ortodoxas formas de pensar “en contra de”, me refiero pues, a que por más que el lector intente catalogar de izquierda o de derecha este pequeño libro (que es algo típico cuando se habla de política en Colombia), luego

de su lectura probablemente entenderá que la propuesta más crítica que se alimentará bajo el manto de estas letras es preguntarse, por ejemplo, si ser de izquierda o de derecha es una condición para hablar de política o una condición impuesta por la realidad más triste que hemos vivido los colombianos: corrupción y violencia.

Invito entonces, a que nos adentremos en un debate, un debate de usted con usted, con estas ideas, para que en caso de que las intenciones se petrifiquen y emerjan las acciones, seamos capaces de comprender las condiciones básicas para hablar de política en Colombia.

Capítulo I

“O blanco o negro”: el problema de hablar de política en Colombia

La gente cree que el problema de Colombia es la guerra. Otros tantos, con el criterio tomado de alguna charla de auto superación emprendedora al mejor estilo norteamericano, creen que el problema de Colombia son los pobres. Para algunos pocos, Colombia no tiene problemas y para otro tanto de la población, el peor problema que tiene Colombia es la corrupción. ¿Cómo asegurar quién o quiénes tienen la razón si, por ejemplo, cualquier ciudadano promedio no sabe que Panamá no fue robada por ningunos “gringos”, ni que se independizó por azar, sino que fue vendida por un grupo de hacendados y políticos colombianos? ¿Cómo dar la razón a unos y otros, si de lo poco que logra convencer esta democracia contemporánea es de votar por *slogans* y rostros, pero jamás por ideas políticas? ¿Cómo asegurar que la solución es la izquierda parlamentaria, cuando en Colombia sus miembros, como los de la derecha parlamentaria, parece que tienen los mismos carnés de socios, en los mismos recintos de esparcimiento?

El propósito de este capítulo es lograr argumentar una tesis muy particular: en Colombia, el poder político se ha ejercido bajo el modelo de la exclusión. Al parecer, es el modelo de una auténtica dicotomía contradictoria, en esencia discursiva, pero manifiesta en violencia para los menos entendidos (es decir, la mayoría) que

cree que se es un partidario más fiel de una idea política, matando al vecino, echándole un “madrazo” o violentándolo según cuanta categoría de violencia hayan determinado los sociólogos.

Es necesario, para la comprensión de lo que serán los capítulos siguientes, hablar un poco de historia, pues en ella se resguarda un mundo gigante de secretos, de afirmaciones, de negaciones, de pequeñas verdades, de grandes mentiras. Entonces, se puede afirmar que es en el conocimiento de nuestra historia donde yace la primera condición básica para hablar de política en Colombia.

Ahora bien, si me refiero al conocimiento de nuestra historia no hago referencia a que absolutamente todo colombiano debe ser experto en historia o tan siquiera guardar una buena relación entre línea de tiempo, paradigmas y conceptos, que sería lo mínimo para decir “sé historia”. Tampoco hago referencia a que sin saber historia entonces una opinión política no valga; en realidad, la gente puede opinar lo que desee; sin embargo, como mencionaba en la introducción, existe indudablemente una complejidad absoluta a la hora de hablar sobre política en este país y una de tantas razones es porque solo opinamos sin conocer; como aseguraba Bourdieu, se gesta la ingenuidad democrática más grande cuando creemos que todo el mundo tiene una opinión acertada de los temas, impulsando así, debates desprovistos de sentido (Bourdieu, 1972); por supuesto, hablar sin sentido es otro de los males en Colombia: en muchas ocasiones, hablamos de política sin un mínimo fundamento. ¿De dónde tomar el fundamento? Bien, la historia es mi propuesta inicial.

Al ser sociólogo, y no historiador, corro el riesgo de que se me escapen miles de detalles; no obstante, como la intención es dar sustento a las condiciones básicas para hablar de política en Colombia, la remisión histórica que comentaré en este capítulo la asumiré a partir de generalidades indudables que pueden orientar al lector a hacerse una idea de más o menos cuándo se profundizó la problemática social de origen político.

Desafortunadamente, debo iniciar escribiendo que Colombia, previa y posteriormente al proceso independentista, logró a dura penas, establecer una revolución administrativa, algo muy pero muy lejos de lo que ese ideal moderno y liberal argumentaba, o lo que algunos elocuentemente llaman aún una revolución social y política.

En principio, se puede afirmar que sí fue una revolución política, ya que sacar a los españoles no solo significó una lucha armada contra un ejército imperial, sino que la cosmovisión monárquica, fue evidentemente reemplazada por una de tipo republicano al menos en el papel.

Empero, de allí a hablar de una revolución social, hay un largo camino que hoy conduce a preguntarnos sobre la degeneración de la aristocracia gobernante (criollos), educada para gobernar y su metamorfosis en una oligarquía criticada, así como la conversión final de la gran mayoría de sus integrantes en gerentes plutocráticos, sin visión humanista alguna. En ese camino, tendríamos que preguntarnos hoy por la inequitativa tenencia de la tierra que pervive con proporciones porcentuales descomunales y absurdas, manteniendo aún, según el Departamento Nacional de Estadística (DANE, 2015) una tasa de pobreza en el campo del 44,7 %.

Recapitulando, dicho proceso independentista se apartó política y socialmente de los propósitos autóctonos que por ejemplo emergieron años antes en la movilización de los comuneros, grupos de hombres y mujeres, trabajadoras, comerciantes y campesinos que desafiaron tiempito antes que los franceses a una corona europea. De forma macabra, las piernas, brazos y cabeza de José Antonio Galán (líder comunero) quedaron colgadas en las entradas y plazas de pueblos neogranadinos como advertencia española contra un levantamiento que, a diferencia de la aristocracia local independentista, nunca buscó derrocar al rey, sino, según las proclamas, acabar con el mal gobierno.

La anterior es una connotación fundamental para argumentar por qué posterior a la Independencia, los criollos, los hacendados y santanderistas vencedores de la revolución política, enemigos de ese tal Bolívar, del loco de Nariño (unos “dictadores y demasiado soñadores”) terminaron envueltos en un sin número de guerras civiles, acuñación de monedas propias, constitución de ejércitos propios, de modelos hacendistas que negaron el desarrollo esencial de una república.

“Los intereses confabulados contra Bolívar no tenían otra ambición que destruir su prestigio para poner término a todas las empresas destinadas a dar la revolución con lineamientos continentales, algo poco grato a los hombres solo capaces de progresar en el fácil juego de las intrigas de provincia” (Liévano, 2013, p. 201).

Esta contradicción inicial, que aparece como histórica, a mi juicio la representa muy bien, *Libertador*, esa composición cinematográfica del director venezolano Alberto Arvelo que muestra de una manera tácita y simbólica, cómo el interés continental de Bolívar, por ejemplo, se oponía al interés provincial de Francisco de Paula Santander.

Santander fue un defensor indirecto del antiguo *statu quo*, puesto que él como muchos criollos, una vez estuvo desterrado ese viejo sistema monárquico español, que les había otorgado títulos, haciendas y demás propiedades para consolidar una clase noble, fiel y dócil, ahora con el cambio político, dichas propiedades ya no serían protegidas por la gracia del rey y mucho menos redistribuidas o rechazadas con odio por parte de esos criollos (como debió haber sido), sino que ahora en el nombre de la ley, que yo le llamaría más acertadamente legalismo, el sistema de privilegios español nunca se desarticuló, sino que se afianzó, dejando el camino trazado para problemas de tierras que aún hoy no culminan en Colombia.

Es que el sin sabor es muy grande; lo más obvio era que aquellos hacendados, que precisamente tenían la condición de hacendados

gracias a la corona española y que a la vez se levantaron contra ella, luego de la Independencia y el cambio de poder, reorganizaran lo más elemental para hablar de una república: la tenencia de la tierra, la titulación o el control al monopolio, como sí lo hicieron por ejemplo en los Estados Unidos luego de la independencia.

No, eso aquí nunca ocurrió porque el juego de intereses personales consolidó la clase terrateniente y los problemas internos aumentaron ante el fracaso de la configuración de un *Estado-nación* que no llegó más allá de unos papeles firmados.

Prosiguiendo con esta breve mención histórica, que de seguro, ya unos estarán tildando de atentado contra la historia, llegamos entonces a un momento determinante y es una bifurcación trascendental que vivió Colombia en términos políticos: me refiero, pues, a la aparición de los partidos conservador y liberal. Si bien desde antes de su respectiva fundación, estos partidos ya poseían fuertes partidarios a consolidar sus líneas, en un principio y sin entrar en el detalle del trasfondo económico que tiene la cuestión, se podría asegurar que esta contradicción que dividió la política colombiana en conservadores y liberales tiene raíces en intereses de terratenientes, de aquellos que no querían que se perdiera la tradición colonial, de aquella burguesía emergente en las ciudades, de la Iglesia, de los militares, que en conjunto seguían siendo esos mismos criollos, quienes teniendo fuera a los españoles, no llegaron a consolidar un gobierno donde las ideas pervivieran. Ha de saberse que mucho antes de la fundación de los partidos, la Guerra de Los Supremos (1839-1841) ya se había presentado, tal vez como un penoso preámbulo de lo que llegaría a ser la absurda manera de entender la política colombiana en principio no “blanca o negra” sino “roja o azul”.

Adelantándome unos cuantos años más, lograré argumentar por qué ver todo bajo la lógica “blanco o negro” sigue significando un gran problema a la hora de hablar de política en Colombia. Agregando que la memoria histórica está aún con vida y muchos

de nuestros abuelos, aquellas personas, que nacieron en los años 1920 o 1930, siguen en pie contando la locura vivida durante el siglo XX. Con ese relato vivo, es posible afirmar que la división más absurda entre colombianos y colombianas, fue imbuida por una clase dirigente bipartidista que promovió la guerra fratricida en el periodo conocido como *La violencia*, por allá en los años 1940 y 1950.

Una niña en la plaza, salió con moños rojos en las trenzas. Era día de mercado, había mucha gente, pero con eso tuvieron las familias para pelearse y agarrarse a tiros. Yo no sé cuántos murieron, pero sí recuerdo el llanto de la gente y las groserías entre rojos y azules. (Entrevista a Myriam, mujer presente en una balacera producto del bipartidismo en Chiquinquirá)

Para nadie es un secreto que el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán (1948) ha quedado establecido cronológicamente como el momento del estallido más impresionante de la violencia en Colombia. Simplemente, los intereses liberales y conservadores no compaginaban; además, siendo francos a la memoria y a los discursos de Gaitán, muchos de los cuales se pueden encontrar hasta en YouTube, el gaitanismo develó esa antigua costumbre de entender la política como “blanco o negro”, liberal o conservador, “godo” o “cachiporro”, y la condenó afirmando que esa era una disputa de élites impuesta a la gente, habló con vehemencia contra la conformación de una oligarquía, un grupo que lo componían pocas familias que mediaban o se disputaban el poder entre sí.

La muerte de Gaitán trajo consigo un boicot popular, porque hasta los menos letrados, supieron que aquel tipo hablaba en la plaza y hablaba contra rojos y azules. Era una tercera opción, no tan difícil de asimilar como las propuestas del comunismo o el socialismo, que atraían a muchas personas, pero las ubicaban en una lucha de carácter cultural, en razón de las raíces católicas de la sociedad colombiana.

Se dio comienzo entonces a un triste marco de masacres en los campos a manos de los “pájaros” y los “chulos” (escuadrones de la muerte). Podemos definir a los “pájaros”, como “aquel matón movido de fuera, aquella fuerza oscura y tenebrosa que era movilizada para amedrentar, presionar y asesinar, que luego de actuar desaparecía bajo el espeso manto de humo tendido por directorios conservadores, autoridades y funcionarios públicos” (Quintero, 2008, p. 250). Pájaros y chulos, organizados por lugartenientes regionales y financiados por el directorio del partido conservador, avanzaban en los campos a la vez que se levantaba la inminente respuesta campesina con la organización de guerrillas liberales con fuerte impacto en el Tolima y en los Llanos Orientales, así como también, gente que inducida por la violencia inicial, respondió con más violencia consolidando el bandolerismo. A partir de ese momento, Colombia ofrecía el panorama más contradictorio, doloroso, pero cierto de la humanidad: una guerra civil.

Una guerra civil que no la habían vivido a esa escala los viejos dirigentes de ambos partidos. Si bien antes ya habían combatido en diferentes ocasiones, este momento tuvo rasgos particulares porque el gaitanismo fue la comprensión de que la política en Colombia estaba viciada por una cosmovisión que le era ajena, ese “blanco o negro” que dividió sin criterio comprensivo o medianamente racional a la sociedad del común.

Los niveles de violencia hicieron insostenible el ejercicio del poder político, así que el gobierno dimitió y luego de una cena en la Escuela General Santander al sur de Bogotá, se sacaron un par de tanques del Cantón Norte, y sin resistencia alguna, una dictadura militar al mando de Rojas Pinilla (1953) entró de manera tranquila al Palacio de Nariño (Atehortúa, 2010).

Por su parte, al mejor estilo de lo que se podría denominar un Michel de Nôtre-Dame (Nostradamus) criollo, Gaitán lo promulgó, pero no vivió para ver el resultado de la unificación definitiva de esa oligarquía a la que tanto atacó y que desde España (un país

en dictadura para el año 1956) anunció la unidad por la democracia y contra la dictadura de Rojas Pinilla firmando el Pacto de Benidorm que consiguientemente daría origen al Frente Nacional (FN), una alternación del poder, para no pelear más jamás, para no dejar que por estar peleando, un militar o una fuerza diferente a los dos partidos ocuparan las riendas del poder nacional.

¿Cuál fue el problema con Rojas Pinilla? ¿Fue realmente una dictadura criminal que se dedicó a exterminar gente? ¿O fueron unos años en que sin liberales ni conservadores el país tuvo un desarrollo estructural que no se ha visto jamás en Colombia? Es difícil dar una respuesta que no esté sesgada, pero algo importante que se debería reconocer es que la prolongada concentración de poder, sea en una persona, en un grupo de familias, en un grupo económico regional o en dos partidos políticos, no trae nada bueno para las mayorías.

Luego de que Rojas Pinilla fue desplazado del poder político, de la misma forma en que llegó, es decir, a través de golpes constantes de opinión desde los periódicos *El Tiempo* (liberal), *El Colombiano* (conservador), *El Espectador* (liberal) y *El Siglo* (conservador), el Frente Nacional (1958-1974) se vislumbró aparentemente como un pacto democrático que había vivido el país, pero marcó un regreso autoritario del bipartidismo.

A todas estas ¿dónde habían quedado los gaitanistas? Sin duda alguna, el problema del caudillismo es que, muerto el caudillo, acabado el movimiento; es una triste lógica que se desprende de esa resistencia que tiene el individuo a convertirse en un sujeto y pensar por sí mismo, no solo para sí mismo, sino en función ambivalente: propia y colectiva. Los gaitanistas se esparcieron: unos entre las promesas del Frente Nacional, otros entre los liberales más radicales, otros dejaron de creer y unos, bastante significativos, dejaron de ser guerrillas liberales o autodefensas campesinas, y se configuraron poco a poco en la ideología socialista y comunista.

Por supuesto, en Colombia, para la época, al igual que en muchos países inequitativos y excluyentes del mundo, muchos vieron con emoción y ejemplo el triunfo de la Revolución Cubana (1959), otros la sintieron como una amenaza, y previendo la posibilidad de ver en Colombia una segunda Cuba, varios gobiernos abrazaron la oferta del plan de seguridad de Estados Unidos que desarrollaba una guerra a todo nivel contra la otra súper potencia de la época, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Es decir, de cara a lo anterior, esa manera de entender la política en Colombia, esa vergonzosa manera que nos había hundido en un absurdo “blanco o negro” durante la disputa bipartidista, ahora tomaba otro tinte ideológico, una nueva oposición de frentes políticos que con un fresco grupo unificado de liberales y conservadores, harían frente concreto a la amenaza roja que desde los campos y los sucesos de Marquetalia, consolidaron el pensamiento revolucionario consecuente a una época, a un orden mundial, que dividió al mundo en dos polos de influencia: capitalistas versus comunistas, demócratas versus socialistas, gente de bien versus rojos terroristas, honorables representantes versus gente de izquierda.

Cuando finalmente los efectos expansivos de la Guerra Fría llegaron a América Latina, Estados Unidos ya tenía delineada toda una serie de políticas y estrategias de contención del comunismo, que primariamente, parecían resultar efectivas en la región. Debido a la inflexibilidad de la retórica ideológica que mantuvo al conflicto rusionorteamericano vigente durante tanto tiempo, Estados Unidos interpretó cualquier signo de cambio político, social y/o económico que no respondiera a los parámetros de un Occidente capitalista y democrático, como una infiltración del comunismo internacional, y por ende peligroso a los intereses norteamericanos. (Lourdes, 2006, p.19)

Sí, la guerra fría influyó en lo que significaba hablar de política en Colombia. Si hablabas de política para esa época, te metías en

algo serio, pues eras consciente de la corrupción, ya Gaitán había enseñado que la oligarquía estaba adueñada del país. Eras consciente de que había que luchar por los derechos y que la permisividad del gobierno a los sindicatos era una burla al margen de la acción real de los trabajadores so pretexto de que estos no se aliaran con los comunistas. Eras consciente de que un grupo guerrillero de letra y número (M-19) emergió con planteamientos de tipo nacionalista, que fue considerado de izquierda, pero que no se consideró propiamente de izquierda por su disidencia abierta a esta ideología y manejó discursos hasta parecidos a los de Gaitán, ese grupo al final traería la guerra a las ciudades. Eras consciente de que en los campos las guerrillas parecían indestructibles y de que el asesinato de miles de militantes del movimiento Unión Patriótica significaba que hablar y meterse en política sin armas era algo realmente serio.

Y allí, en medio de la contradicción de un país catalogado como una sólida democracia mientras se derramaba sangre y más sangre, el siglo XX llegaba a su final en primer lugar, con la emergencia del narcotráfico y con él la emergencia del paramilitarismo para que juntos, instauraran la cultura del dinero fácil y la violencia sin criterio político. En segundo lugar, con la caída de la Unión Soviética que dejó sin foco y sin sustento a los revolucionarios de la época. En tercer lugar, con la victoria del modelo económico capitalista sobre el socialista y dentro de esta realidad, la más grave de todas, el triunfo teórico dentro del modelo capitalista de la visión de Milton Friedman por sobre la de John Maynard Keynes. En cuarto lugar y en consecuencia a ese viraje de la economía política capitalista que ya no tenía que competir con las tesis del comunismo y podía dejar de comportarse caritativamente, dejar a un lado el control a los monopolios, dejar de subsidiar y quitarse ese título extraño de “capitalismo social”, se comienza a hablar en Rusia y por consiguiente en el mundo entero, de reestructuración, de apertura, de libertad económica; aquí en Colombia eso nos

llegó en una especie de “paquete chileno”¹ pues la constituyente de 1991, significaba que por fin los grupos políticos que tuvieron que tomar armas para hacer política en Colombia ya no tendrían que recurrir a la violencia. Ya no más, la nueva Constitución reconocería su ejercicio, y aparentemente todo sería paz y amor. En medio de esa posibilidad del fin de la guerra de guerrillas, el narcotráfico irrumpe con muerte indiscriminada y una bolsa gigante repleta de dinero que le cayó como anillo al dedo a aquel discurso de la libertad económica, la especulación y la apertura.

En 1990, César Gaviria fue electo presidente de carambola ante el magnicidio de Luis Carlos Galán, quien iba a ser de seguro el presidente de Colombia, pero que murió a manos de la estructura criminal de Pablo Escobar, la colaboración de políticos como Alberto Santofimio y funcionarios que hoy están investigados y sobre los cuales aún no hay sentencia, como el general Miguel Maza Márquez que para ese entonces era el director del Departamento Administrativo de Seguridad (algo así como el servicio secreto colombiano).

Gaviria, anunció con su característica voz “galluda” la liberación de los mercados, la apertura de la economía colombiana que, según el cuento de aquella época, lanzaría al país a un mar de superación en el que nuestra economía competiría, por ejemplo, con la de Estados Unidos en una franca lid mediada por una mano invisible; eso ocurriría en este país con vías intermedias que más parecían (aún) lodazales, con una carretera que comunicaba (aún) todo el comercio internacional con el puerto sur oriental de Buenaventura en regulares condiciones. A propósito de la vía hacia el puerto de Buenaventura, debo agregar que es un tramo de 42 kilómetros cuyo recorrido sin tráfico puede tardarse dos horas y media, una vía que atraviesa la cordillera central del país en

1 Nombre popular en Colombia, que designa una forma de robo, mediante engaño en la fila de un banco.

medio de subidas impresionantes, curvas absolutamente cerradas y que si dos tractocamiones se rozan, entonces se paraliza el tráfico por más de ocho horas.

Sí, Gaviria habló sobre las bondades de la apertura y de cómo el país ya estaba listo para competir, así hubiese presencia de paramilitares cometiendo masacres de la mano de las fuerzas armadas, de guerrilla realizando secuestros masivos en las carreteras, de una tenencia casi feudal de la tierra, sumando a condiciones de pobreza monumental, ahí en ese marco, tendríamos la fuerza para competir contra Europa o Estados Unidos juntos supuestamente.

Probablemente los colombianos se estaban secando las lágrimas por el asesinato de tanto líder político, que no tuvieron el tiempo de asimilar lo que ocurriría a partir de 1990. Hablar de política en Colombia y en consonancia con la derrota internacional del comunismo, parecía que era cuestión del pasado. Hablar de política en Colombia se comenzaba a convertir en algo trillado, ahora había que dejar “tanta pendejada” y trabajar para comer, hacer negocios y gastar dinero en un sistema de ocio capitalista que tomó una fuerza monumental y se desarrolló de manera exponencial hasta nuestros días.

Si para los años 1990, los colombianos solo conocían centros comerciales por el estilo de Bulevar Niza y Unicentro (cuando aún no los habían remodelado), ya para la primera década del siglo XXI, el centro comercial pasó a ser el eje de la vida social, para nadie es un secreto que ante el plan de ir a un centro comercial, no importa si no hay dinero, para eso está el crédito, no importa si no hay ni plata ni crédito, aún hay helados de \$2000 y degustaciones en los supermercados...

¿Era casualidad? claro que no. ¿Y entonces la política? Es una mierda. ¿Quién lo dijo? ¿Acaso los miles de muertos? ¿O tal vez los vencedores de la Guerra Fría, que consecuentemente al no tener un elemento dialéctico beligerante se afianzaron mediante un discurso unilateral como “la realidad general” común y corriente,

donde un modelo de vida, un modelo económico al parecer incuestionable, penetró los temas políticos y culturales de una forma muy particular?

Este último interrogante es la antesala del desarrollo de la idea central del presente capítulo expuesta en las primeras páginas de este texto: en Colombia, el poder político se ha ejercido bajo el modelo de la exclusión. ¿Quiénes o qué son los excluidos? Bien, bajo las premisas expuestas, con el modesto y nudista *abstract* histórico presentado anteriormente, los excluidos durante la Independencia, fueron los comuneros, los que salieron de las fincas y caminaron por la dignidad, esos que no querían ser gobernantes, sino quizá tener una tiendita para vender tabaco o aguardiente, tener un pedazo de tierra donde cultivar y mandar en mulas para Santafé los resultados de la siembra, tener una familia, amigos y compadres. Allí, el poder terrateniente bajó del bus a más de uno y le calmó con látigo o a balazos las ínfulas de la verdadera libertad, la nación recién independiente, no tenía gente con experiencia en administración pública, todo siempre lo hicieron los españoles, y los espantosos intereses de ese grupo de criollos, devastó el sueño desde el principio.

Los excluidos durante la confrontación bipartidista fueron todos aquellos que no se identificaron ni como azules ni como rojos, es más, cuando por azar llega un tipo llamado Gaitán e intenta agrupar a esos no-alineados, entonces lo matan, y ese hecho desencadena una guerra civil y termina todo en el Frente Nacional.

Allí los campesinos que tan solo querían vivir tranquilos en sus parcelas, esperar las fiestas anuales, rezar en Semana Santa, tener muchos hijos y una gran cosecha, terminaron insertos en discursos que no comprendieron sino hasta cuando la muerte, la mutilación, la decapitación, los fusilamientos, los cortes de franela, los cortes de corbata, la apertura de vientres de mujeres embarazadas, los condenaron a huir de la guerra y refugiarse en la pobreza de la ciudad o quedar atrapados en la guerra de las selvas y campos.

Los excluidos en el marco de la Guerra Fría, aplicada en el contexto colombiano, fueron todos aquellos partidos, organizaciones y movimientos que no quedaron adscritos al pacto oligárquico de Benidorm, todas aquellas tendencias que se podían considerar de izquierda, y al respecto vale la pena hacer una aclaración fundamental para concluir este capítulo; la categoría “izquierda” no solo era aplicable a los doctores en marxismo, o los muchachos de la Juventud Comunista, sino básicamente a todo aquel que pensara que el Frente Nacional no era ninguna democracia, es decir, la oposición era legal durante el Frente Nacional, siempre y cuando estuviera afiliada a alguno de los dos partidos.

En Benidorm (España) definieron lo que harían con el poder, pero lo que nunca se definió fue cómo hacer política en un país que pedía a balazos un espacio para participar. Como consecuencia del Frente Nacional y su táctica jurídico-policial del Estado de Sitio, numerosos grupos armados florecieron ante la represión y un contexto internacional que los ratificaba.

Los excluidos, durante el proceso de apertura, fueron los agricultores, los sin tierra, los que sabían que esas condiciones de libre mercado, favorecerían a industriales y campesinos de países donde sus gobiernos les garantizaban mínimamente las condiciones para competir, pero definitivamente no en Colombia, no en medio de una guerra, de masacres y con un Estado permeado por el narcotráfico; en esas condiciones, por allá en los años 1990, algunos “dementes”, sin visión gerencial, “antiprogresistas” y a lo mejor hasta comunistas, anunciaban que el campo colombiano quebraría, que tendríamos que importar arroz y leche, y que saldría más barato hacer eso que producir. Empero, no todo fue malo, los partidos tradicionales perdieron su protagonismo y una serie de nuevos partidos colmaron los puestos del poder público, no importó si todos eran los mismos de siempre, las banderas eran diferentes, y como algo realmente novedoso, cambiar de bando se convirtió en un deporte muy lucrativo.

Lo que se vino después no fue la exclusión de un *quién*, pues al parecer, si he sido enfático, son los mismos durante toda nuestra historia. Lo que aconteció fue la exclusión de un *qué*. Una exclusión mediada por el contexto internacional, al imponerse una sola realidad económica, sustentada en una única aparente forma de hacer política, ese *qué* excluido no era otra cosa, sino la real diversidad política.

Ese *qué*, ausente en el comienzo del siglo XXI, es la incapacidad de desarrollar un debate político o una consecución política, en razón de la imposición del pensamiento individualista, así como de la mentalidad mercado-técnica que fue esparciéndose poco a poco ante la victoria de una visión de mundo mercantilizado.

No sobra recordar que Colombia no era aliada de los rusos, sino que formaba (y sigue formando) parte de los aliados de Estados Unidos, de este modo, si es verdad aquel dicho que versa, *quien gana es quien narra la historia*, en Colombia la política económica abrió sus brazos a una sociedad desconcertada ante la histórica caída de la cosmovisión soviética, que dejó sin “padrino” a todos los “izquierdosos” del continente y, por ende, el campo de la dominación económica a la súper potencia vencedora.

En correlación con lo anterior, ese *qué* ausente, se puede entender también como la pérdida de capacidad para vislumbrar la carga ideológica de los discursos. Indudablemente, es algo más complejo de lo que parece, pero si pudiese resumirse en palabras simples, aquel esquema absurdo del “blanco o negro” en pleno siglo XXI a la hora de hablar de política no cambió, quizá se podría pensar que, si el mundo era bipolar durante la Guerra Fría, ese “blanco o negro” tendría un sentido al menos lógico, pero entonces ¿finalizada la confrontación de cosmovisiones e ideologías, ya no habría contradicciones a la hora de hablar de política? ¿Se habría llegado por fin a la paz mundial? O quizá ¿el discurso del vencedor quedó susurrando por el megáfono de la historia, ya no, “blanco o negro” sino “blanco o blanco”? Allí emerge el detalle

comprensivo más importante y es que hoy tal parece que hablar de política, de lo social, del pueblo, de las ideologías, se ha convertido en un atentado al *statu quo* del lenguaje, un atentado a cómo se supone se debería pensar, no solo en lo cotidiano, sino aparente y tristemente también en lo académico y estatal. Fue el momento en que frases como “es el fin de la historia”, “es el fin de las ideologías”, “es la hora de la gerencia social”, etc., se instalaron como pilares de los nuevos planteamientos que se asumieron en la sociedad desde discursos políticos y que se han configurado como llamaría el Papa Francisco, en una especie de nuevo paradigma. Este mismo contexto se prestó para

[...] una reforma del Estado sobre la base de reducir las empresas públicas, reorientar las políticas sociales [...] incrementar la eficiencia económica de la acción estatal. Todo ello redimensiona el papel del Estado y, en particular, de las políticas públicas; estas ya no se refieren tanto a la integración social como a la “competitividad sistémica” del país en los mercados mundiales. (Lechner, 1996, p. 74)

Entonces, si se consolidó una sociedad de mercado, ¿por qué continúa siendo un problema intentar escapar a los discursos que solo esta sociedad acepta como válidos a la hora de hablar de política?

En principio, se supone que actualmente hablar de política es un acto que ha dejado atrás su alta connotación ideológica, pero esto es solo una apariencia, porque lo que se ha perdido en realidad, es el sentido multilateral del discurso. Las charlas hoy han caído en manos de una visión política unilateral, reforzada por el modelo económico, que emite un mensaje aparentemente *a-político*, pero que se encarga de destrozar todos los intentos por abordar temáticas de índice social teniendo en cuenta a los actores sociales, y no solo las decisiones arbitrarias de mandatarios, funcionarios o gerentes bancarios y empresariales.

Es un lugar común escuchar a los funcionarios o a los gerentes industriales que casi siempre son designados ministros, renegar del populismo, pormenorizar un discurso de actores sociales, enviar al Escuadrón Móvil Anti Disturbios (Esmad) cuando hay una movilización social, apoyarse en las grandes cadenas de medios para opacar el surgimiento de otras tendencias discursivas y exponerlas como demasiado ideologizadas, ridículas, etc. Este tipo de acciones son consecuentes con la realidad de sus propias estructuras, económicas, partidistas y burocráticas, o acaso ¿alguien sería capaz de realizar una gran distinción ideológica entre el partido Cambio Radical y el Partido de la U, o entre el Partido Verde y el Partido Liberal? ¿Alguien puede explicar coherentemente y con fundamento político-filosófico por qué los ministros de Defensa siempre son previamente los gerentes de grandes entidades, como el caso de nuestros dos últimos ministros de Defensa que antes fueron respectivamente el gerente de la Federación Nacional de Cafeteros y el Presidente de la Asociación Nacional de Industriales?

Claramente, cuando uno “saca los trapitos al sol” los que están mejor acomodados se molestan y a cuestionamientos como los anteriores, so pretexto de ofrecer su mejor respuesta, pueden decir que son pavadas o cuestiones producto de la “mamertería”², pero lo que es real es que los colombianos observan que un día un “político” es amarillo, luego es verde, luego azul, luego termina en un escándalo y, posteriormente, le dan una embajada.

Esta realidad intrínseca que el establecimiento ha desarrollado es la que ha generado problema a la hora de hablar de política, en razón de considerar al interesado en abordar el tema seriamente, como un sujeto desenfocado, pasado de moda, que no es eficaz... como en los negocios.

2 Vocablo coloquial que se ha usado, como verbo (*mamertiar*), como sustantivo (*mamerto*) o sus variaciones (*mamertismo*, *mamertiadera*) para ofender a las personas de corriente política izquierdista en Colombia.

Por lo anterior, al hablar de política actualmente, cuando se trata de asumir con seriedad y coherencia histórica el tema y no de hablar de técnicas de mercadotecnia, aquellos que hoy están instalados en la producción unilateral del discurso, consideran que, si algún zafado está hablando desde la posición de los actores sociales, entonces es un populista ideologizado y si le va bien a lo mejor le llaman dinosaurio político.

En este marco, aquella vieja y fastidiosa imposición categórica de “blanco o negro” a la hora de hablar de política no se ha esfumado. Pervive y persiste cuando muchos quieren abordar un problema social desde el punto de vista gerencial, y otros tantos que desean hablar desde un punto de vista de la reivindicación son excluidos por un margen unilateral del discurso. Hoy, aparentemente, *política* no son ideas, son votos, celebración de contratos y por eso la imagen vale más que el argumento. Hoy es factible escuchar en los programas radiales masivos, a los locutores mencionando improperios hacia cualquier otra visión que no sea la del establecimiento, la del orden financiero, promoviendo un vacío inexistente de las ideas, al rechazar la multilateralidad y fortalecer esa unilateralidad con traje de libertad.

Protestar no da pereza, sino que lo configuran algunos tantos como desprestigio, ser crítico es sinónimo de izquierdoso, y como la guerra aún sirve para todo, entonces si algún grupo toma fuerza, se le desacredita vinculándolo con la insurgencia armada o con lo que queda de ella, pues incluso si las guerrillas se acabaran, entonces emergería, como ya está emergiendo, el concepto de “vándalo” o “infiltrado”.

Hablar de política en el siglo XXI es un problema, porque o hablas como “todo el mundo” es decir, reniegas de la política, o entonces, quedas por fuera de los círculos sociales, quedas señalado de demagogo, “mamerto” y, en el peor de los casos, de terrorista; es más, es tan real esa ausencia de producción multilateral de discursos políticos beligerantes en la opinión pública, que aquí

hasta los que se burlan de los gobernantes en televisión, también son invitados por estos últimos a sus bodas, a sus fiestas y hasta les dan espacio en las grandes cadenas, eso sí, siempre y cuando sean inofensivos, o sean las ovejitas descarriadas que con el arte de la palabra parecen incisivos, pero al final reciclan el fastidio general y también lo venden.

En resumen, la bella oportunidad de sentarse a hablar de política seria y coherentemente, ha sido minada por la visión unilateral de un discurso que, sustentado en el modelo económico y reforzado con la producción audiovisual mediática, configura individuos aparentemente apolíticos, que se expresan culturalmente como fieles consumistas, excelentes gerentes sociales, que son ubicados en una orilla opuesta de donde se halla esa gentuza que todavía cree en que marchar, protestar o hacer paros sirve para algo en este mundo dinámico, competitivo y eficaz.

A decir verdad, la política cuando es sentida, real y persigue su propósito original, no puede ser caracterizada como un compuesto técnico; es en todo sentido un producto social, “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia” (Marx, 1989. p. 7), el ser social determina entonces las formas en que pensamos la vida política y espiritual, el ser social nos arroja a tener una conclusión como sujetos, una postura frente a la vida si se quiere, y allí ya podemos mencionar la existencia de la ideología política; ahora bien, respecto de si tener una ideología política es bueno o malo, la verdad, prefiero resumir que se trata de converger como sujetos finalmente en algún tipo de certidumbre para sufrir en grupo las incertidumbres de la vida humana.

Para cerrar, considero que las ideologías están más vivas que nunca; muchos lo saben, otros tantos lo ignoran; no obstante, son variadas y están inmersas en la sociedad como producto del trasegar

histórico, la realidad es que hoy, una de ellas es imperativa y quiere convencer a la totalidad de la población, con todos los elementos de poder que posee, con una fuerza no violenta, sino discursiva y amparada en las expresiones culturales del modelo económico, de que no hay ideologías, de que eso de la política, lo social, el populismo, “¿para qué?” “eso no sirve”... “eso es Negro y nosotros Blanco”.

Capítulo II

Corrupción y violencia: la frustración política en Colombia

Ciertamente, al abrirse campo al diálogo sobre la política en Colombia, emergen con una fuerza monumental dos conceptos, categorías o mejor dicho, dos realidades que han acompañado desde los primeros años de la república el desarrollo y el quiebre de todos los procesos políticos en el país, a saber: corrupción y violencia.

Debo dejar claro, que si elijo estas dos categorías, es porque existen argumentos de peso para que sean estas y no otras, cabe recordar que hablar o escribir de política, no es analógico a la acción de consumir un helado y luego opinar si nos gusta o no, la idea es presentar propuestas y argumentarlas, por supuesto, muchos elegirían otras categorías explicativas, yo he elegido estas, y quiero que siga la lectura para que analice por qué.

Corrupción y violencia son una historia de esas que cuentan los abuelos, los padres, las madres y, en efecto, una que nosotros seguimos viviendo y lastimosamente seguiremos contando ojalá en muchísima menor medida. Por lo pronto, no es sinónimo de fatalismo mencionar que mientras usted está leyendo este libro, en Colombia están asesinando a alguna persona por razones políticas, están sellando un trato sucio que compromete recursos de una comunidad o del país en general, así como un sinnúmero de

cosas asociadas; por estos días en que escribo estas letras, diputados de la Unión Europea han solicitado a Juan Manuel Santos que se proteja la vida de la periodista Clara Julieta Duque, sobre la cual persisten las amenazas... Si eso es con una periodista reconocida, no me cabe en la cabeza cuántas personas que no figuran en las líneas de la supuesta opinión pública están hoy en grave riesgo de muerte o incluso muertos, como muchos de los líderes de movimientos sociales.

Ahora bien, retomando el tema principal de este capítulo, habré de considerar un número determinado de pequeñas afirmaciones sujetas a argumentación, sobre las cuales poder desarrollar la idea central de que, en Colombia, lo que sucede respecto de la política es que la gente está frustrada. Y la frustración política es el resultado de la violencia y la corrupción.

Para no ser exhaustivo con la cantidad innumerable de hechos de violencia que han marcado la historia de Colombia, aclararé, por una parte, que para justificar la implicación de la violencia y la corrupción en la producción de frustración política, es necesario tomar hechos principales que desencadenaron hechos secundarios en términos de violencia, así como de manera analítica realizar cruces discursivos entre las variables corrupción y violencia, para no dejarlas en un plano separado, pues es probable que un efecto notable de la corrupción política sea la violencia y consecuentemente ante una violencia inicial si se quiere, sistemática, emerja la contra violencia, para conformar así un horrendo círculo vicioso.

Una anotación importante que debo realizar antes de comenzar a arrojar las pequeñas tesis que articulan este capítulo, es que el lector puede que ya se encuentre configurando (*a priori*) la afirmación axiomática de que evidentemente violencia y corrupción generan frustración política.

No obstante, lejos de escribir un capítulo para descubrir que “el agua moja”, cabe exponer que el propósito de reconocer la frustración política como producto de estas dos realidades mencionadas

tiene por función dar cuenta de cómo las ideas tienen efectos impresionantes sobre las sociedades; así mismo, el lector podrá dar cuenta de que la frustración política es una característica que debemos reconocer, como si se tratara de una terapia introspectiva, de reconocimiento propio, de psicoanálisis histórico, para poder avanzar en un proceso que nos permita reconocer por qué a la gente aparentemente le importa “un comino” todo, y digo que es aparente, pues estoy convencido de que lo que existe es frustración y miedo; por lo tanto, si revolcamos nuestra historia, si ahondamos un poco en algunos hechos, puede que ese ejercicio, constituya una condición básica para hablar de política en Colombia a todos los niveles.

Para iniciar, ¿se ha preguntado por qué a la hora de hablar de política, así sea en un aula, en una cafetería o en una casa, familiares o amigos pueden resultar en una enemistad tremenda? Pues bien, el bajo reconocimiento de la frustración que tenemos como pueblo frente a la política hace que el camino más fácil sea pelear sin gruesos argumentos o bien huir de la conversación, como si no importara... eso es frustración.

Por lo tanto, en el presente marco es necesario comentar las dos maneras de comprender la corrupción, según Rose-Ackerman (2001). La primera, se refiere estrictamente al *Sentido Económico*. Se denomina así porque hay dinero de por medio, en ella participan dos partes para realizar la operación: el corruptor y el corrompido. La segunda, significa alteración de algo, es decir, la tergiversación o cambio en las costumbres. En Colombia, se podría asegurar que sufrimos de las dos anteriores tipificaciones, no obstante, he realizado esta breve pero importante distinción, porque pretendo ofrecer una abstracción lógica entre dos parejas de conceptos, por una parte, *violencia y corrupción* y, por otra parte, las connotaciones *implícita y explícita*. Dicha abstracción la resumo en la siguiente afirmación: la violencia política es explícita, y la corrupción está implícita en todo acto de violencia política.

La anterior afirmación define la ruta descriptiva que realizaré en el presente capítulo, abordando y analizando los fenómenos violentos que marcaron el avance hacia la frustración a la que me he referido en líneas anteriores. Sin lugar a dudas, en un fenómeno de violencia política existe implícita la corrupción, por lo tanto y recapitulando, las pequeñas tesis o ejemplos que he elegido, para demostrar el efecto devastador de la violencia a través de nuestra historia, son las siguientes: en primer lugar, la violencia contra el movimiento comunero, evidencia del primer golpe del poder político a un pueblo agobiado no propiamente por razones de incompreensión filosófico- política de la época, sino esencialmente, agobiados, cansados, extenuados, ultrajados, perseguidos, “¡mamados!” por la usurpación fiscal del virreinato, es decir y a la final, por la corrupción.

En segundo lugar, el rechazo vehemente por parte de muchos independentistas a las ideas de Bolívar y Nariño en el marco de la conformación de la república, en medio de un proceso que muchos conocemos como “Patria Boba”. En tercer lugar, el asesinato de Rafael Uribe Uribe como primer aviso histórico negativo al intento de conducción política discursiva fuera de los planteamientos partidistas del liberalismo y el conservadurismo. En cuarto lugar, la masacre de las bananeras y su efecto devastador en la organización sindical primigenia en Colombia. En quinto lugar, el asesinato de Gaitán, como ese gran magnicidio que acabó por quitar la máscara al bipartidismo y demostró que la violencia política podía desbordarse sin control. En sexto lugar, la guerra civil no declarada, conocida como el periodo de La Violencia, un penoso momento en el que, como efecto consecuente del asesinato de Gaitán, Colombia conoció los horrores de una guerra civil en los campos. En séptimo lugar, los magnicidios de candidatos presidenciales (Galán, Jaramillo, Pardo Leal, Pizarro) que posterior al Frente Nacional quisieron en vano imprimir un poco de confianza a la democracia colombiana. En octavo lugar, las masacres

paramilitares como estocada final a la ilusión de organización política, con responsabilidad emblemática del coronel israelí Yair Klein y la idea que se hizo práctica macabra, cuando la sevicia y la tortura sobre los cuerpos se constituyó en un mensaje político que superó al “simple” asesinato de una persona en una calle o en combate. Por último, el asesinato de Jaime Garzón como epílogo de que, ni con armas, ni con partidos, ni con movimientos, ni con humor era posible desarrollar un poder sostenible que enfrentara al establecimiento, lo cuestionara, o como mínimo se burlara de él.

Bien, entrando en materia, el primer ejemplo, es el del movimiento comunero colombiano. ¿Por qué lo he configurado como un ejemplo histórico que dilucidará la frustración que no nos permite hablar seriamente de política en Colombia? Bien, mucho antes de que las ideas ilustradas ingresaran al Nuevo Reino de Granada y comenzara todo el proceso de independencia, la rebelión comunera no fue significativa en términos filosófico-políticos, puesto que, en esencia teórica, no se encontraba sustentada en la defensa de un nuevo paradigma político o si acaso la pretensión de la toma del poder. No. La rebelión comunera vale muchísimo como análisis inicial, sencillamente porque no es un proyecto ilustrado tácticamente, es el primer proyecto que no depende específicamente de una élite intelectual, es un movimiento que cobra fuerza entre sectores populares más por filiación pragmática que por conclusión intelectual. Se constituye como una “insurrección anti fiscal y socio-económica [...] donde los sectores populares manifestaron su descontento contra las autoridades coloniales, los dueños de minas y haciendas” (Aguilera, 1985, p. 19).

Este proceso insurreccional es la piedra inicial de un enorme muro de frustraciones que el pueblo colombiano se encontrará a lo largo de su historia. Por ello, los comuneros constituyen el primer paso a la frustración política en Colombia porque, según lo que registra Ocampo (2009), las peticiones de la gente insurrecta se centraron en rebaja de impuestos, la libertad de cultivo, libre

comercio del tabaco, mejoramiento de caminos y puentes, acceso de los americanos a los altos puestos administrativos, devolución de los resguardos a los indígenas, devolución de las salinas a los indios, presión del cargo de visitador y el destierro de Gutiérrez de Piñeres y otras reformas fiscales, económicas, sociales y eclesiásticas; dichas peticiones, en esencia, no eran más que la solicitud de una administración pública diligente y condescendiente con la gente, eran nada más y nada menos que soluciones basadas en la misma experiencia cotidiana de la gente, que solicitaban fueran implementadas por los que ejercían el poder.

Aquel grito, de ¡Viva el rey y abajo el mal gobierno! frustra las intenciones de esa historiografía que intenta invocar la rebelión comunera como una rebelión comunista o incluso con bases “pre-marxistas”... absolutamente no. Considero que eso es un pésimo intento de teorizar un hecho tan coloquial, además de ser una manifestación clara de lo que significa dar la espalda al reconocimiento propio.

Si lo quisiéramos leer de manera más simple, la rebelión comunera fue una petición popular y organizada por la dignidad laboral y comercial donde, gente con mucha y poca educación escolar se unió en torno a las capitulaciones de Zipaquirá, de hecho, me quedo con la conclusión a la que llega Cortés (2011):

[...] el movimiento comunero no fue, ni en sus causas, ni en sus intenciones, ni en sus logros inmediatos una revuelta anticolonial. Pero en la búsqueda de sus objetivos, algunos actores desarrollaron prácticas políticas de insurrección que no estaban para nada lejanas de un ideal independentista o anticolonial. (p. 27)

En este marco, teniendo presente que no era un proyecto de gran envergadura política como sí lo fue la independencia, es aún más grave y llama la total atención del presente capítulo en función de su propósito *per se*.

El desarrollo de los hechos durante las protestas comuneras comenzó con el incumplimiento de acuerdos y la persecución a los líderes más prominentes. Consecuentemente, esto culminó en la insurrección armada liderada por José Antonio Galán y, por último, todo terminó en decapitaciones, desmembramientos, fusilamientos etc., que cerraron ese primer capítulo de organización política popular. Ahora bien, si la petición organizada de la gente por una mejor administración pública y fiscal terminó en fusilamientos y decapitaciones, ¿qué futuro le esperaría a una inminente república y a toda su gente?

Lo que aconteció respecto del incumplimiento de los acuerdos por parte de una autoridad pública es un tema que aún no termina en Colombia; me centro en esa idea porque es lo que sigue conformando el *modus operandi* de nuestra democracia y tiene bases tan remotas, que las podemos hallar incluso en la época comunera, una época donde a la gente le importaba muy poco el rey, pero no quería un mal gobierno. Eso ya es un punto de inflexión que marcaría los debates filosófico-políticos en la historia de Colombia, sobre todo aquellos que hasta el sol de hoy y durante mucho tiempo, siguen discutiendo (si es que aún se discute eso) cuál es la mejor forma de orientar la sociedad colombiana hacia el cambio social y político.

Las preguntas concluyentes que surgen, para mitigar la frustración, son: ¿Y si en verdad a la gente no le interesa tomarse el poder, sino que la dejen trabajar y ser feliz? ¿Es en realidad un problema considerar que para cambiar el país hay que tomarse el poder? Las respuestas no las tengo aquí, solo sé que muchas veces las aspiraciones políticas de la gente en Colombia, en esencia, son mucho más modestas de lo que se podría concluir a partir de un punto de vista filosófico-político.

Las aspiraciones políticas en Colombia son concretas; por supuesto, no se cumplirán si no se hace algo por alcanzarlas; pero lejos de pensar que tenemos que dejar nuestros trabajos, nuestras

familias, nuestras vidas para cambiarlo todo, sí podríamos pensar que es necesario acabar con la idea de que política es solo administración pública de poderes. El gran encuentro que se realiza evaluando el proceso Los Comuneros es que la calentura de la acción política en Colombia no tiene raíces intelectuales, y eso lo considero un gran alivio.

El segundo ejemplo que propongo es el rechazo generalizado de la élite política independentista a las ideas de Nariño y de Bolívar. Antes de iniciar quiero ser claro: el esfuerzo de Francisco de Paula Santander, Camilo Torres, Antonio Baraya, Juan Nepomuneco, Juan de Corral, Dionisio Tejada, Manuel del Castillo y Rada entre otros muchos independentistas que terminaron fusilados o desmembrados y expuestas sus extremidades en la plaza pública, como sucedió con el señor Camilo Torres Tenorio, no lo quiero poner en duda desde ningún punto de vista. Alguna vez he escuchado en los velorios que lo único que nos une es la tragedia. Sin equivocarnos, la independencia no fue un proceso para nada fácil, más allá de lo que puedan decir algunos y mofarse de las batallas acontecidas por considerarlas un cúmulo de peleas a machete limpio poco parecidas a las “sofisticadas” guerras europeas; la lucha militar por la independencia no fue otra cosa que un levantamiento armado contra un imperio con uno de los tres mejores ejércitos del mundo para la época. Así que comencemos a decantar prejuicios que se puedan ir erigiendo en el marco de este capítulo.

Del mismo modo, debo dejar claro que la propuesta de exponer el antinariñismo o el antibolivarianismo como parte de la tragedia que nos dirige a la frustración política, no la hago en un marco global del pensamiento de estos dos personajes, ni en un esfuerzo exhaustivo por someter el pensamiento político colombiano a la visión exclusiva de estos dos hombres, sino que más bien, me remitiré a impulsar la idea desde la cual podría afirmar que si los planteamientos ofrecidos por Bolívar y Nariño se hubieran

desarrollado plenamente, los poderes regionales y los intereses particulares no habrían triunfado como forma de gobierno. Tampoco Pablo Morillo habría tenido el éxito criminal y militar durante la Reconquista, ya que, sin lugar a dudas, no hay mejor escenario para la reconquista militar, que una nación corroída por peleas internas, jaloneos de intereses regionales, individuales y/o privados.

¿Qué ideas específicas de Bolívar y Nariño fueron despreciadas y contribuyendo a lo que he denominado *la frustración política*?

Por una parte, y con respecto a Nariño es necesario mencionar unas pequeñas frases contenidas en el periódico *La Bagatela* (Banco de la República, s.f.), periódico fundado por él y que circuló precisamente durante la primera república o lo que algunos historiadores llaman la Patria Boba, época comprendida entre 1810 y 1816. Boba porque habiendo declarado la independencia, sin derrotar militarmente a un enemigo tan fuerte, comenzaron las intrigas, las peleas entre los independentistas que se supone eran los encargados del nuevo gobierno; boba porque los intereses regionales primaron sobre los de todo un territorio nacional, primaron sobre los ideales de libertad, que eran claros y contundentes en Nariño. Ese es el marco de la guerra entre los a favor del federalismo versus los a favor del centralismo, una guerra absurda, que hoy podría asegurar estuvo fundada en empeño del centralismo asociado a la defensa y a la unificación para confrontar la arremetida española, versus el empeño del federalismo, más asociado a las ganas de protagonismo y autonomía de gobierno de los grandes hacendados de Cartagena, Antioquia o Tunja para construir la base jurídica de un nuevo Estado que aún no había derrotado a sus enemigos militarmente, es decir, un Estado sin reales posibilidades de existir.

Para extraer la esencia que otorgue contundencia a mi argumento, he sintetizado aquellas ideas nariñenses que fueron rechazadas por los poderes regionales y provinciales en las siguientes citas; la primera, donde Nariño asegura que “el derecho de sufragio se siguió ejerciendo por los mismos que lo tenían bajo el antiguo

gobierno” (Nariño, 1811, p. 9). Esta frase expresa la distinción entre un cambio de gobernantes, y un cambio de sistema político *per se*. Fue una crítica a la crítica del poder desarrollada por los independentistas, quienes se quejaban de los españoles por su despotismo y tiranía, pero al llegar al poder concentraron las facultades administrativas y decisorias nuevamente; lo anterior constata una continuidad de la lógica del poder.

Nariño es tildado de tirano y atacado por exclamar la necesidad de consolidar un poder central, no para sí mismo, sino a lo sumo para preparar al joven Estado naciente, ante la contienda de la reconquista que se avecinaba. Del mismo modo, agregaré la siguiente frase, extraída también de *La Bagatela*,

¿Habrá almas tan crédulas que piensen escapar del cuchillo si volvemos a ser subyugados? Que no se engañen: somos insurgentes, somos rebeldes, traidores; y a los traidores, a los insurgentes, a los rebeldes se les trata como a tales. Desengáñense los hipócritas que nos rodean [...] nuestros conquistadores no vendrán a disputar con palabras como nosotros [...] morirán todos. (Nariño, 1811, p. 7)

Como un presagio trágico, como la crónica de una muerte anunciada, los esfuerzos de Nariño, por consolidar una nación unida al menos en un mismo surco político para así edificar defensas militares que pudieran frenar la inminente arremetida de los españoles, fueron desechados, atacados por la vanidad del poder regional. Nariño soportó la pérdida de sus propiedades, la enfermedad y muerte de su esposa; no obstante, seguía defendiendo los mismos ideales que lo mantuvieron preso casi toda su vida. Al final, tal como lo aseguró, todos murieron, fusilados, desmembrados, en la miseria, bajo la bota de Pablo Morillo.

¿Eso sería suficiente para consolidar la unión entre los poderes regionales representados en los estados provinciales, recapacitar y decidir pensar, aunque sea en el error cometido? No. El presagio

de Nariño retumba en el tiempo, hoy más que nunca lo sabemos, a nosotros los colombianos nos une más un partido de fútbol que una causa política, y no precisamente por falta de argumentos, sino porque estamos frustrados desde el inicio de los tiempos por poderes regionales que desarticulan las probabilidades de un desarrollo parejo de nuestra nación, creando imaginarios sectarios ficticios a los que la gente se abraza sin criterio reflexivo, cerrando la posibilidad de consolidar una mínima visión de futuro colectivo.

Si hoy usted siente que cada persona “tira para su lado” podemos encontrar las razones endémicas en esa Patria Boba que en medio de lo que comenzó como una boba discusión entre antiguos riquillos privilegiados por los mismos españoles que ahora estaban a cargo de una nación, terminó en sangre, violencia, guerras civiles, pérdida de territorios y con la muerte de Nariño, solitario y enfermo, cansado de luchar contra todo lo que dividiera un propósito político más justo que el de pelear por intereses personales.

Cuando se reflexiona de una manera un tanto bastarda, uno llega a la conclusión de que al final los españoles unificaban el virreinato con su forma de gobierno, y que los independentistas despedazaron no solo el poder como energía invariable, sino el poder de construir un país que no tuviera, como hoy, tanto frustrado diciendo: “yo no creo en la política”.

Por otra parte, está lo concerniente a Bolívar. ¿Por qué la intriga contra Bolívar? ¿Por qué el intento de asesinato en Santa-fé de Bogotá, allá en la casa de Manuelita, de donde le tocó salir por la ventana?

Fotografía 1. Casa de Manuelita Sáenz, en la actualidad.



Fuente: tomada de <https://goo.gl/lhBrl9>. Autor: Juancarlos Enriquez Gaytan

Es más, ¿por qué inclusive hoy, lo que queda del socialismo del siglo XXI lo sigue reivindicando? Que yo recuerde, en los colegios se enseñan las batallas de Bolívar, se comenta que fue conocido como El Libertador, enseñan que Bolivia se llama así en su honor, pero de allí a profundizar en su pensamiento o en la causa de por qué políticos como Santander “le hicieron la guerra” no se nos enseña a menudo.

“Debo decirlo: nuestro gobierno está esencialmente mal constituido. Sin considerar que acabamos de lanzar la coyunda, nos dejamos deslumbrar por aspiraciones superiores [...] incompatibles con la naturaleza humana” (Bolívar citado en Liévano, 2013, p. 636) eran palabras de Bolívar dirigidas al gobierno de la Gran Colombia, ese nuevo intento de Estado que ya había vivido la tragedia producto de la Patria Boba y que seguía inmerso en una fuerte y antigua rivalidad entre federalistas y centralistas que estaban rodeados por la intriga de la fragmentación futura, para pasar a constituir lo que hoy son Ecuador, Perú, Panamá, Venezuela y Colombia.

En ese mismo mensaje, Bolívar denuncia lo que hoy equivaldría a la constitución de todos nuestros desastres y desesperanzas frente a la política y a la justicia:

“Hemos hecho del legislativo solo, el cuerpo soberano, cuando no debería ser más que un miembro de ese soberano; le hemos sometido al ejecutivo, y dado mucho más parte en la administración general que la que el interés legítimo permite” (Bolívar citado en Liévano, 2013, p. 637).

Si alguna vez usted ha renegado de las leyes en Colombia, si alguna vez usted ha tenido la sensación de que la justicia en Colombia no depende propiamente de la ética, de la lucha axiológica por una sociedad más justa, sino que depende en mayor o menor medida del abogado que contrate para su defensa o si alguna vez usted escuchó ese viejo adagio “hecha la ley, hecha la trampa”, si hoy recuerda con risa patética el capítulo de la serie norteamericana *Los Simpson*, donde el abogado Lionel Hutz invita a Homero a que se imagine un mundo sin abogados y el cuadro hipotético es el de un mundo feliz y en paz; si alguna vez consideró que Colombia tristemente es una patria legalista, pero muy injusta, entonces, puede darse cuenta de que esa primera crítica a la abundancia de la ley, pero simultáneamente a su ineffectividad o dependencia de la influencia para su aplicabilidad, ya era denunciada por Bolívar. Indalecio Liévano explica maravillosamente cuál fue el descontento de la élite criolla americana con Bolívar:

El origen de la política democrática de Bolívar [...] establecer un Estado capaz de representar y propiciar la colaboración de todos los sectores no privilegiados de las sociedades americanas [...] contra ese propósito se levantaron las clases dirigentes americanas, interesadas en impedir toda organización política que implicara el quebrantamiento de sus privilegios tradicionales, optaron por convertir el regionalismo en nacionalismo (Liévano, 2013, p. 645)

Sin lugar a dudas, la desesperanza política tiene un lecho preparado, cuando en un Estado, el aparato legislativo se concatena con un poder intocable, excepto por quienes tienen el cargo-potestad (por ley) de hacerlo. La emergencia del antibolivarianismo cerró las posibilidades de constituir una verdadera revolución social y política, dejando a merced de las élites amparadas en el legalismo y el nacionalismo la protección de privilegios tradicionales que les habían otorgado los españoles, privilegios que a su vez se constituirían más adelante en formas oligárquicas del dominio del poder estatal en Colombia, una realidad consecuentemente relacionada con la tragedia que sobrevendría para el país durante el siglo XX.

¿Cómo no puede ser una razón endémica de la frustración política el antibolivarianismo, el antinariñismo si, palabras más palabras menos, fueron los personajes más emblemáticos que se opusieron a una transferencia de poder y abogaron por una verdadera revolución? alejándome de muchas posiciones intelectuales, sigo considerando que el pueblo no es estúpido, la categoría “pueblo” es una consecuencia en sí misma: “los ciudadanos han recobrado su independencia primitiva, porque perdidos sus goces, nada los liga a la sociedad, y aun se convierten en sus enemigos” (Bolívar citado en Liévano, 2013, p. 637)

Si usted se da cuenta de que la configuración estatal queda orientada a la protección de los privilegios de unos pocos, entonces, ¿por qué o para qué creer en ese Estado? Pues bien, la frustración política ya tenía un claro camino, pero para mediados del siglo XIX no era tiempo, ni mucho menos, de bajar los brazos, los argumentos continuaban.

Como tercer ejemplo he propuesto el asesinato de Rafael Uribe Uribe, 15 de octubre de 1914, como preámbulo de lo que se denominaría el periodo de La Violencia y, por ende, un marco más profundo para la frustración que hoy tiene a muchos renegando sobre la política, o lo que es peor, apartándose de una condición básica para hablar de la misma: conocer acerca de nuestra historia.

Rafael Uribe Uribe forma parte de ese tipo de hombres de Estado que en Colombia nacen cada cierta cantidad de lunas, muertos, y barbaridades; no obstante, como un recordatorio providencial, ¡nacen! La pregunta es: ¿nacen para cumplir un fatal destino? Esta pregunta queda abierta a la razón y a la mística; por lo pronto, expondré el argumento enfocado en el asesinato Uribe Uribe de manera breve pero no de manera menos relevante.

Es verdad que aquí, como en todas partes, las filiaciones en política rara vez se derivan de preferencias razonadas; son, ante todo, afectos pasionales, inaccesibles al discurso e irreducibles por los argumentos; pues, así como muchas veces uno no ama a quien debe o puede, sino a quien una especial fatalidad mórbita le manda, así tampoco tiene siempre cada cual la opinión de su razón, ni aun siempre la de su interés, sino la de sus afinidades o la de las circunstancias, y más aún la del medio en que nace y se educa. (Uribe, 1910, p. 39)

Si bien mencionar la vida de Uribe Uribe abarcaría muchas más hojas de las previstas para orientar el argumento concretamente, quiero enfocarme en ese hombre que posterior a la guerra de los Mil Días (1899-1902) se constituye en el líder del liberalismo en medio de la hegemonía conservadora. Ya creados los partidos Liberal y Conservador, que tienen sus raíces en las viejas disputas entre centralistas y federalistas mencionadas anteriormente, hay que considerar que Uribe Uribe no solo representó ideas progresistas en Colombia durante el ejercicio de la vida pública, sino que introdujo la concepción del socialismo corporativo, la preocupación por problemáticas sociales, impulsó correlativamente el tema sindical en Colombia, pero sobre todo, y esto es importantísimo en la historia política del país, entabló una firme oposición a la economía política clásica o liberal.

Hablar de socialismo en un país que había salido de una guerra entre los partidos Liberal y Conservador, que se presentaban siempre tan antagónicos, pero que estaban orientados por una filosofía política en esencia liberal, con enfoques administrativos y moralistas algo diferenciados y con una clara tendencia económica clásica, no era sencillo. Hablar de sindicalismo, de derechos, en un país gobernado por las élites que se blindaron legislativamente luego de que Bolívar y Nariño salieron de la escena, no solo significaba un desafío extraño para dos poderes que se habían confrontado siempre en el país, sino que el contexto internacional ya estaba a punto de ofrecer una revolución rusa como foco de cambios sociales en el mundo, incluyendo por supuesto a Colombia.

Cierto diario de la ciudad viene fastidiándome con el mote de socialista de Estado, solo porque propuse que el Estado contribuyera a remediar los males que él mismo ha producido, porque el Estado reemplazó la moneda metálica, porque en virtud de ese atropello de la libertad económica suministró el instrumento del agio, trastornó las nociones del valor, desquició las bases de la propiedad y del trabajo. (Uribe, 1904, p.1)

Aunque estuvo inserto en el liberalismo partidista, Uribe Uribe representa la incipiente, pero coherente apertura de Colombia ante ideas que no quedan atrapadas en los corrales del bipartidismo (específicamente el socialismo cooperativo y la crítica al liberalismo económico), sino que vuelan más alto de los muros tradicionales de la concepción política tradicional y convocan a reflexionar en el marco de una propuesta, absolutamente nueva, “extraña” en Colombia. ¿Usted se imagina un político en plena hegemonía conservadora, con una nación caracterizada por el pensamiento político bipartidista, hablando sobre socialismo de Estado a principios del siglo XX? ¿Qué significa “extraña” para que usted como lector me comprenda? Bien, eso es como si actualmente, un político hablara de socialismo antimarxista en Colombia.

Retomando, lo ciertamente extraño, pero de manera coherente y suponiendo lo que Uribe Uribe realizó en esos años posteriores a la Guerra de los Mil Días, podría concluir que se da por primera vez después de Nariño y Bolívar una reflexión sincera poco viciada sobre el contexto colombiano. “Siempre que dos colombianos se encuentran, conózcanse o no desde antes, lo primero que hacen inmediatamente después de saludarse, si se saludan, es contradecirse” (Uribe, 1910, p. 36). ¿Qué lectura sociológica arroja este político? ¿Se parece a alguna realidad de coincidencia que hayamos conocido hoy? La maravilla del pensamiento de Uribe Uribe se magnifica con su posición frente al socialismo,

¿Y cuál es la nación del mundo que no haya sido socialista? caminos, carreteras, ferrocarriles, canales, telégrafos, puertos, dársenas, higiene, instrucción pública, teatros, universidades, museos, colonización: casi todo lo constituido por las conquistas y las comodidades del progreso moderno, han sido obra, en su mayor parte, del socialismo de Estado [...] sin embargo, es aquí donde los boquirrubios del individualismo nos recetan el *mínimum* de gobierno y el *dejad hacer*. Es aquí, es en Colombia, por ejemplo, país en que hay departamentos como Magdalena y Tolima que tienen menos rentas que un solo ciudadano, como don José María Sierra. (Uribe, 1904, p. 3)

En el anterior párrafo están contenidas, en primer lugar, la crítica al modelo clásico económico; en segundo lugar, la relación del contexto colombiano frente a la desproporción en la riqueza; en tercer lugar, la abstracción que expone al individualismo como la degeneración del liberalismo económico y, por último, la definición tácita (no ideologizada por el marxismo) sobre lo que es el socialismo.

Si siguiera exponiendo las características del pensamiento de Uribe Uribe, sería más fácil elaborar las conclusiones sobre su cruel asesinato; empero, considero las citas mencionadas, argumentos inequívocos de ideas contrarias a la apología de un poder bipartidista elitista.

Permitir desarrollar estas ideas en el seno del Estado colombiano de principios de siglo XX era un riesgo para élites partidistas que, si bien no se vieron amenazadas por Uribe Uribe, lograron vislumbrar que sus ideas tendrían repercusiones serias en la forma de practicar la política en Colombia. A Uribe Uribe lo matan con hachas en la plaza de Bolívar de Bogotá dos idiotas útiles por allá en 1914; ellos perpetran el acto, pero, ¿y los responsables principales? la frustración específica por la aniquilación de una idea no bipartidista en Colombia derivada del asesinato de Uribe Uribe estallaría en forma de rabia descontrolada hasta 1948, cuando sucediera algo similar, pero por el momento, las ideas socialistas estaban fuera del plano político. La frustración seguía dejando su oscuro rastro entre la gente colombiana.

Como cuarto ejemplo, he propuesto la Masacre de las Bananeras por su efecto devastador en la organización sindical primigenia en Colombia, a través de una metodología de movilización de masas. Bien, comencemos entonces por una contextualización simple: a Uribe Uribe lo matan en 1914, él introduce el concepto de socialismo de Estado, pero a nivel mundial para 1917, la revolución socialista es un hecho sin precedentes que acarrea consecuencias en las formas de organización política en el gremio de trabajadores colombianos, sobre todo para la década de los años 1920. Se puede decir que, en la práctica, los trabajadores fueron conscientes de sus derechos además de la posibilidad de luchar colectivamente porque el mundo y la forma de pensar la política estaban cambiando, pues si bien desde hace mucho se hablaba de socialismo, ningún país había hecho la revolución, pero con Rusia, el mundo quedó perplejo y las élites políticas no solo en Colombia sino en el mundo entero temblaron ante la consolidación de un nuevo enemigo fuera del marco de las tradicionales y excluyentes disputas liberales por el poder.

La única manera para hacer frente a la forma excluyente de comprender y hacer política es la generación o el conocimiento de nuevas ideas; no cabe duda de que es una bendición que las ideas sean a prueba de fronteras y en Colombia, las ideas penetraron como en todos los países de América, lo que constituyó la emergencia de líderes sociales como Raúl Eduardo Mahecha, Nicanor Serrano, Bernardino Guerrero y María Cano.

Me centraré en María Cano, porque invitó a los trabajadores y trabajadoras de todo el país (incluyendo las dos mil personas asesinadas en las bananeras (CUT, [2013]) a construir una conciencia de clase; porque ella representa dos cambios fundamentales en la lógica del quehacer político en Colombia a principios del siglo XX: es una mujer y, además, socialista, cofundadora del Partido Socialista Revolucionario de Colombia. “El régimen actual no formará jamás hombres: solo hará una masa inconsciente y servil que no será digna de levantar el pendón glorioso de Patria” (Cano citada en Rivas & Rosado, 2007, p. 55). Al leer a Cano, recuerdo la cita anterior donde Bolívar aseguraba que el gobierno estaba mal constituido y siento que al parecer, considerar el mal estado de las cosas, es la premisa básica con la que las personas críticas comienzan a concluir la deconstrucción de nuestra catástrofe y pasan a construir las propuestas de un país mejor.

Ante la efervescencia de las luchas sociales que fueron impulsadas indirectamente por la consolidación de la Unión Soviética, María Cano representaba también el surgimiento de la mujer como elemento constitutivo de la lucha política, en el marco de una sociedad tradicionalista, donde habitualmente la política era de hombres y no de mujeres. Allí en ese foco problémico, esta mujer se pregunta: “¿No es lógico igualmente que la mujer esté, con los mismos derechos del hombre, en todos los frentes de la actividad económica, social y política de la nación?” (Cano citada en Rivas & Rosado, 2007, p. 55). Esta pregunta, dirán muchos, “ya fue resuelta”, no obstante, inclusive ahora que se viene encima la

década de los años veinte, pero del siglo XXI, en las ciudades colombianas, continúan los feminicidios, la segregación por género, la denuncia de la ineffectividad del aparato judicial y la perseverancia de la cultura machista.

Pasando este importante paréntesis, quiero continuar mencionando que la situación en la Costa y en los Santanderes colombianos para comienzos del siglo XX no era muy estable; como ya lo he mencionado, los trabajadores unificadamente decidieron movilizarse, y su acción inmediata se consolidó en la huelga. La hegemonía conservadora y de paso el Partido Liberal veían asombrados cómo todos los que alguna vez fueron considerados “sus borregos”, se encontraban en pro de la organización, de la lucha internacional, de la lucha por sus condiciones de trabajadores, una lucha que tenía el epitafio “Comunista” por todas sus aristas.

En los años 1920 tuvieron lugar muchas huelgas, entre ellas, “la huelga de los trabajadores de la Tropical Oil Company en 1924. La huelga de los trabajadores del Ferrocarril del Pacífico en 1926. En 1927, bajo la dirección de Raúl Eduardo Mahecha, María Cano e Ignacio Torres Giraldo, se dio otra batalla de los trabajadores de la Tropical Oil Company” (CUT, 2013, p. 4) y Cano estaba involucrada en todas estas movilizaciones; como abanderada del Partido Socialista logró imprimir confianza en los trabajadores colombianos frente a sus posibilidades de organización colectiva, se mostró decidida ante las presiones, las detenciones y persecuciones que tenían las ideas socialistas durante esos años.

Hasta allí, todo marchaba en el marco de lo que podría haberse pronosticado con el triunfo de una revolución socialista al otro lado del mundo, gente animada, creyente de la política, decidida y resuelta a luchar por sus derechos. No obstante, algo que no pronosticaron los trabajadores colombianos, tal vez ignorando lo que Lenin ya había escrito sobre la necesidad de armar a la clase proletaria para no parecer pacifistas burgueses y sobre todo para hacer frente a la agresión (Lenin, 1917), fue la masacre que se les

venía encima desde el gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez (1926-1930), gobierno que tenía una fuerte presión internacional por parte de los Estados Unidos y los intereses en juego de las multinacionales, y que terminó cediendo y perpetrando de la mano del Ejército colombiano, el asesinato a balazos de dos mil trabajadores de las bananeras en 1928 (CUT, 2013).

La frustración política que se dio en la Costa Atlántica y en general en Colombia luego de la Masacre de las Bananeras no tenía precedentes. Esta masacre significaba que el poder bipartidista definitivamente tendría que virar hacia dos probables caminos, el primero, la escisión profunda o el segundo, la unificación producto de la denuncia a la falsa pugna que habían desarrollado desde su creación estos dos partidos de élites.

Bien, el segundo camino no lo tomarían hasta 1958 con la creación del Frente Nacional; por lo tanto, el primer camino, el de la escisión profunda, resultó ser más efectivo en un país donde muchos culparían a los conservadores por la masacre y a los liberales por no hacer nada. En ese marco, como si se hubiese tratado de un golpe a la moral, María Cano, luego de la masacre, se recluye en su casa hasta su muerte; la verdad, ese fue el declive del partido socialista, pues muchos trabajadores, esperaban la radicalización en una respuesta que no llegaría sino muchos años después.

Si la metodología de la acción política pacífica quedó descartada por la masacre, ¿entonces qué hacer? ¿Qué hacer para valer como pueblo, mucho más que los intereses de unos pocos individuos? La frustración del trabajador colombiano que confió en los caminos pacíficos de la política y que en cambio fue masacrado, sembró la raíz, se podría decir que consecuente, de la radicalización de las propuestas, el interés en defender a la gente a toda costa y sobre todo la intención mucho más fuerte de comprender seriamente las causas de los problemas del país; esto se salía de las manos, no se trataba de rojos o azules, no se trataba de un *Estado inepto*, no, las cosas no estaban bien, comenzaba el siglo y comenzaba mal;

para 1930 otro actor ya estaba en la escena, eso sí, perseguido y deslegitimado por un Estado bipartidista, pero a fin de cuentas en la escena, me refiero al Partido Comunista.

Como quinto ejemplo (coincido con muchas personas), el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, el 9 de abril de 1948, trajo consigo la debacle para la situación política en Colombia, no solo en términos de violencia sino en la comprensión, literalmente “a las malas” de que el Estado estaba en manos de pocos, y que las vías institucionales, podían ser muy legales y todo, pero al final, propiedad de esos pocos que harían lo más siniestro para conservar el poder. ¿Cuál fue el crimen de Gaitán? ¿Por qué su asesinato frustró la posibilidad de hacer una política estatal orientada a las masas populares, a la gente, es decir, como tiene que ser? ¿Por qué su asesinato impulsó a la gente a combatir por todo el país de manera armada al Estado colombiano? Ciertamente, al igual que Bolívar, Nariño, Uribe Uribe y Cano, lo que Gaitán hizo fue desenmascarar el poder oculto detrás de las fachadas, mediante una conclusión conceptual simple y brillante, pero que sellaría su destino. Gaitán denunciaría en las plazas, calles, en el mismo Congreso y en los teatros algo que denominó “el Régimen Oligárquico” (Gaitán, 1946, p. 1) oligarquías liberales y conservadoras, que estaban detrás de toda una afrenta engañosa, enfrentando a los colombianos entre sí, para mantener el poder de controlar el Estado.

El asesinato de Gaitán no estaba pronosticado por nadie, puesto que, por ser un político egresado de las mismas filas de liberalismo, se supone, debería atender principalmente al interés del partido. No obstante, Gaitán se apartó paulatinamente de ese interés, develando a la oligarquía como un poder absoluto de color violeta.¹

“La restauración moral y democrática de la república ¡libra una batalla, libraré una batalla!, ¡vencerá a la oligarquía liberal y

1 Color que resulta de la combinación de rojo y azul. En alusión a los colores de los partidos tradicionales Liberal (rojo) Conservador (azul).

aplastará a la oligarquía conservadora!” (Gaitán, 1946, p. 2). Efectivamente, Gaitán estaba en lo cierto; la república necesitaba no un cambio de partido en el poder, sino una restauración sistemática, de sus valores y su concepción de democracia que era totalmente equívoca. Si soy consecuente dando valor a las ideas de Gaitán, podría decir que sigue pendiente esa restauración.

Gaitán muere asesinado el 9 de abril de 1948 y como un presagio increíble, que estremece con una fría decepción, antes del magnicidio, él mismo anunciaba: “Ninguna mano del pueblo se levantará contra mí y la oligarquía no me mata, porque sabe que si lo hace el país se vuelca y las aguas demorarán cincuenta años en regresar a su nivel normal” (Gaitán, 1946, p. 2). Si a 1948 le sumamos 50 eso da 1998; pero para el año 1998 en Colombia las aguas estaban lejos, lejísimos, de regresar a su nivel normal. Ahora bien, si se asume “normalidad en Colombia” como la inexistencia de una guerra en algún lugar, el fin de las masacres, el fin de asesinatos por motivos políticos, el fin de las bombas, la inclusión de todas las tendencias políticas en la solución de los problemas, la retribución honorable y no corrupta de los funcionarios al pueblo que los elige y les paga todo etc., creo que esa normalidad en el nivel de las aguas, aún no la hemos logrado.

Respecto de este quinto ejemplo, considero que la frustración ya estaba más que trazada; era como un destino cruel, una amarga condena de tener que ver morir al primer líder político que decide apartarse del liberalismo y el conservatismo con vehemencia, de tener que ver cómo, para cambiar las cosas en Colombia haría falta mucho más que un caudillo. El asesinato de Gaitán fue la prueba de que a Rafael Uribe Uribe no lo mataron simples ciudadanos inconformes, fue la prueba de que el poder oligárquico ya desenmascarado, podría generar una violencia nunca antes vista en Colombia después de ese magnicidio. Muchos políticos de corbata como los que formaban parte del Directorio Nacional Conservador terminaron manchados de sangre; fueron épocas donde

el viejo poder regional recordó lo poco distanciados que estábamos de aquellos tiempos en que los españoles hacían lo que les daba la gana y decapitaban gente. Todo eso volvió, aún peor, aún más cruel, porque el campesino habituado a una vida pacífica fue impulsado a la guerra, y el que no quería la guerra, fue empujado a las ciudades. La explosión demográfica urbana fue producto de un pueblo agredido en los campos, desplazado a las ciudades por ese poder oligárquico que pataleó con fuerza antes que dejarse morir o vencer por algún tipo de idea diferente. ¿Por qué la frustración política quedó sellada con el asesinato de Gaitán? En esencia, palabras más palabras menos, porque Colombia dejó de ser un país rural, y pasó a constituirse en un país urbano, no por dinámicas normales del desarrollo sino por el impacto de la violencia.

Aquí puede converger el sexto ejemplo para dar cuenta de cómo la violencia y la corrupción generan frustración política, me refiero al periodo de La Violencia, o lo que yo prefiero llamarle, la guerra civil colombiana. ¿Por qué guerra civil si todos los historiadores parecen estar de acuerdo en que el nombre a ese nefasto periodo sea La Violencia? Elementalmente, porque como sociólogo he leído varios escritos históricos respecto de ese periodo, pero también, como colombiano conozco la memoria histórica de esa guerra, y por todos los rincones del país, las cosas que he escuchado, las fotografías, los registros, coinciden con la identificación de un odio endémico que hubo entre la gente, imbuida por ideas bipartidistas, al final vacías, pues con el Frente Nacional se confirmaría la esterilidad de las causas para matarnos.

La violencia política cambió el panorama, “en un período relativamente corto de tiempo, el que va de 1938 a 1985, la población rural pasó del 70,1 al 28 % del total” (Kalmanovitz, 1985, p. 1). Eso rompió la estructura y la plataforma de la política en Colombia. El día que mataron a Gaitán, cambió nuestra historia, a pesar de que la memoria a muchos no les dé ni para saber qué tipo de ideas tenía ese hombre que aparece en el billete de mil, las cosas jamás volverían a ser iguales.

Los que llegaron a las ciudades son los abuelos de los obreros de hoy, los que se quedaron en el campo verían correr ríos de sangre; suena increíble, pero si antes los españoles decapitaban y descuartizaban a sus enemigos políticos, los exponían en las plazas, entrada la segunda mitad del siglo XX, los “chulavitas” y los “pájaros”, fanáticos conservadores pagados por el directorio del partido, sacaban la lengua de sus enemigos o les cortaban el cuello para que sus músculos en combinación con la piel cortada dieran la impresión de una camiseta o franela en el cuerpo de la víctima. Víctima que de seguro tenía familia, familia compuesta por varios integrantes donde de seguro uno “juró venganza” y se entregó a la violencia como escape al dolor y luego la transformó en mero placer dantesco engrosando el fenómeno que algunos conservadores llamarían “chusmeros” o “bandoleros”.

¿Cómo no estar frustrados políticamente, si por culpa de esa barbarie, ciudades como, por ejemplo, Bogotá tienen los problemas de planeación y movilidad que hoy sofocan a tantos? ¿Cómo no estar frustrados políticamente si el tiempo que la gente vivió en el campo, feliz y tranquila, jamás lo volverá a recuperar por más que le devuelvan tierras? ¿Cómo no estar frustrados políticamente si la violencia de Estado se convirtió en un atropello desmedido contra seres tan indefensos como lo fueron en su momento los campesinos que murieron a razón de miles en las tierras colombianas? Ahora ¿qué diablos hacía la gente? Triste, pero cierto: responder, defenderse y formar parte de algo que nunca planearon. Una guerra civil.

Como séptimo ejemplo, y ya acercándome a la conclusión de este capítulo de tendencia fatalista (aunque tristemente realista) expongo, adelantando el tiempo un poco, y saltándome el análisis de la gran falacia que llamaron Frente Nacional, considero que unos eventos tan graves como los que he mencionado, contienen un efecto devastadoramente crónico sobre las generaciones que habían nacido y crecido en las ciudades luego de la guerra civil.

Cuando ya los colombianos dejaban atrás la guerra bipartidista y veían cómo las guerrillas comunistas, nacionalistas e indígenas se quedaron consolidando las luchas en el campo, las ciudades se enfrentaban al flagelo naciente del narcotráfico que enriqueció, ¡capitalizó! el sistema corrupto que ya venía funcionando de tiempo atrás. Además, como decía anteriormente, la población ahora era mayoritariamente urbana: en ese contexto, lo que pasaba en el campo seguía siendo macabro, no obstante, en la urbe (salvo el Movimiento 19 de Abril, que llevaría la guerra a las grandes ciudades) comenzó a abrirse el surco para movimientos políticos de clara tendencia izquierdista, pero que apostarían a la transformación de la sociedad por vías institucionales; ¡qué maravilla! desde Gaitán no se había pretendido esta ruta hacia el poder. Después de Gaitán, la gente entendió que para cambiar las situaciones el plomo tenía voto político.

No obstante, insisto, como una gran sorpresa, para 1990 el Movimiento 19 de Abril se desmovilizó, le apostó a la paz, a la política sin armas, a pesar de que la Unión Patriótica había sido asesinada sistemáticamente, manifestaciones políticas de esta índole no se veían desde Gaitán, liberales, conservadores, la UP gritando “viva el socialismo”.

Por último, y para poner una corona a tanta esperanza de participación política, desde el Partido Liberal, emergió Luis Carlos Galán, un líder político que al igual que Gaitán, comenzó denunciar ya no a una oligarquía, si no a aquellos corruptos que se habían dejado comprar por el dinero del narcotráfico, o que en su defecto habían sometido la institucionalidad al narcotráfico. Eran tiempos agitados, la violencia absurda del narcotráfico, es decir esa violencia producto de la acumulación del dinero fácil por el dinero fácil, al penetrar la política, irrumpió con los alcances de los actos terroríficos que se podían realizar.

¿El dinero lo podía todo? Al parecer los narcos decían que sí, y esa antigua oligarquía sacaría provecho de estos nuevos dementes,

demostrando que, si había matado a tantos antes, no dudaría en matar ahora... como para cerrar el siglo.

Cuando los colombianos reemplazaban la frustración por esperanza, me sirvo de Arendt para comprender que “una de las distinciones más obvias entre poder y violencia es que el poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos (Arendt, 2005). Los instrumentos, realmente fueron pocos, imagino que unas cuantas armas traídas por algún narco con complicidad de un político corrupto; con esos instrumentos, fueron brutalmente asesinados los candidatos presidenciales de todas las fuerzas políticas nacientes mencionadas anteriormente. Como si se tratara de una pesadilla sin fin, regresó la muerte para combatir la intención de cambiar la forma de hacer política en Colombia, fueron asesinados por sicarios los candidatos presidenciales, Luis Carlos Galán, Bernardo Jaramillo, Jaime Pardo Leal y Carlos Pizarro, entre muchos otros miles de colombianos y colombianas.

¿Pasaron casi cincuenta años, para rehabilitarnos y volvieron a asesinar las posibilidades de comprender la política desde distintas visiones? Al parecer sí. Esa era la señal que arrojaba la masacre sistemática que se dio a finales del siglo XX en Colombia.

Como he dicho, para nadie es un secreto que el narcotráfico penetró la esfera pública y prácticamente lo untó todo demostrando que si con el poder del dinero se podía acabar con los enemigos políticos más rápido y eficazmente que con el poder del Estado, tal como en los años 1950, entonces el camino de la degradación de la guerra, si es que llegar a un estado de guerra no es ya *per se* una degradación, estaba más que labrado.

Entonces, como octavo ejemplo, traigo a colación el remate de las esperanzas de organización política y por ende la frustración que tiene diezmado al país hasta el momento, porque parece que a finales de los años 1990, la idea no solo fue la de acabar de una vez por todas con la guerrilla o cualquier intención o mención de

alianza, simpatía, contacto etc., con esos comunistas que llevaban tantos años en la selva, metiéndose a las haciendas, sino que, además, la intención era dejar sin sustento a la guerrilla.

Sé que no es fácil hablar de la guerrilla, desde otros conceptos que no sean terrorismo, narcotráfico; no obstante, a pesar de la molestia que pueda causar en algunos la siguiente pregunta, debo redactarla: ¿cuál fue y sigue siendo la fuerza vital más grande de la guerrilla? La gente pobre del campo. Y como el campo en general es pobre, entonces cualquiera era sospechoso. Por eso, se abordó esta solución criminal, básicamente a través de un mensaje: las masacres paramilitares.

El paramilitarismo como fenómeno de finales del siglo XX y comienzo del XXI fue el resultado del oportunismo de esa vieja clase dirigente que se dio cuenta, por una parte, de que podía acabar con sus enemigos en las ciudades matándolos a tiros, pero, por otra parte, de que nada podía arreglar el problemita de la gente que apoyaba a las guerrillas, esa gente que les causaba tanto malestar, que se metía en las haciendas ubicadas en zonas donde por lo general la opinión pública nunca llegaba.

Si bien el narcotráfico exponía un propósito claro de ganar más y más dinero, de adquirir poder regional de manera sencilla sin meterse directamente en la política², la guerra sucia, representante de una antigua política criminal, hizo uso del narcotráfico para así acabar más rápido que el Ejército con el problema de la inseguridad derivada de movimientos guerrilleros. Si el Ejército no podía salvar a Colombia de la guerrilla, entonces ¿quién podría? ¿Quién entrenaría a un subejército paralelo a la fuerza estatal en la lucha contrainsurgente? Aunque había unos diálogos de paz, una zona de distensión para la guerrilla más grande del país, esta no era la única, y el sustento de la guerrilla, es decir, un campo

2 Salvo Pablo Escobar que alguna vez fue congresista. Por lo general, el narcotráfico permea la política con dinero, no con capos en el ejercicio público.

llo de gente pobre sin muchas opciones más que figurar en uno u otro bando, hicieron que se llamara a un experto en temas de seguridad... tenía que ser extranjero, por supuesto, tenía que ser militar, obviamente, y tenía que ser israelí.

Un día me encuentro un libro con la palabra cáncer al lado de la palabra Klein, y me pregunto, si fui contratado por los servicios, todo el mundo lo sabía, el Gobierno, el Ejército, el DAS, todos quedaron satisfechos con mis servicios. Incluso me volvieron a contratar por mis servicios en el Magdalena Medio. ¿Por qué soy tratado como un criminal? (Klein, 2012)

Klein se amparó en que su empresa de seguridad era legal, refutó que por sus servicios pagaron el Estado colombiano y hacendados. Lo que es importante para este capítulo es reconocer que posterior a la “cátedra magistral” del Klein, que abriría paso a lo que serían las Autodefensas Unidas de Colombia, de seguro muchos de sus pupilos superarían sus estrategias, y se dedicarían a bañar con sangre nuevamente los campos colombianos. Que hoy ¿existen posiciones que defienden el paramilitarismo como una opción necesaria para combatir la insurgencia? Sí, eso es una realidad. Pero de seguro, bastaría preguntar a más de la mitad de los promotores del paramilitarismo si conocen alguno de los siguientes municipios donde se cometieron masacres³ para constatar finalmente que la respuesta sería obvia: ¿sabe usted qué pasó en Vegachí, Antioquia, el 29 de febrero de 1997; en Mutatá, Antioquia, el 29 de mayo de 1997; en Segovia, Antioquia, el 22 de abril de 1997; en Sabanalarga, Antioquia, el 12 de julio de 1997; en Mapiripán, Meta, el 14 de julio de 1997; en El Retiro, Antioquia, el 14 de agosto de 1997; en Miraflores, Meta, el 17 de octubre de 1997;

3 La mención de las siguientes ubicaciones de masacres ha sido extraída del sitio web <http://www.verdadabierta.com/masacres-seccion/596-masacres-1997-2001->

en Tocaima, Cundinamarca, el 21 de noviembre de 1997; en Dabeiba, Antioquia, el 24 de noviembre de 1997; en San Carlos de Guaroa, Meta, el 3 de octubre de 1997; en Ituango, Antioquia, el 25 de octubre de 1997; en Riosucio, Chocó, el 17 de diciembre de 1997, en Urrao, Antioquia, el 28 de abril de 1998; en Barrancabermeja, Santander, el 16 de mayo de 1998; en Cumaribío, Vichada, el 6 de julio de 1998; en Ciénaga, Magdalena, el 12 de octubre de 1998; en Remedios, Antioquia, el 5 de noviembre de 1998; en Puerto Gaitán, Meta, el 5 de noviembre de 1998; en Barranco de Loba, Bolívar, el 7 de noviembre de 1998; en Yolombó, Antioquia, el 18 de noviembre de 1998; en Villanueva, Guajira, el 8 de diciembre de 1998; en Valle del Guamuez y la Hormiga, Putumayo, el 9 de enero de 1999; en el Piñón, Magdalena, el 9 de enero de 1999; en Tierralta, Córdoba, el 14 de julio de 1999; en Zambrano, Bolívar, el 16 de agosto de 1999; en Ovejas, Sucre, el 16 de febrero de 2000; en El Salado, Bolívar, el 18 de febrero de 2000; en Buenaventura, Valle, el 11 de mayo de 2000; en El Peñol, Antioquia, el 5 de enero de 2001; en Popayán, Cauca, el 15 de enero de 2001; en Jamundí, Valle, el 29 de enero de 2001; en Calima, Valle, el 22 de agosto de 2001; en Falán, Tolima, el 15 de septiembre de 2001; en Corinto, Cauca, el 18 de noviembre de 2001, o en Sogamoso, Boyacá, el 1.º de diciembre de 2001? (verdadabierta.com, 2008).

Yo creo que no muchos sabemos exactamente qué sucedió en esos municipios; a otros tal vez “les suenan” algunos nombres o recuerden especiales en los medios masivos sobre El Salado ¡y eso! Además, faltan muchos municipios en ese listado, pero no los traje a colación para no aburrir al lector; lo que sí se sabe ya, es que en cada uno de esos sitios murió más de una decena de personas (en algunos, hasta un centenar) torturadas, decapitadas, sometidas a una agonía y aniquilación corporal que no se había visto antes, es decir, no murieron en combates, murieron en estado de completa indefensión. ¿Por qué? ¿Acaso la guerrilla no había cometido

crímenes? ¿Acaso la guerrilla era menos perversa que los paramilitares? Por supuesto que no. Siempre he dicho en mis cátedras una frase cruda, poco académica, pero certera: “la guerra es una mierda”. No hay duda en ese postulado, pero una cosa eran los campesinos que comenzaron a entrenarse en técnicas guerrilleras de combate para enfrentarse a un sistema militar castrense compuesto de recursos ilimitados, hombres por doquier, la legalidad de su lado y otra muy diferente, entrenar grupos de mercenarios con apoyo internacional, con apoyo institucional, con apoyo de las clases más pudientes del país (es decir la minoría), no solo para el combate de guerrillas, sino para ofrecer un mensaje contundente entre aquel sustento de la guerrilla por antonomasia, es decir: las personas inmersas en las zonas de conflicto, que bien pueden ser actores presenciales, colaboradores, milicianos o solo observadores de la contienda.

Pregúntese ahora, si usted es un campesino y por su finca pasan tropas de todos los bandos pidiéndole agua o preguntando por el enemigo, ¿es usted un colaborador? Bueno, desde un escritorio, desde una ciudad, juzgar la respuesta es un acto muy cómodo, a mi juicio.

Entonces, debo dejar claro que no trato de realizar una apología guerrillera, en una guerra todo el mundo pone una cuota de sangre y barbarie, pero lo que sí trato aquí es de enfocar en el octavo ejemplo, cómo la fuerza de la guerra se ensañó con la población civil por considerarla colaboradora de la guerrilla o al menos potenciales colaboradores dejando como resultado algo más que la frustración política: el miedo.

En los lugares mencionados, fue donde se escuchó hablar por primera vez de motosierras para ejecutar decapitaciones, de comandantes paramilitares emborrachándose al lado de cuerpos en descomposición, de mutilaciones masivas, de hornos crematorios para desaparecer cuerpos, de municipios cerrados durante varios días con complicidad del Ejército mientras ocurrían las barbaridades, de violaciones masivas, etc., para esas fechas, en el río Cauca, el Río

Magdalena y sus afluentes, fueron arrojados miles de cuerpos que alimentaron a caimanos y gallinazos en Colombia, aberrante suceso, aunque usted no lo crea, difícil de escribir... pasar de la frustración al miedo era lo único que faltaba y ocurrió (Contravía Morris, 2007).

Ya para finalizar este capítulo, adjunto el último ejemplo. En el marco de las tipologías bárbaras que he presentado en los anteriores ocho ejemplos para dar cuenta de cómo un pueblo se frustra políticamente, quiero cerrar recordando el asesinato de Jaime Garzón como epílogo al intento de reconocer nuestra tragedia política y los problemas del país, ya no desde un punto de vista ortodoxo, si se quiere, de las formas de hacer política.

Como un elemento *sui generis* en Colombia, Garzón hizo de la parodia política y el humor una forma metodológica de acercamiento a la conciencia política de los colombianos. Hacer reír a la gente de su propia desgracia, de la vergüenza de la corrupción, funcionó para desentrañar y curar ese dolor provocado por la frustración. No obstante, Garzón también fue asesinado por paramilitares. ¿Qué dejó todo esto en el ambiente y la conciencia política de la sociedad colombiana? Una conclusión muy fácil: “La política es una mierda”. Como un mecanismo de defensa psicoanalítico, la sociedad se cerró a la posibilidad de reconocer la frustración y para huir de ese reconocimiento, se encerró en alguna tipología freudiana de mecanismo de defensa.

Los mecanismos de defensa son formas inconscientes de actuar o de pensar para protegernos o defendernos de pensamientos, deseos, emociones o comportamientos demasiado amenazantes para la conservación de nuestra integridad. Es decir, los mecanismos de defensa se encargan de disfrazar aquello que es demasiado difícil de aceptar para convertirlo en algo más tolerable para nuestra mente. (Murga, 2015, p. 1)

¿Sería posible que, ante una historia cargada de violencia y corrupción, las posibilidades de la política en Colombia quedaran mitigadas por la frustración? ¿Cómo juzgar al colombiano que ha sufrido los horrores de la guerra por su distanciamiento de la política? ¿Cómo no alentar a reconocer la frustración como el primer paso para configurar nuevas generaciones de creyentes en la política y denunciantes de la corrupción y la violencia? ¿Sería preciso abandonar el proceso de reconocimiento psicosocial de la frustración (que estoy proponiendo en este capítulo) con personas que crecen hoy en las ciudades sin conciencia de todo lo que ha sucedido y sigue sucediendo en el país? ¿Acaso no basta reconocer lo mal que nos sentimos para poder avanzar hacia algo mejor en un proceso de reconocimiento, introspección y cura?

Bien, considero que luego de exponer los nueve ejemplos, puedo medianamente concluir, que mientras como sociedad no reflexionemos acerca de nuestra frustración política, poco o nada podemos hacer para abandonar posiciones absurdas, las cuales creo yo, son en términos freudianos “mecanismos de defensa”, que surgen cuando decimos o escuchamos frases como, “la política es una mierda”, “no me interesa la política”, “me vale huevo todo mientras yo esté bien”, “deje de pensar bobadas y más bien trabaje”, “no me importa nada”, “si no trabajo, no como” etc. ¿Qué mecanismos de defensa perviven en la sociedad colombiana tratando de evadir el reconocimiento de la frustración política?

En primer lugar, la represión. “Este mecanismo de defensa crea en nosotros la ilusión de que nos hemos olvidado del contenido molesto. Esto se da especialmente después de una experiencia traumática” (Murga, 2015, p. 1). ¿Acaso no es la lucha de los humanistas en Colombia, estar siempre tratando de recordar entre la gente, qué clase de país tenemos o hemos tenido para elevar lo humano por encima de la racionalidad política extrema? ¿Acaso no es la molestia de muchos intelectuales cuando dicen “país sin memoria” ofuscados y bloqueados por poseer un saber que a

muchos no les importa si debe o no ser compartido? Evidentemente, la sociedad está reprimida y no es culpa de ella, o no es porque sea una sociedad bruta, tonta, o incluso viva en *un país de mierda*, como muchos se acostumbraron a decir. No. La sociedad colombiana, es bella, soñadora, frágil, ha sufrido muchas experiencias traumáticas y por eso se ha reprimido.

En segundo lugar, la racionalización. Esta “hace referencia al uso de explicaciones racionales para tapar inseguridades o comportamientos de los que uno no se siente orgulloso. A menudo se atribuye la culpa a otra persona o a las circunstancias para no tener que desvelar partes de sí mismo que supondrían un auto-cuestionamiento” (Murga, 2015, p. 2). Las conclusiones lógicas son típicas en Colombia: política es corrupción, por lo tanto, todos los políticos son corruptos, entonces no creo en política. Este razonamiento lógico simple, es el que maneja el colombiano y la colombiana promedio. Racionaliza su rechazo a la política para no tratar de comprenderla.

Por otra parte, también hemos erigido un mecanismo de defensa que resulta más que adecuado para recordar muchas situaciones que en el marco de nuestra cotidianidad pueden parecernos conocidas; me refiero, al desplazamiento: “con este mecanismo, descargamos nuestro enfado, impulsos o frustraciones experimentados internamente con un individuo en otra persona u objeto que en principio no tiene nada que ver con ello” (Murga, 2015, p. 2). Cuando nos quejamos de la sociedad indiferente en que nos hemos convertido, cuando renegamos de por qué a la gente no le gusta colaborar, allí es probable que encontremos esta tipificación, también, que comprendamos por qué después de varios intentos, las nuevas generaciones, que no profundizan en el conocimiento de la sociedad, han abrazado con más y más fuerza las prácticas resultantes del fenómeno individualista, o lo que podría llamarse la degeneración del liberalismo inserto en la economía y las relaciones políticas: un “sálvese quien pueda” que resulta irritante en más de una ocasión.

La peor descarga de frustración en el otro es precisamente aquella que niega la posibilidad de asociación política enmascarando todo, en una falsa autosuficiencia y prepotencia que es mantenida exclusivamente por lógicas de acceso al consumo. En un desplazamiento es donde observamos al arribista, en un desplazamiento es donde observamos al que antes era un militante y ahora, luego de viajar a Europa o ganarse un par de millones de pesos, mitiga su pasado al no mencionarlo o al burlarse de él en público... sí, hace falta reconocer que lo que sentimos es frustración, para no siempre buscar culpables excluyéndonos de algún tipo de responsabilidad. ¿Cuál responsabilidad? La de conocer.

Otro mecanismo de defensa que emerge producto de la frustración política es el de la formación reactiva: “este mecanismo convierte pensamientos, emociones o impulsos indeseables en su opuesto para aliviar la ansiedad que provocan” (Murga, 2015, p. 3) ¿Cómo? Sencillo. Algunos detestan la política, porque en realidad quisieran que las cosas fueran diferentes y desean profundamente que esta sirviera para lo que en realidad tiene que servir.

Para finalizar, ¿existe algo peor que no reconocer la frustración y esconderse detrás de mecanismos de defensa? Sí: el egoísmo cuando se quiere hacer de una frustración particular una frustración general. ¿Se habrá constituido un escenario donde pedagógicamente el intelecto superó a las pasiones? Tratando de no quedarme debatiendo nuevamente en plenas conclusiones del capítulo, creo que el intelecto no debe superar a las pasiones, y las pasiones, deben procurar no perderse, porque cuando se pierden en un contexto que pide a gritos algo más que teoría, se profundiza la brecha entre lo que podemos llegar a conocer y lo que estamos dispuestos a hacer.

Por lo pronto, luego de retorcer el trapo de nuestra historia sirviéndome de los nueve ejemplos con una fuerza fatalista de esas que dan ganas de ponerse a llorar, invito a conocer la historia, con el fin de descubrir la frustración y, cuando esté identificada, hacerla

tan nuestra como sea posible; de esta manera, podremos pasar a un siguiente escenario que no sea el de la indiferencia frente a la política, que no sea el mecanismo de defensa, sino tal vez, un escenario subsiguiente que delimite mejores condiciones para hablar de política en Colombia.

Capítulo III

Diferencia entre hacer política, hablar de política y escribir pendejadas en las redes sociales

A lo hora de abordar las condiciones básicas (actuales) para hablar de política en Colombia, no se puede concebir un mediano acercamiento a un acuerdo general o a una conclusión más o menos acertada, si no se establece la distinción que evocaré en el presente capítulo. Si bien hoy, la televisión y la radio continúan manejando los hilos de la opinión mediática, desde hace un par de décadas, la Internet y más propiamente las redes sociales han ingresado a acaparar los espacios de ocio, información, educación, interacción, divulgación, exclamación, competencia y discusión, entre otras acciones, en la vida de las presentes generaciones.

Los más veteranos de la sociedad colombiana claman por un “uso responsable” de las redes, de la Internet, porque ven su utilidad, pero temen reconocer el efecto monumental que ha tenido desplazando poco a poco la vieja sociedad fundada exclusivamente en los valores modernos o en la confianza, a mi juicio absurda, del “famoso” ciudadano responsable; ese cuento es muy viejo, la responsabilidad es un concepto que le pasa lo mismo que a la política en Colombia, está tan cargado de desconfianza, está tan violado, tan oculto, que inclusive en el campo del deporte, particularmente

el fútbol, vemos cómo los medios y la opinión en general a la hora de referirse a un jugador colombiano que ya no es una gran estrella simplemente porque ya no es bueno o ya le “pasó su hora”, prefieren culpar al club, a la FIFA y hasta al Papa de ser necesario, antes de aceptar la realidad.

En Colombia es habitual, que los gobernantes gobiernen echando la culpa de todo al anterior gobierno. Es habitual que entre las entidades se “tiren la batuta” sobre quién es la responsable. No, definitivamente no; en Colombia la responsabilidad es como para los fracasados, el exitoso es el que escapa a la responsabilidad y sale invicto.

La responsabilidad en Colombia merecería otro capítulo, no obstante, hago hincapié en ella, porque caen en la ingenuidad o en el absurdo aquellos que piden un manejo “responsable” de la Internet.

Muy bien, volvamos pues, al eje del presente capítulo, incitando la curiosidad del lector con algunas preguntas: ¿se puede hablar de política en Colombia dejando a un lado el efecto, y más que el efecto, la realidad manifiesta que está contenida en las redes sociales? Usted podría dudar o tal vez estar de acuerdo conmigo.

La verdad, yo creo que no. Evidentemente, no cualquiera que escriba “pendejadas” en las redes sociales consigue un golpe de opinión mediático. ¿Qué considero un golpe de opinión mediático? Debo aclarar que este concepto no es un gran desglose filosófico político de una cuestión, es más, creo que ronda en la misma sencillez con que miramos nuestro celular y ojeamos un rato las redes. Un golpe de opinión mediático es un efecto que comienza con una declaración, con un trino, con un posteo, con la publicación de una foto que realiza un personaje (casi siempre público o impulsado por algún personaje público) generando controversias en los medios, luego trasladando la controversia de los medios a la calle y de la calle en ocasiones a los salones de clase, dando como resultado, que sin más ni menos, por un efecto mediático simple,

la sociedad en general nos hallemos hablando, discutiendo y hasta intercambiando improprios por la idea susodicha.

Uno de los golpes de opinión que recuerdo como más útiles para mis cátedras, fue una declaración del prestigioso abogado Abelardo de la Espriella en que afirmaba que el derecho no tenía nada que ver con la ética (ElTiempo.com, 2015). Esto generó debate al interior de las universidades, vi a mucha gente indignada con la cuestión, luego recordé y propuse en mis cátedras que finalmente no había que alterarnos, puesto que los colombianos comunes y corrientes, sabemos que el derecho en Colombia en ocasiones no tiene nada que ver con la justicia. Y si equiparamos justicia y ética como monumentos axiológicos, entonces, eso puede tranquilizarnos frente a opiniones de este estilo, que viajaron rapidísimo en razón de los medios.

No obstante, es importante saber, que no toda pendejada que posteamos en las redes se constituye en un golpe de opinión. ¿Tiene que ser una opinión erudita y retórica? No. De hecho, una pendejada puede constituirse en un golpe de opinión, lo importante por saber es quién publica e impulsa dicha opinión, bien sea una gran idea o una pendejada. La tecnología no hace política. No. Eso es lo mismo que tratar a los medios como si fueran sujetos, mucha gente anda enredada en el debate sobre los medios de comunicación y yo siempre lo he argumentado: ni son de comunicación ni son sujetos¹. Los medios son eso, cosas, herramientas, tecnologías, que son propiedad de personas con intereses públicos o privados. No basta con que cualquiera tenga el último celular y postee todos los días algo en las redes sociales para que se constituyan los golpes de opinión, hasta ese punto no llega la tecnología porque a pesar de que esté en manos de todos, los hilos de la política siguen

1 En capítulos subsiguientes me adentraré en esta idea.

siendo manejados, independientemente del medio, por personajes públicos con presencia en el poder económico y político.

Así que si cualquier sujeto escribe un par de pendejadas en su Facebook, probablemente solo interesará a los siete individuos que lean dichas exclamaciones, pero sin duda no se constituirá en un golpe de opinión, como sí pasa por ejemplo con muchos funcionarios públicos y su cuenta de Twitter.

Empero, en el marco de esta breve explicación, surge un nuevo interrogante, que convoca a reflexionar si la fórmula está completa hasta el momento. Veamos: tenemos un personaje público y este personaje usa las redes sociales, hasta allí ¿qué hace falta? ¿Es suficiente una red social y un personaje público para constituir golpes de opinión? A decir verdad, podría añadir que a una figura pública no le basta el Twitter por el Twitter por muy figura pública que sea, ¿qué sería de los trinos de un funcionario si no fueran promovidos por un medio de información masivo? La verdad, tengo mis dudas sobre su impacto.

Entonces, hay una claridad básica, y es que si hoy la televisión y la radio están aparentemente siendo desplazadas por las redes sociales, son ellas, solo en la voz de las grandes cadenas masivas, las que se encargan de configurar los golpes de opinión *per se*. En este marco, el presente capítulo quiere ofrecer una propuesta de diferenciación entre hacer política, hablar de política y escribir pendejadas en las redes sociales, sencillamente, porque esta distinción elemental entre las tres acciones se constituye en una condición básica para hablar de política en Colombia.

Quiero comenzar, exponiendo en primer lugar lo que correspondería a *hacer política*. ¿Hacer política es insertarse en los mecanismos del sistema electoral con fines lucrativos o clientelistas? Efectivamente no. Sin embargo, inserto esta pregunta venenosa porque la política, como muchas otras cosas en Colombia, se ha constituido también en un negocio individual.

Prosiguiendo, un colombiano promedio ante la pregunta sobre el quehacer de la política, inmediatamente aludiría que significa corrupción, trampa y toda una serie de adjetivos que emergen como respuesta a la frustración que traté de exponer en el capítulo anterior. No obstante, si antes del quehacer, nos preguntamos por el qué es, sugiero la siguiente definición:

Política significa la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen. Esto se corresponde esencialmente con la acepción habitual del término. Cuando se dice que una cuestión es política, o que son políticos un ministro o un funcionario, o bien que una decisión ha sido políticamente condicionada, lo que se quiere siempre decir es que la respuesta a esa cuestión, o la determinación de la esfera de actividad de aquel funcionario, o las condiciones de esta decisión, dependen directamente de los intereses existentes sobre la distribución, la conservación o la transferencia del poder. (Weber, 1919, p. 2)

Distribución, conservación o transferencia del poder... si me limitara a esta definición, entonces, tendría que seguir esa línea dura e inflexible de las definiciones conceptuales que convierten un concepto en un mar de elementos que parecen monstruos de ocho cabezas, donde cada cabeza tiene ocho lenguas, cada una con una cabeza ¡y así!... entonces, algo que debería quedar claro de una manera sencilla, se convierte en un maremágnun apto para iluminados. Aclaro antes de proseguir que no quiero decir que la política sea algo simple, pálido o fácil de asumir y comprender, de hecho, jamás me ha gustado comparar el concepto sencillez, con algún tipo de condición peyorativa relativa a un tema, creo yo que algo más apropiado y lo que sí he evocado en mis cátedras es la comprensión clara, concisa, contextualizada y no tan densa, tan arbitrariamente “ladrilluda” de los conceptos o las ideas.

Recapitulando la definición de política, me gusta mucho más la de Andrade (1990, p. 5), en la cual indica que “política implica una forma específica de comportamiento humano que se relaciona con el gobierno, con la dirección de una colectividad, con ciertas pautas de acción para la dirección de un grupo y con el conocimiento de estas cuestiones”. Esta definición es mucho más concluyente a pesar de que tiene un par de palabras menos; Andrade la despeja del exclusivo esquema del poder, y sin aislarla de esa realidad intrínseca, deja abierta la interpretación a lo que significa grupo o colectividad, permitiendo correlacionar aquello que implica “lo político” con escenarios diferentes al Estado.

Entonces, recogiendo lo mejor de ambas definiciones, puedo decir que es una diada que siempre está presente a la hora de hablar de política, en principio se asocia con los temas de interés público haciendo referencia a la relación con el Estado y el poder, pero también, se relaciona con el interés colectivo, comunitario, que avanza y ha avanzado en la historia sin la mano de los Estados, tratando a la vez de no desmitificar la existencia del poder, más sí, desvirtuando que su única fuente sea el Estado.

Por consiguiente, la respuesta a la pregunta ¿qué es hacer política? podría orientarse comprendiendo que se trata de una acción que logra desarrollar un grupo de sujetos, que se organizan buscando el acceso o el cumplimiento de un objetivo común. La razón sociológica de la política no es específicamente la colectividad, como sí lo es la asociación, y la asociación debemos vincularla al plano de una facultad humana.

Más aún en la sociedad contemporánea, donde la degradación del liberalismo, es decir el individualismo, sigue copando tantos escenarios culturales y sociales, creo más que pertinente considerar *hacer política* como aquella facultad humana que nos otorga el beneficio de la asociación. Una facultad que es difícil de ejecutar, si lo pensamos desde la asociación más primigenia, hoy ya no estamos dispuestos a consolidar una relación de pareja sin contemplar

problemas o restas a nuestra supuesta libertad, los compromisos generan duda porque en la sociedad de los ganadores, en la sociedad del éxito, pareciera que perder no fuera parte de la vida humana.

En resumen, hacer política, es consolidar un escenario para el desarrollo de la facultad que he mencionado. Hacer política no es engañar para el ascenso a un cargo público, hacer política no es comprar votos. Eso de los votos, además de ser un derecho, también es un proceso que se deriva de la mercadotecnia política inserta en el sistema electoral, un sistema que en Colombia tan solo a la luz de la materia estadística, siempre queda en ridículo ante la gran masa de no votantes que siempre arrasan promoviendo implícitamente en la acción de no votar, que lo malo no es negarse al voto, sino seguir apoyando un sistema que está viciado de fondo... Bueno imagino que algún lector dirá: si no votamos ¿entonces qué hacemos?... a lo cual responderé coherentemente: ¡política!

Hacer política no es entonces comprar tamales, lechona, aguardiente o combos escolares para repartir entre la gente menos educada y así conseguir votos. Tampoco es ir a las universidades hablar de un par de proyectos ficticios o citar a un par de autores y así conseguir votos entre los más educados; hacer política no es hacer de los *lobbies* los portavoces de una minoría ignorada. No, nada de lo anterior es política, insisto, eso es mercadotecnia y tráfico de influencias; si hago alusión a estos ejemplos que rayan en lo infantil señalando aquello que no constituye hacer política, definitivamente lo hago porque desde esta práctica primigenia inicia el engaño, no importa la medida de la educación, hoy es un gran defecto creer que la educación *per se* “libera”, la verdad tengo mis dudas.

En Colombia caen presos de un sistema electoral corrupto los menos educados y los más educados, puesto que, al tratarse de mercadotecnia, resulta más fácil convencer a un individuo ofreciendo dádivas personales, en vez de la persecución de grandes objetivos colectivos o algún tipo de idea que implique compromiso, sacrificio o contacto... es decir, a los más pobres y poco educados se les

engaña con lo que más les conviene al igual que a los más educados se les engaña con lo que más les conviene, no es una ambigüedad, es una realidad del sistema preferentemente individualista.

Retomando la disertación, hacer política es arrojarse a la acción por un objetivo común, es restar prioridad al individuo, entregarse a la colectividad, pero no para perderse entre lo que Alain Touraine denomina “la comunidad autoritaria que suprime al sujeto y lo aleja de la realidad, por lo tanto, de la posibilidad de transformarla” (Touraine, 1997, p. 65). En realidad, si existe un primer momento de entrega a la colectividad, es ni más ni menos, para salvaguardar las posibilidades individuales. De este modo se desarrolla entonces un efecto político, conjunto, colectivo, para que después de cumplido el objetivo común, podamos regresar al bienestar individual dando gracias y créditos al valor colectivo de la acción.

Sin duda el planteamiento es complejo, pero no imposible. En Colombia todos los días gente común y corriente practica la política, aquella que depende y no depende del Estado, pues como una facultad ontológicamente humana, solo se necesita un espacio de reflexión y un tiempo para la acción, una acción en principio sí y solo sí, colectiva.

En segundo lugar, intentaré dar una breve respuesta a qué significaría, en el marco de la triada ofrecida en el presente capítulo, *hablar de política*.

Esto, tiene un grado de explicación algo más complejo, a saber: para hablar sobre cualquier tema, lo que mínimamente se debe poseer son conocimientos sobre el tema en cuestión, de esta manera, se podrá asegurar lógicamente que se está hablando de ese tema y no de otra cosa.

Ahora bien (y esto es fundamental) sin unas condiciones básicas que impliquen como mínimo un pequeño o mediano conocimiento para hablar sobre un tema en cuestión, sencillamente se podría

concluir que no se está hablando sobre dicho tema, sino tal vez aludiendo a símiles, incoherencias, o elementos totalmente diferentes.

Entonces, correlacionando las definiciones evocadas anteriormente, hablar de política, en principio es hablar sobre alguna forma de gobierno, alguna forma de dirección de una colectividad, es hablar sobre el poder, sobre su distribución, sobre cómo conservarlo, cómo arrebatarlo, cómo celebrarlo.

Algo que facilita aún más la comprensión de lo que significa hablar de política es que cuando hablamos de política también podemos estar hablando sobre ideologías. “La Ideología es para el Destutt una ciencia completa del hombre, que abarca incluso las cuestiones del “querer” y del “obrar” (Quintana, 2007, p. 207). Quintana cita a Destutt quien acuñó por vez primera el término “ideología”², y aporta a la construcción inicial del concepto, al involucrar el querer y el obrar.

Cuando se habla de ideologías, o de ideología, la polisemia triunfa sobre la definición certera, no obstante, considero que, con el fin de no ahondar en asuntos innecesarios para este capítulo, concordaré en que hablar de ideología, es hablar de ideas que se quieren y, Por lo tanto, de ideas por las que se es capaz de obrar. No hay conclusión más bella a la que Destutt llega involucrando a la psicología en su conformación del concepto ideología: “pensar es sentir” (Destutt citado por Quintana, 2007, p. 207).

Bien, si pensar es sentir, si la política está cargada de ideas que se quieren y por las que se obra, si hablar de política implica hablar

2 Se puede comprender ideología como aquel principio propuesto por Carlos Marx, según el cual las ideas no pueden explicarse a partir de sí mismas, con independencia del contorno social en el que aparecen. Desde otra perspectiva, según Max Horkheimer la ideología es todo pensamiento ligado al ser, que arraiga a una determinada situación social. No obstante, para ampliar y ahondar en este concepto, la ideología ha de comprenderse a partir de tres raíces: la crítica a la filosofía del Estado de Hegel, a la antropología de Feuerbach y a la economía política clásica (Lenk, 2000).

de dirigir una colectividad, de conservar o arrebatarse el poder, entonces ya es hora de afirmar que hablar de política no es hablar sobre la corbata de un funcionario o sobre cuánto dinero gastó en su cuarta boda. Hablar de política no es discutir sobre las tendencias sexuales de una persona, hablar de política no es denigrar sin fundamentos de un presidente, hablar de política no es hablar sin fundamentos de un grupo político organizado, hablar de política no implica agregar a toda conclusión el adjetivo “mierda”.

Como un elemento adicional, que complejiza el análisis, eso que yo denomino “hablar sin fundamentos”, en realidad está fuertemente relacionado con algunos fundamentos. ¿Es acaso una incoherencia o una redundancia lo que estoy planteando? Consideraría que no. Existen por ejemplo aquellos fundamentos que los medios de información masivos promueven en Colombia, aquellas percepciones que se construyen en las salas de edición y redacción de los medios masivos. ¿Es factible que se constituya una información superflua y falaz, que funciona como fundamento en muchas personas que finalmente la consideran suficiente para creer que hablan de política?

En verdad para asegurar esto habría que desarrollar una investigación específica. No obstante, *a priori* puedo mencionar algo con lo que el lector probablemente esté de acuerdo y es que los medios de información evidentemente informan, más no ofrecen la posibilidad de conocer; es decir, quiero asegurar que entre informar y conocer existe una brecha más profunda que la fosa de las Marianas³.

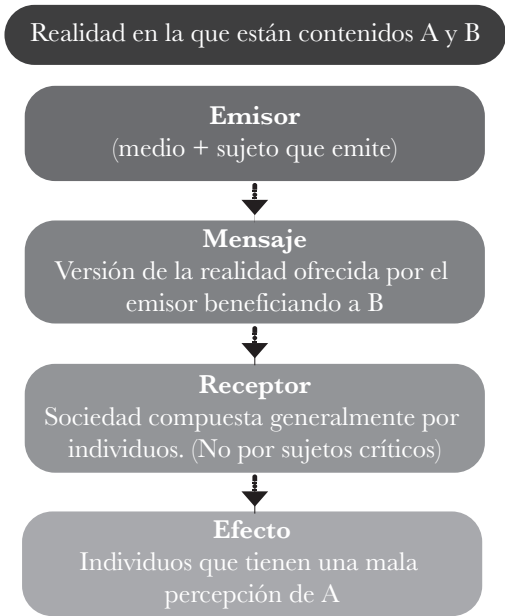
Por una parte, conocer implica un esfuerzo, dedicación, búsqueda, un ensayo y error en torno a la conclusión, implica descarte de opciones, una visión desde distintos planos; conocer involucra el esfuerzo por romper la unilateralidad (en este caso) de la

3 El lugar más profundo del océano hasta ahora conocido.

información masiva y construir una multilateralidad de ideas y menciones que componen el elemento por conocer en sí.

Por otra parte, informar es algo muy diferente. Quiero detenerme en cómo el modelo vertical de la comunicación basado esencialmente en Harold Lasswell dio forma al esquema, *emisor-mensaje-receptor* y que fue perfeccionado por Wilbur Schramm y David Berlo con un nuevo esquema *mensaje-canal-receptor-efecto* (Beltrán, 2005). Esta forma vertical de la comunicación es lo que denomino *Informar*. El ciclo en esencia funciona de la siguiente forma (figura 1).

Figura 1. Esquema vertical de comunicación



Fuente: elaboración propia.

En la figura 1 se puede apreciar un esquema vertical que denota básicamente lo siguiente: en primer lugar, una realidad de la cual nadie es dueño y en esencia, para no entrar en un debate

filosófico impertinente, afirmaré que dicha realidad es una sola. Ahora bien, en esa realidad puede haber contenidos, sujetos, cosas, tendencias que he denominado al azar A y B. Entonces, el primer paso de este ciclo es el de un emisor con una característica un poco diferente a lo que siempre hemos catalogado como emisor, es decir, no solo es un sujeto. Es un sujeto más un medio a su disposición. ¿Por qué es importante tener presente que en la figura 1 el emisor es un compuesto bífido? Porque como he insistido, un medio no es algo que tenga vida, un medio solo es una herramienta a disposición de los sujetos. En resumen, en este primer paso, el emisor ofrece una versión de la realidad, dicha versión es una variable dependiente del sujeto que utiliza el medio.

El mensaje es consecuentemente esa versión de la realidad que ha presentado el emisor. Ahora bien, supongamos que el emisor tiene los mismos intereses que B, es decir todos los contrarios de A; el mensaje ya ha sido emitido, con una carga que beneficiará a B; el siguiente paso en este ciclo es el receptor. ¿Quién es el receptor? ¿Gente que se toma el trabajo de investigar las cosas que le están narrando como un mínimo necesario para no ser engañada? ¿O más bien son personas que por lo general escuchan o leen a duras penas titulares, pero no están prestas a preguntarse absolutamente por nada más allá que no emita su canal de información?

Para dar sostenibilidad al esquema, prefiero quedarme con algo que sabemos por consenso: la sociedad colombiana en líneas generales no es una sociedad crítica, es decir, no somos una sociedad donde la mayoría de la población tiene acceso a educación superior o que desarrolla hábitos de lectura que abren un espectro de conocimiento que para otros es limitado en razón del trabajo, la pobreza, las deudas y los ambientes sociales.

Ahora bien, si condimento con fatalismo esta cuestión, ya ni los universitarios componen una sociedad crítica, sino un cuerpo social endeudado para mantener estatus frente al consumo, con una mente más o menos entregada a lo que la ideología *Master of*

Business Administration (MBA) proponga y a cuanto cosa ofrezca el mercado del ocio, excepto preguntarse por su lugar en la sociedad o las posibilidades de transformación social. Por lo tanto, y como último paso del ciclo, se consolida un efecto: la percepción desarrollada por el emisor, facilitada por una sociedad con un nivel crítico bajo. En el ejemplo hipotético, finalmente la percepción que se forja la sociedad de A es absolutamente negativa, frente a la que se tiene de B.

Lo que quiero decir es que la gente solo se informa, no conoce, no tiene y pareciera que ni quiere la posibilidad de acceder a medios de comunicación como tal y el riesgo de perecer entre la percepción y las opiniones vacías es tan alto, que es preferible educar a discutir “pendejamente”.

En un ejemplo más explícito: los colombianos observamos ciertas tendencias de algunos medios ¿Dichas tendencias son de los medios? En efecto y luego de la explicación de la figura 1 la tendencia es forjada por el sujeto que domina o es dueño del medio. Ahora bien, y creo que esta es una tesis fundamental que he argumentado en la reciente etapa de mi ejercicio docente, en Colombia ¿hablamos de medios masivos de comunicación? Evidentemente, no. Lo que existe aquí son medios de información, porque la mayoría de los colombianos se informan, pero no entran a conocer lo que un emisor les está entregando. Informarse es diferente a conocer, porque para conocer necesitamos medios de comunicación, es decir, canales participativos que poco o nada tienen que ver con las encuestas que uno ve por ahí. En conclusión, y como abre bocas de lo que desarrollaré en el capítulo sobre el problema de la objetividad (capítulo 5) creo que necesitamos liberarnos de los medios de información y buscar verdaderos medios de comunicación o crearlos si en su defecto no existen.

Ahora bien, recapitulando, muchísima gente en Colombia considera que habla de política, construyendo su discurso a partir de los elementos que les ofrecen exclusivamente los medios

masivos de información, entonces, cuando se desarrolla una conversación basada en algo que usted no conoce, sino en algo sobre lo cual meramente le han informado, las probabilidades de lograr un diálogo útil, lejos de opiniones absurdas, conclusiones vacías y hasta estúpidas, son demasiado pequeñas.

Si quiere recibir un buen consejo de estas humildes letras que aquí escribo: no se meta en una discusión con personas que solo se informan; para hablar de política, basta con conocer, pero no solo con informarse de una única fuente discursiva. Eso constituye, como vengo diciendo y desarrollaré más adelante, un moldeamiento unilateral de su visión y es lo que precisamente ha traído más problemas a nuestra sociedad contemporánea, la inamovilidad de los individuos para arriesgarse a conocer, para tomarse el trabajo de entender, y no solo quedar a merced de un discurso unilateral llamado “información” que viaja de manera masiva y que, al final, fue pensado solo por un grupo de personas muy reducido, eso que teóricamente se denomina *Emisor*.

Finalmente, hablar de política significa que usted conoce de política, habla de dirigir una colectividad, de conservar o arrebatarse el poder, pero atención: con esto no me refiero a que para hablar de política usted tenga la necesidad de forjarse necesariamente como politólogo o filósofo político; a decir verdad, si vuelvo a evocar mi fatalismo característico, muchos politólogos están insertos en estudiar para perfeccionar la mercadotecnia de la política, y muchos filósofos están empecinados en alejarse cada vez más de la sociedad con sus conclusiones excesivamente ideales. Es verdad, soy un atrevido porque eso es una generalización sin piedad y sin fundamento teorizado. No obstante, cómo nos duelen las generalizaciones.

Aquí en Colombia nadie se escapa y como autor de estas letras, trato de traducir la rabia de un colombiano promedio con sus intelectuales... a veces tan lindos, tan bien hablados, tan leídos, tan cerca, pero a la vez tan, tan, tan, lejos.

¡Definitivamente no! para hablar de política no es estrictamente necesario estudiar una carrera afín, es importante que para comprobar que sí se está hablando de política, una persona, con o sin pergaminos, está hablando de dirigir una colectividad, de conservar o arrebatarse el poder, de organizarse colectivamente para solicitar, para protestar, para reivindicar, etc. allí estamos hablando de política.

Cuándo un trabajador discute con sus compañeros sobre cómo solicitar al jefe la posibilidad de mejoras salariales ¿está hablando de política? Sí. Cuándo los estudiantes deciden redactar una carta, argumentando por qué un docente no conviene a la facultad, ¿se está hablando de política? Sí. Cuándo un grupo de tecnólogos decide realizar una protesta por recortes presupuestales, ¿se está hablando de política? Sí. Cuándo un grupo de personas se organizan en la sala de un hospital y solicitan hablar con la gerencia en razón del mal servicio, ¿se está hablando de política? Sí. Hablar de política es poner en el escenario de los objetivos comunes, la posibilidad de realizarlos. Si se realiza la abstracción más elemental de la primera sociedad humana (una pareja) ¿estamos hablando de política? En abstracto y en la práctica definitivamente sí, el amor, es el catalizador humano de la primera relación política por antonomasia.

Por último y, en tercer lugar, intentaré dar una breve respuesta sobre qué significaría entonces, en el marco de la triada que he venido desglosando, *escribir pendejadas en las redes sociales*. Es probable que el lector esté intuyendo una degradación en los conceptos que he venido presentando, y que pueda considerar a las redes sociales como un cuerpo estéril en un debate serio sobre la política. No obstante, cuán equivocados estamos cuando damos la espalda al contexto, a la coyuntura, a lo folclórico y delimitamos nuestra incertidumbre, con esa mala maña de considerar que lo sabemos todo o lo que es peor, que poseemos el criterio para categorizar cuáles cosas son valiosas y cuáles no en términos del conocimiento. Muy

bien, para hablar de las redes sociales previamente quiero invitar al lector a evaluar que las redes sociales se encuentran insertas en la realidad social del mundo contemporáneo; lo que es importante reconocer *ipso facto* es que dicha realidad es una realidad virtual.

¿Existen dos tipos de realidad? ¿Una física y una virtual? Responderé brevemente estos interrogantes, sin “salirme por la tangente”, sino más bien asumiendo una disciplina orientadora. Considero que ahondar en ese debate desde la filosofía es desproporcionar los límites de la paciencia que el lector tiene con estas letras tan escuetas que estoy presentando; por tal motivo, no quiero mencionar la existencia de dos realidades en términos filosóficos, empero sí, en términos sociológicos.

La lógica social que vivimos, por ejemplo, en encuentros cara a cara, cuando nos acercamos a la persona que nos gusta, cuando nos referimos a aquel que no nos cae muy bien es bastante diferente de cómo se desarrolla la interacción virtual. De hecho, según Goffman, para cubrir ese “yo” que en verdad somos, en un encuentro cara a cara, utilizamos estrategias de protección del “yo”, construimos una fachada, realizamos interpretaciones dramáticas de nuestros roles para mantener una línea adecuada en un acto con otras personas, mantenemos cuidadosamente un control expresivo, evitamos la tergiversación de nuestros roles, delimitamos nuestra conducta de acuerdo con los escenarios en los que interactuamos, porque la interacción, ese cara a cara, es ante todo un acto, y este solicita la interacción simbólica (Goffman, 1959). ¿Qué pasa con todo esto en la interacción virtual? Se pierde. La interacción virtual no depende de la interacción simbólica que pervive en un cara a cara y por eso se ha constituido en un escenario de libertad para el “yo” más profundo que tenemos.

Entonces, antes de seguir exponiendo lo que será esta tercera definición, es importante mencionar que la realidad virtual se constituye como el escenario de las redes sociales y es algo más complejo de lo que parece, va mucho más allá de la condición

desmitificadora que muchas personas le imprimen, a veces solo por haber crecido en otro tipo de ambientes, bajo condiciones sociológicas específicas.

Hoy, la realidad virtual es tan importante como la realidad física; ambas, en términos sociológicos, tienen unas condiciones muy diferentes y por ende unas posibilidades inimaginables de constitución de nuevos campos sujetos de comprensión.

Hasta el momento, he definido muy brevemente aquello de la realidad virtual. Pero entremos en materia y respondamos a la pregunta: ¿Qué se considera una red social en Internet?

Una red social en Internet es una comunidad de usuarios registrados en un portal web que comparten información, interactúan entre ellos mediante mensajes y cuentan con otras formas de colaboración [...] además de poder compartir información por medio de una red social, a veces nos encontramos ante la necesidad de un espacio colaborativo en el que cada miembro de esa comunidad pueda depositar sus aportaciones personales. (Cascales, Real & Marcos, 2011, p. 4)

Una red social es entonces una compleja conexión de usuarios y más usuarios que están afiliados gratuitamente a un portal específico, y esencialmente mantienen la lógica dinámica de la humanidad: interactúan en ese ciberespacio llamado Internet. Esta primera definición nos arroja a la conclusión inicial y es que una red social es un medio por donde puede viajar información y conocimiento de manera exponencial, pues, según Cascales, Real y Marco (2011), un usuario tiene en promedio 100 contactos y un solo mensaje, sea el que sea, puede llegar automáticamente a 10.000 personas. Eso es un nivel que ni con la radio ni con la televisión se llegó a soñar. La premisa de esa gran escala es un factor determinante que atrae la atención de grandes grupos de medios informativos para copar dichos escenarios.

No obstante, por ejemplo, las grandes cadenas de medios informativos se enfrentan actualmente a una realidad con la que por mucho tiempo no tuvieron que lidiar; me refiero a las respuestas airadas de la gente ante sus notas informativas, es decir, la pieza que hacía falta en un esquema comunicativo: la respuesta del otro, los comentarios, los “me gusta”, los “no me gusta” y una serie de apreciaciones decentes o groseras que quedan inscritas en sus propias páginas, esperando a ser vistas por más cibernautas, que particularmente, en Colombia han constituido dos cosas. Una, los improperios que no pasan a mayores entre gente común, y la segunda, los golpes de opinión entre los comentarios de personajes públicos que son retransmitidos por esos grandes medios: la radio y la televisión.

Este nuevo fenómeno al que se enfrentan los medios, el de la gente cuestionando sus noticias, promoviendo aplausos o censuras, este fenómeno se generó cuando “el cibernauta accedió a la condición de prosumidor. Debemos reconocer a los prosumidores como los actores comunicativos de la sociedad de la ubicuidad” (Islas-Carmona, 2008, p. 29). Si un prosumidor es un actor comunicativo, entonces, cualquiera podría afirmar que las oportunidades de transformación y descentralización del poder mediático estaban abiertas. No obstante, no sucedió así. ¿Por qué? ¿Por qué no se descentralizó ese poder mediático si ya podíamos con la Internet acceder a todos los medios del mundo, incluso crear uno propio y publicar las verdades o mentiras que quisiéramos? ¿Por qué las grandes cadenas siguieron configurando la opinión y esa tendencia de la gente por informarse antes que comprender o conocer los hechos? Básicamente por dos razones. La primera: la combinación entre entretenimiento e información. La segunda: el empalme metodológico entre televisión, radio y portal en Internet.

Respecto de la primera razón, la combinación entre entretenimiento e información forjó el camino obvio de la desconexión del individuo con la realidad política, si se aleja a un individuo de

la realidad, entonces dicho individuo tendrá menos posibilidad de transformarla y será, por ende, mucho más maleable. Un individuo que pasaba de ver el titular de alguna masacre paramilitar durante la primera década del siglo XXI en Colombia, continuaba con el triunfo de la selección Colombia o el lanzamiento de un nuevo *reality show*. Entre lo que duraba la mención sobre la masacre paramilitar y toda la parafernalia frente al lanzamiento del *reality show*, el individuo perdía la noción de preguntarse por algo más, y seguía cómodamente entregado al instante del entretenimiento. El entretenimiento se retuvo más tiempo que la instantánea informativa, y ante los anuncios de seguir en Internet la emisión *online* del siguiente o la repetición del capítulo, la televisión se convirtió en la puerta del contenido en Internet.

Respecto de la segunda razón, en Internet, las grandes cadenas de medios, también se sumaron como prosumidores al esquema Facebook y Twitter, potenciando los alcances que se obtenían en el mundo virtual enfocándolos a la radio y la televisión, dándole primicia ya no solo a un hecho acontecido en la realidad física, sino a una discusión en redes sociales entre los personajes que ellos eligieran, total, con la televisión tenían un público asegurado, solo restaba fidelizarlo en la Internet y sin duda lo lograron. El individuo puede ir a mil sitios web, pero en razón de la escala que paulatinamente produce una tendencia, y como esta a su vez genera una influencia, finalmente siempre está pendiente de lo que las redes y portales específicos (los mismos de la televisión y la radio) dicen, insisto, no para analizar una información, sino para asumir que esa es la realidad *per se*.

La filosofía de las redes sociales se basa en el principio de comunidad abierta y no jerarquizada, que vincula a los usuarios mediante un tema o actividad común y una plataforma web (*software social*) que permite a los usuarios operar de manera sencilla e intuitiva en lo que se conoce como ámbito de las 3C (*content, construction and colaboration*) (Cascales, Real & Marcos, 2011, p. 5).

Modus operandi de las redes sociales: contenido, construcción y colaboración. Esta filosofía de las redes sociales, mencionada por Casales, Real & Marcos, me permite comenzar a esbozar la definición de lo que significa, sobre todo en el contexto colombiano, escribir pendejadas en las redes sociales. ¿Contenido? ¿Qué contenido puede evocar un individuo que no se pregunte por la realidad y se anime a superar la información para pasar a conocer? ¿Construcción? Si por construcción se hace referencia a la construcción de intereses entre usuarios, ¿qué tipo de intereses se configuran, más allá de los mercantiles, en una sociedad que solo se informa, pero poco conoce de política? La respuesta aquí es inmediata: se configuran los intereses del emisor, visto como ese sujeto que es famoso en la televisión, es famoso en la radio y por ende tendrá seguidores en Twitter. ¿Colaboración? ¿Qué tipo de colaboración se configura en una entramada red de interacción virtual? Bueno, creo que este último punto de la filosofía de las redes sociales es del que más hablamos cuando reconocemos que mantenerse conectado mediante redes sociales (virtuales) con los amigos y amigas o familiares constituye una ayuda eficaz para solicitar favores instantáneos.

No obstante, debo llamarme al orden, porque aquí no estoy realizando un análisis a las redes sociales y sus distintos usos; lo que importa aquí es reconocer en términos políticos qué es escribir pendejadas en las redes sociales, y para ello he llegado hasta la definición de la filosofía de las redes, para que se entienda que no estoy descartando su uso, ni elaborando una serie de argumentos para cerrar diciendo que las redes sociales son el peor daño que le pudo pasar a la humanidad, que nos tienen viciadas las relaciones interpersonales o gritar como un pobre moralista con discurso refrito, que “prefiero tomarme un café que chatear” ¡por favor! Podemos hacer ambas cosas sin que eso se convierta en un atributo cliché de perfil intelectual.

La cosa es así, lo expondré mediante preguntas orientadoras o problemáticas, porque ellas constituyen el desarrollo de mi propio debate, que al final consolidará una definición satisfactoria o debatible, pero consistente. ¿Puede cualquier persona escribir en las redes sociales? Por supuesto, inclusivamente, cualquiera. ¿Eso constituye una pendeja? Claro que no, quienes aseguran esto son los moralistas a los que me refería en el párrafo anterior. ¿Un posteo en redes sociales constituye por sí solo un golpe de opinión política? No. Una cosa es que cualquiera escriba algo y se agarre con todos los que le hagan comentarios negativos a su publicación y otra cosa es que un personaje público escriba algo y su publicación sea potenciada por grandes cadenas de radio y televisión. Es decir, que el golpe de opinión no depende del personaje que poste en redes sociales; inclusive, puede ser un personaje estudiado o ignorante, y eso no le permite el ascenso a la opinión general. Lo que constituye la opinión o los golpes de opinión política es la aplicación del trinomio televisión, radio y portal web, de las grandes cadenas de medios.

Lo que permite concluir que escribir en las redes sociales es un derecho de cualquiera que tenga acceso a Internet. Además, cualquier “alguien” muy educado o sagaz puede hacer un gran comentario, que lejos de ser un comentario pendejo, puede quedarse como una opinión arrojada al vacío de la no-réplica, es decir, sin repercusión.

¿Cuántos políticos que son prácticamente odiados por las grandes cadenas de medios quisieran ser escuchados o promovidos al menos con la misma contundencia con la que se promueve el Twitter de algunos funcionarios? Ya hemos visto abiertas confrontaciones entre gobernantes y medios informativos, seguimos viendo la relación casi sexual que tienen algunos medios con algunos funcionarios; vemos también que aquí para algunos medios, la opinión de un líder indígena vale tres minutos al aire, pero la opinión de un gran industrial, vale una hora al aire. Entonces

¿cuáles “posteos” se constituyen en pendejadas? Aquellos posteos realizados por los individuos que solo se informan y no se atreven a conocer. Esos posteos significan escribir pendejadas en las redes sociales, pues ni están hablando de política y mucho menos se constituirán en golpe de opinión.

A lo mejor el lector recuerda alguno que otro comentario tonto en redes; no haré mención textual de ninguno porque siento que sería antiestético, pero la verdad hay tanto prosumidor escribiendo pendejadas sin fundamento que no vale la pena detenerse por una pendejada.

Que la Internet entonces ¿ha perdido una capacidad heurística? Por supuesto que no. Es solo que esa capacidad está disponible para sujetos críticos o esos brillantes autodidactas, y en Colombia abundan los individuos que prefieren informarse (en vez de conocer) para terminar posteando pendejadas en las redes sociales.

Como gran conclusión de este capítulo, quiero recapitular al lector en que el propósito del mismo, fue realizar la distinción entre hacer política, hablar de política y escribir pendejadas en las redes sociales. Fui mencionando una a una las definiciones, para terminar anclando la conclusión final como una condición básica para hablar de política en Colombia, pues ahora que se tiene un panorama propositivo de una distinción, el lector bien puede discutir con mis ideas o por lo menos centrar una claridad y es que sin dicha distinción, hablar de política se convierte en una verbosidad que no conduce a nada, a lo mejor a ganarse enemigos cibernautas, a lo mejor a que le salgan más canas, a lo mejor a seguir impulsando la felicidad de esos emisores insertos en los grandes medios informativos, que les conviene desde todo punto de vista, que se sigan reproduciendo individuos que no pregunten, que no cuestionen y que se entretengan con cualquier pendejada.

Capítulo IV

¿Derecha o izquierda?: breves similitudes y diferencias para tener en cuenta

Si algo hay de cierto a la hora de hablar de política (aunque no sea académicamente), es que se debe tener medianamente clara esa vieja distinción de izquierda y derecha. Para nadie es un secreto que dicha división nació por allá en la asamblea francesa a finales del siglo XVIII y que se profundizó o agudizó con el pasar del tiempo y la varianza de los atributos sociopolíticos, culturales y económicos de las sociedades. Tampoco es un secreto la transformación del ideal inicial liberal francés en una excusa perfecta para la gesta de la especulación y la acumulación por parte de la burguesía, emergente producto, no tanto de una revolución, como sí de un recambio de poder.

Izquierda y derecha es el título de un tema diciente para Latinoamérica. Un tema que narra la historia del adiestramiento político desde los dos polos. Aquí en Latinoamérica eso de izquierda y derecha no es la historia de ninguna “Guerra Fría” ni el análisis sobre cómo golpeó “simbólicamente” a nuestra sociedad; creo más bien, que es la historia de una guerra caliente que destrozó el tejido social mucho más allá del efecto simbólico, que afianzó los poderes nacionales en los países, causó guerra de guerrillas en

casi toda la región, provocó la emergencia del paramilitarismo y terminó, luego de asesinada la mayor parte de la izquierda socialista, así como una cantidad abrumadora de jóvenes miembros de los ejércitos estatales, en la constitución de procesos de apertura democrática que prefiero llamar *procesos políticos gestores de la economía de mercado*.

Quiero abordar en este capítulo el desarrollo de unas ideas muy particulares, a propósito de dicha distinción, que me convocan a elevar los esfuerzos por clamar desde estas letras en favor de la disminución contemporánea del debate sobre esa vieja dicotomía tan intelectual y sádica y con la ayuda de la pasión y el amor humanista ¡pensemos primero qué es lo que necesita nuestra sociedad y qué cosas definitivamente no necesita!

Si el ejercicio de comprender las verdaderas necesidades de nuestra sociedad no lo profundiza la academia, si los docentes no ejercen la autocrítica y el estudiante ni pregunta, entonces seguiremos persiguiendo para bien o para mal teoría foránea (de derecha o de izquierda) sin conexión contextual, algo que considero el engaño intelectual más grande al que ha estado sometida Latinoamérica.

Antes de comenzar en firme el presente capítulo, debo pensar que el lector, a estas alturas del texto, ya puede dar cuenta de que mis explicaciones son esquemáticas en términos de la organización y exposición de las ideas, además de que promuevo el juego acrónico del reconocimiento histórico, para fomentar la búsqueda o lo que popularmente denominaríamos “atar cabos”; el proceso que el lector ha denotado, consiste en que primero propongo una serie de tesis y posteriormente las voy desglosando una a una para culminar con vehemencia en ocasiones y, por supuesto, subjetiva, pero siempre argumentadamente. Es probable que el lector pueda cuestionarse sobre la aparición de este párrafo, que, aunque parece más una parte de la introducción, considero adecuada su inclusión en el presente capítulo porque cuando se intenta hablar o escribir sobre izquierda y derecha en Colombia, lo primero que

hará quien escucha o quien lee es tratar con determinismo de encasillar al autor.

Apropósito, me atrevería a decir que muchos docentes abandonaron la temática y la discusión respecto de estos temas políticos, por no quedar inscritos en alguno de los dos bandos. Por supuesto, no estamos en París, esto no es Estocolmo, es Colombia, y hablar o escribir sobre política constituye un reto que en ocasiones se vuelve un peligro por culpa de los violentos, los odiosos, los envidiosos, los latosos, todas las especies de “osos” y, por supuesto, los deterministas.

No obstante, ¿acaso no necesita eso la academia colombiana? ¿Alejarse del positivismo craso, que puso a pensar a miles de individuos con el estómago y no con la cabeza y el corazón? Bien, pues mi estilo lo mantendré, y para este capítulo no será la excepción. Sé bien que es fácil confundir la vehemencia con el irrespeto, no obstante, decir, escuchar o leer cosas que no nos gustan pero que tienen sentido, no constituye irrespeto *per se*, como sí constituyen, en cambio, mensajes molestos, críticos, que no nos gusta que los evoquen, tal vez con el fin de proteger la comodidad y en ocasiones, la inamovilidad intelectual en un país que solicita la aparición de sus intelectuales más allá del aula y más allá de figurar en revistas científicas, que al paso que van creciendo sus mercados, terminarán indicando a los autores hasta qué ropa ponerse.

Recapitulando, izquierda y derecha contienen similitudes y diferencias tanto básicas como profundas; no obstante, me detendré a analizar, no la composición ideológica de cada una de las partes o el desglose económico y filosófico que merecería un libro completo, sino productivamente el significado de las consecuencias de dicha confrontación en el marco de la sociedad colombiana; en otras palabras, quiero preguntar por la existencia real de esta distinción en Colombia, por los efectos sobre la política, sobre las consecuencias nefastas de la guerra o bien por la profunda división existente que actualmente muchos se dedican a negar tajantemente mediante cátedras o conferencias.

Algunas de las cuestiones que intentaré abordar en este capítulo parten de la siguiente pregunta: ¿Por qué es importante comprender la distinción entre derecha e izquierda, si se supone que la Guerra Fría acabó hace mucho tiempo, la Unión Soviética se disolvió, Venezuela está *ad portas* de un cambio político al igual que Cuba, y en general a la gente le interesa “un pepino” el debate ideológico sustentado desde estas dos orillas?

La realidad fundamental es que esa vieja dicotomía, esa vieja contradicción, continúa más viva que muerta; lo que sucede es que, a propósito de la Guerra Fría, cuando una parte gana una guerra el vencedor tiene la responsabilidad, como producto de una reacción sistemática, de eliminar todo rastro del enemigo y suprimirlo incluso del campo del discurso, desmitificarlo, incluso configurar un serio intento de negación ontológica de la contraparte. Esto, en conjunto, ofrece la apariencia de un triunfo absoluto, no obstante, aparentemente. Se ha venido diciendo repetidamente, hasta convertirlo en un lugar común, que la distinción entre derecha e izquierda que, durante casi dos siglos, desde la Revolución francesa en adelante, sirvió para dividir el universo político en dos partes opuestas, ya no tiene ninguna razón de seguir siendo utilizada. (Bobbio, 1995, p. 51)

Bobbio es una autoridad intelectual en el tema de la distinción izquierda y derecha, y aunque dudo que él conociera camaleones¹, lagartos², micos³, elefantes⁴ y demás tipificaciones caricaturescas

1 Los que cambian de partido por conveniencias clientelistas.

2 Como comúnmente se le llama a un funcionario corrupto.

3 Los propósitos interesados que se insertan subrepticamente en un proyecto de ley.

4 Escándalos que supuestamente ocurren “a espaldas” de los gobernantes.

que se han hecho sobre los funcionarios en Colombia, considero que ese lugar común al que se refiere merece ser analizado un poco más.

¿Cuáles son las distinciones más prominentes entre izquierda y derecha? Inicialmente, si despegamos desde las referencias históricas, nos encontramos el inicio de esa distinción, en primer lugar, con la diada: monárquicos contra defensores del Estado Nacional. En segundo lugar, se da una transformación filosófico-política y la distinción se evidencia entre liberales y absolutistas, siendo el Estado, la figura artificial pero dinámica del poder, que todos buscan conquistar. En tercer lugar, esas distinciones se van complejizando porque el modelo de producción entra a jugar un papel determinante en el discurso político, lo que causó que muchos liberales, como resultado de la especulación y la explotación inherente a un capitalismo desregulado, impulsaran de manera decidida la consolidación de su contraparte: los socialistas utópicos. Este grupo ya comenzaban a centrar la problemática bajo categorías como clase social, obreros, capitalismo, distribución de la riqueza y explotación.

Para el socialismo, la economía política, considerada por muchos como la fisiología de la riqueza, no es más que la práctica organizada del robo y de la miseria; así como la jurisprudencia, decorada por los legistas con el nombre de razón escrita, tampoco es más que la compilación de las reglas del bandolerismo legal y oficial, o sea de la propiedad (Proudhon, 2005).

Abiertamente, con la diada, liberales versus socialistas utópicos, se comienza a gestar una nueva etapa de la distinción. En cuarto lugar, el socialismo científico hizo su entrada en la historia y definió conceptos como “burgués” o “capitalista” reconociendo su presencia en las relaciones de producción y la consecuente explotación y desigualdad, “mediante la compra de la fuerza de trabajo, el capitalista ha incorporado la actividad laboral misma,

como fermento vivo, a los elementos muertos que componen un producto y que también le pertenecen” (Marx, p. 225).

La distinción asume características tan complejas que aquello de izquierda y derecha pasó a convertirse en un paradigma con una fuerza multilateral y mundial, en que esas dos grandes categorías (aún) contienen unas variantes tan increíblemente diferenciadas como similares.

En Colombia, pasar por alto esas variables altamente diferenciadas y similares es una costumbre en gran medida promovida por la ignorancia, la incapacidad para pensar críticamente y el impulso pasional de amor y odio impreso en muchas ocasiones en los discursos políticos que viajan en la vida cotidiana colombiana. Por ende, el impulso hacia el encasillamiento de un discurso en el grupo de la izquierda o en el grupo de la derecha, en ocasiones, parece marcar la pauta, como si para hablar de políticauviésemos (anticipadamente o durante la exposición) que tomar una de las dos banderas paradigmáticas y así desarrollar las ideas.

Aprovecho ahora para realizar quizá la salvedad más importante de este capítulo; izquierda y derecha son categorías analíticas que van mucho más allá de simples partidos políticos, son paradigmas que varían de una forma monumental según el país, la sociedad, las condiciones culturales; no obstante, resultan increíblemente identificadas, porque la esencia ontológica de una postura es constituyente de la otra y viceversa.

Los dos términos de una diada se rigen indisociablemente el uno con el otro: donde no hay derecha ya no hay izquierda, y viceversa. Dicho de otro modo, existe una derecha en cuanto existe una izquierda, y existe una izquierda en tanto en cuanto existe una derecha (Bobbio, 1994, p. 64).

Ni es una redundancia, ni tampoco una obviedad. Es en esencia la condición ontológica de la ideología política de las sociedades. Humberto de la Calle, el jefe del equipo negociador del gobierno en los diálogos de La Habana, ha dicho varias veces que

democracia no es unanimidad, aludiendo implícitamente a más que una dificultad, una realidad política y explícita indudablemente contundente de la sociedad: nunca vamos a estar absolutamente todos de acuerdo.

¿Eso indica que la condición es el conflicto eterno? Bueno, creo que la discusión política es diferente a asesinar por razones políticas, del mismo modo que democracia no es democracia cuando todos los partidos piensan el mismo país, y quienes piensan otro país diferente no tienen acceso a la estructura del poder estatal.

Como decía anteriormente, izquierda y derecha tienen variantes altamente diferenciadas y sugiero dar importancia a reconocerlas no para legitimarlas, sino para abrir el espectro de un debate que va más allá del reconocimiento. En otras palabras, ¿qué hemos entendido en Colombia por partidarios de izquierda y partidarios de derecha? ¿Es en verdad la izquierda parlamentaria colombiana una izquierda real, o simplemente son mamarrachos de un liberalismo más abierto moralmente, que no se atreve a cuestionar el modelo económico? ¿Es de izquierda un sacerdote que exige la protección de los Derechos Humanos en zonas de conflicto y que no es portavoz de ningún gobierno o partido? ¿Es de izquierda un policía que se encapucha para hablar sobre sus derechos laborales, sobre garantías sociales? ¿Es de derecha aquel que opine negativamente sobre el marxismo? ¿Es de derecha aquel que no confía en la identidad política como una forma de cambio social? Estas preguntas son presupuestos típicos en el marco de un análisis sociológico y político, las he recibido por parte de estudiantes, de colegas, de gente común que busca conocer.

Así mismo, por ejemplo, en mi ejercicio docente, gente común ha tratado de encasillarme en la izquierda por apelar a la crítica de este sistema colombiano supuestamente democrático, como también gente común ha tratado de encasillarme en la derecha cuando critico formas ortodoxas o “mamertas” de expresión de objetivos políticos bien por descontextualizados o por incoherentes

¿Cuáles son las diferencias y similitudes más importantes por tener en cuenta cuando hablamos de política, de derecha, de izquierda en Colombia?

Bien, la punta del iceberg comienza con la aparición de sindicatos, las volátiles ideas contenidas en el *Manifiesto del Partido Comunista* publicado en 1848, con la Comuna de París. También en una medida más local con las discusiones que Rafael Uribe Uribe desarrollaba con aquellos que lo tildaban de socialista. Rafael Uribe Uribe, siguiendo las ideas de Robert Owen, introduce esa misteriosa palabra: “socialismo”. Por supuesto, los postulados de Owen se expresan desde el socialismo utópico, el socialismo puro, el que basa sus postulados en la confianza absoluta del triunfo de las mejores virtudes humanas por sobre sus peores expresiones o defectos; no obstante, parece que cuando existen condiciones materiales que imponen la voluntad individual a la voluntad general, entonces podríamos decir que en parte dependemos de esas condiciones materiales, o reales, y no solo de las morales o voluntarias para desarrollar las virtudes humanas.

Luego de la conformación del Partido Socialista, la fundación del Partido Comunista Colombiano (1928), la comprensión de nuestros problemas sociales pasó por los debates sobre la inequitativa tenencia de la tierra, el beneplácito gubernamental a las multinacionales, el amañamiento de la ley y el uso de la fuerza estatal para acabar con los contradictores políticos.

Así mismo, la izquierda en Colombia fue sinónimo de ateos, de bandoleros, de terroristas, de rebelión. Por su parte, la derecha fue sinónimo de imperialismo, de represión, de ideología de ricos, de liberales mejor conocidos como “pequeñoburgueses”, de conservadores, pero no solo del partido, sino de la cosmovisión filosófico-política.

Las variantes diferenciadas más importantes de la izquierda se consolidaron no tanto con la revolución en Rusia o en China, sino propiamente con la revolución en Cuba. A partir del impacto

político de la revolución cubana, en un principio muy nacionalista, pero prontamente aliada soviética, las tendencias marxistas, leninistas, maoístas, trotskistas, etc., emergieron para configurarse en “el costado izquierdo” de la política, pero con identidades ideológicas tan cerradas y radicales que en ocasiones hasta entre la misma izquierda se consolidaron enemigos.

Por otra parte, a la izquierda representada en partidos o movimientos, en un principio de su historia, le costó tremendamente seguir un camino parlamentario; dicha vía no fue impulsada con fuerza democrática e institucional, pues no es un secreto que por ejemplo el Partido Comunista quedó excluido de la participación política desde su fundación hasta el determinismo dicotómico ofrecido por el Frente Nacional en Colombia. A pesar de esa emergencia de la izquierda en medio de la exclusión institucional, esta también quedó excluida por causa de la corrupción de los ideales de sus militantes o, lo que es peor, por el aniquilamiento físico de sus militantes. Por supuesto una cosa era que el Estado negara la participación, o que sus militantes se pelearan entre ellos, pero otra muy diferente era el asesinato de sus partidarios.

Lo anterior condujo a la radicalización de la lucha política que, orientada teóricamente por Lenin, Mao, y sustentada en los acontecimientos de Cuba, llevó a que la extrema izquierda fuera la protagonista o representante casi permanente, de la izquierda política en Colombia, a lo mejor no por gusto, sino porque las condiciones del Estado colombiano así convocaban a deducir.

La derecha, por su parte, estuvo compuesta por los grupos de poder que desde siempre se ubicaron al comando del Estado colombiano empleando como plataformas los partidos tradicionales. En varias ocasiones, la derecha se radicalizó y configuró lo que se conoce como extrema derecha, una variante que tiene que ver con pájaros, chulos, paramilitares, escuadrones de la muerte y cosas así por el estilo, que tuvieron fuerte asidero político en las palabras que para mediados del siglo XX pronunciaría Laureano

Gómez “nuestro deber es hacer prácticamente invivible el ambiente de la república [...]” (Semana.com, 2016). No obstante, la derecha, que parecía tener asegurado el poder político mediante una democracia cerrada y con persistente corrupción, ni siquiera se proclamó como derecha, lo cual es un fenómeno semántico muy particular en Colombia, pues la izquierda es fácilmente identificada, o mejor, rotulada, pero la derecha parece no pasar por ese mismo tamiz gramatical.

A propósito de esto último, ¿no le parece que, en Colombia, ni a la izquierda ni a la derecha les gusta denominarse de derecha o de izquierda? Puede ser que el síntoma del encasillamiento paradigmático sea producto del análisis político que hacemos algunos académicos o bien sea una estrategia para destruir o demeritar a los enemigos políticos, pues por lo menos como venía diciendo, en Colombia la izquierda es aparentemente identificable, sus partidos, sus discursos, si son abiertamente contra el modelo económico, se podría decir que constituyen alguna forma de izquierda.

Empero, la derecha es difícil de reconocer en el discurso mediático contemporáneo. Por ejemplo, si usted realiza un ejercicio simple observando varios noticieros masivos colombianos, verá que dichos medios hablan sobre la izquierda montones de veces, se refieren con propiedad cuando hablan del gobierno ecuatoriano, venezolano, boliviano, nicaragüense, como gobiernos de izquierda; pero es difícil, muy difícil, escuchar a un medio masivo colombiano aludiendo que el gobierno de Macri en Argentina es de derecha, que el de Santos en Colombia es de derecha o que la propuesta de Keiko en el Perú es de extrema derecha.

Por lo tanto, es importante sumar una gran diferencia, y es que la izquierda en los canales discursivos comunes, parece identificable, es puesta en escena hermenéutica, es visibilizada, bien sea para mencionar su existencia o para satanizarla, pero la derecha, no es definida como tal, la derecha queda inscrita en el liberalismo democrático de hoy en día, por eso considero importante

comprender que filosófico-políticamente, la derecha latinoamericana actualmente corresponde al proyecto neoclásico (liberal) económico y político y que la izquierda latinoamericana corresponde al proyecto neo-socialista. En esta misma línea cabe mencionar que los grandes medios de izquierda complementan la tesis que planteo, pues dichos medios (de izquierda) proVenezuela, proRusia, o proCuba identifican plenamente en el lenguaje a un gobierno como por ejemplo el de Macri, de derecha. No obstante, por sondeos aleatorios simples en los salones universitarios, los estudiantes identifican claramente a la CNN pero desconocen a Hispan TV, esa realidad es innegable.

¿Es acaso un determinismo insertar al liberalismo en el paquete de la derecha? Bueno, si eso fuera un determinismo, entonces tendríamos que confiar en las palabras caducas de Fukuyama sobre el fin de la historia, y creer que las condiciones históricas de los países no provocan que las personas sean capaces de cambiar los conceptos o la forma en que comprendemos la realidad. La historia no llega a su fin, y así el comunismo hubiese caído, eso no significaba desde ningún punto de vista que “había ganado el mejor”, y no es ponerle condimento ético a la cuestión, pero es que a veces es preocupante ver cómo, en Latinoamérica, mientras la gente se mata, sufre por las consecuencias del extremismo político, a la par los debates se quedan en lo que dicen algunas lumbreras intelectuales desde el otro lado del mundo, desconociendo gran parte de nuestro contexto.

El liberalismo clásico ya ha formado parte de la derecha en la historia, incluso a Hitler le tocó cambiar la postura revolucionaria nacionalista que lo caracterizó antes de que fallara su intento de golpe de Estado en 1925, para pasar a colocarse la máscara de demócrata liberal y así llegar al poder.

En esta misma línea, resultan absolutamente absurdas las palabras de Vargas Llosa cuando aseguraba en la Feria del Libro realizada en Buenos Aires en 2011 que “asociar una dictadura con

liberalismo es una obscenidad”⁵, a decir verdad uno no sabe si el literato estaba hablando de filosofía política o de la realidad regional latinoamericana, pues asociar las dictaduras del cono sur, con el liberalismo producido en la Escuela de Chicago, si hablamos propiamente desde Chile, dudo mucho que constituya una obscenidad.

Mientras existan humanos, la cultura y la historia de la cultura no acaba, y la historia de las ideologías menos. Lo que sucede es que se trasforman en apariencia con ayuda de la lingüística, más no en la esencia problémica. Si se prefiere, para mayor claridad, erradiquemos por un momento los rótulos “derecha” o “izquierda”. ¿Qué nos quedaría? ¿Qué surgiría como eje del debate? De seguro, saltarían a relucir las diferentes visiones sobre el cuidado ambiental, las diferentes posiciones sobre cómo desarrollar los campos de la salud y la educación, surgiría una discusión sobre la competencia leal y la desleal en la dinámica del mercado, sobre la reforma tributaria, sobre los salarios, sobre la tierra, en fin. Las discusiones tomarían temas específicos que conducirían a una confrontación de posiciones representada en conglomerados con más o menos poder en la sociedad. Ese juego de contradicciones es donde se abre el espacio para la categorización izquierda o derecha, pero evidentemente, dicha categorización no concluye una problemática cuando no se ahonda en el análisis de las condiciones de la contradicción misma.

Por ejemplo, si analizamos brevemente el significado de los gobiernos de Uribe y Chávez, evidentemente, muchos dirían que simbolizaron una clara distinción *derecha* e *izquierda*; no obstante, más allá de lo que se supone es una obviedad, ¿no le causó nunca curiosidad las similitudes tan tremendas que en el fondo tenían dichos gobiernos? Caudillistas, monotemáticos, con mención

5 Palabras extraídas del titular del diario digital peruano *El Comercio* del jueves 21 de abril de 2011.

imperdonable de un único enemigo, con mención mesiánica de una única solución, con alocuciones semanales, con discursos agresivos, con carismas populares... ¡ah! pero eso sí, los contradictores allá en Venezuela eran los de derecha, y aquí en Colombia eran los de izquierda. ¿No es irónico tanto parecido, pero tácitamente la evidente diferencia? La similitud más prominente entre la izquierda y la derecha es que ambas se preocupan por conquistar, dominar, arrebatarse, conspirar, detentar, adquirir o ganarse el poder político del Estado, dependiendo de cuál sea su posición histórica.

Los socialistas del siglo XXI gritan *abajo el capitalismo*, pero hacen maromas para conseguir mercados que le pongan ruedas a todo su discurso, y los neoclásicos o neoliberales, gritan *abajo el Estado, que viva el libre mercado*, pero se les escurren las babas cuando se abren licitaciones y desean quedarse con el erario, promoviendo además que este erario (social) no sea invertido en lo social, sino otorgado a la empresa privada mitificada como más eficiente (en el mejor de los casos).

¿Aún no lo ve? las diferencias son prominentes, pero las similitudes van de la mano, Bobbio no se equivocaba, definitivamente, si existe una, existe la otra y viceversa.

Lo anterior conduce a concluir que las similitudes y diferencias implícitas de la derecha y la izquierda dependen profundamente de las condiciones específicas de cada sociedad. ¿Es tan revolucionaria la izquierda como la derecha? Sí. En caso de que el oficialismo sea de derecha, la izquierda será oposición y en caso de que el oficialismo sea de izquierda, la derecha será oposición, ¿qué detentan ambas? la mayoría de sus variantes: el poder político. Las que no detentan el poder político, luchan desesperadamente desde el ámbito identitario por el reconocimiento, pero cuando se dan cuenta de que el reconocimiento no sirve para desarticular las bases de la invisibilización, se desarticulan o entran en la lógica de la consecución de poder político.

Son tan parecidas que por eso sugiero desconfiar como sujetos críticos de las posiciones deterministas. Empero, tampoco estoy asegurando un desacuerdo cuando, por ejemplo, un sujeto asume su condición histórica consciente y decide bien sea militar en la derecha o en la izquierda, a decir verdad, cuando esa militancia es resultado de una conclusión consciente y argumentada, más no guiada desde lo superfluo, creo que hay condiciones mínimas para un debate.

Lo que sucede por ejemplo en Colombia, es que muchos que aparentemente son portavoces de discursos de izquierda o derecha, en realidad son objetos pasionales del *marketing* político y, por consiguiente, son esa clase de personas que odian a “los derechosos” o a “los izquierdosos” pero que no tienen una justificación profunda y coherente de por qué hay que “odiar” a ese otro. Yo insisto: eso es “mamertería” de lado y lado, no se puede celebrar tamaña estupidez.

Otra conclusión importante es que no hay una condición moralmente buena o mala, que se atribuya a un militante de derecha o de izquierda. En cambio, considero que lo más dañino para una sociedad no son las ideologías, no es la izquierda o la derecha *per se*, sino tal vez, esa línea que se define o se considera “por fuera de” y convence falsamente de que el sentido común que genera un oficialismo político, es la objetividad real.

Me explico, en Colombia, muchos representantes de los discursos de la izquierda y de la derecha no pudieron mantenerse en sus cargos, si estos requerían de alguna manera un manejo ético de la profesión, como lo puede ser por ejemplo el cargo o rol de periodista. Muchos personajes que utilizaban los medios y el ejercicio periodístico para ser portavoces de partidos políticos, hoy en su mayoría (no todos, ni todas) tuvieron que dejar sus cargos, o están militando con gusto en diferentes partidos ejerciendo funciones políticas, pues al estar atribuyéndose una objetividad que no les era propia y mucho menos desde su posición en la sociedad, dañaron

la imagen de sus profesiones o causaron líos de intereses puesto que no es ético presentarse con una bandera de neutralidad, cuando se tiene un argumento, o como es típico en Colombia, más que un argumento, un odio personal (casi siempre insostenible racionalmente) contra una forma de expresión política.

Es decir, el problema en Colombia es que casi siempre aquel que se dedica a machacar a la izquierda o a la derecha desde su discurso y su posición en la sociedad, ufanándose de que es *objetivo* o de que es *neutral*, peca por falaz, pues por lo general, los sujetos llevamos una posición política a cualquier lugar donde decidamos expresarnos.

¿Qué significa esa posición política? A decir verdad, significa la capacidad de construir una opinión sobre cómo deberían ser las cosas, cómo deberíamos organizarnos, quién es justo, quién es injusto, etc.

Entonces, ¿qué se puede concluir de la distinción y la similitud de la izquierda y la derecha en Colombia? En principio, la conclusión tiene que tocar el elemento más sensible de una conversación sobre política en este tiempo: la democracia.

Norberto Bobbio aseguraba que los extremistas tanto de derecha como de izquierda tenían en común la antidemocracia y que los moderados, tanto de izquierda como de derecha, tenían en común el espíritu democrático (Bobbio, 1994). No obstante, hoy se puede decir que los neo-socialistas y los neo-liberales tienen en común que defienden discursivamente la democracia. El problema surge cuando la sociedad se pregunta ¿qué tipo de democracia? algunos pueden asegurar con vehemencia que en Venezuela hay dictadura, no obstante, todos los mecanismos democráticos, como votaciones, consejos nacionales y demás instancias funcionan tal como funcionan en una democracia como la colombiana. Entonces ¿cuál es el problema a ciencia cierta? Bueno, la dinámica del mercado internacional ofrece panoramas para una respuesta, puesto que parece que todo el tema finalmente, casi siempre recae sobre los intereses económicos, recae también en cuestionarse

cómo un Estado latinoamericano por ejemplo cataloga de progreso o de saqueo, el efecto de una multinacional.

A decir verdad, las típicas posiciones que emergen desde la derecha y la izquierda frente al tema de las multinacionales son deterministas y causan serios daños a los países. Escuderos neo-socialistas y neo-liberales parece como si fueran grabadoras repetidoras de un par de ideas que de seguro el lector habrá escuchado alguna vez. La izquierda menciona que hay que sacar a las multinacionales del país, y la derecha menciona que la inversión extranjera es el símbolo más grande del desarrollo. Si seguimos la línea de este ejemplo típico de confrontación discursiva, un sujeto crítico, auténticamente latinoamericano (es decir conocedor de su contexto), y que intenta, abrazado del principio de la política, superar esa dicotomía derecha e izquierda que a veces pareciera no permitir el avance, podría preguntar sin basarse en un sentido común ofrecido por algún tipo de medio informativo u oficialismo político, sino fundamentado en su conocimiento del contexto: ¿acaso tenemos que sacar a las multinacionales del país? ¿Y las exportaciones, las importaciones? ¿Acaso tenemos que dejar que hagan lo que quieran o que solo entreguen dinero como parte del negocio? ¿No sería bueno llegar a una negociación realizada no por representantes del Gobierno, sino por representantes de los territorios sobre los que hay incidencia de dichas multinacionales? ¿No sería pertinente una estrategia que apuntara al recambio del sistema de regalías por proyectos sociales que impactaran el PIB?

Pensar las posibilidades, teniendo en cuenta a todas las partes, sería atrevido con la perspectiva de los portavoces de la derecha y la izquierda, donde los unos al parecer quieren siempre tildar de fascistas a todas las multinacionales y los otros quieren tratar de ignorantes a todos lo que hacen críticas a los impactos negativos producidos por las mismas. Entonces, el problema de “blanco o negro”, como lo mencionaba en el capítulo 1, emerge análogo al tema “izquierda o derecha” en Colombia.

¿Podemos librarnos de la condición de entender la política solo desde esa dicotomía paradigmática? Evidentemente sí. ¿Cómo? Constituyéndonos en sujetos políticos. Eso, en principio no es para nada fácil, no depende solo del ingreso a una universidad, ni de la clase social, de hecho, en el último capítulo abordaré esta definición concretamente. Lo importante aquí, para poder concluir con una propuesta implícita, es que se puede escapar a esa condición dicotómica paradigmática forjando la capacidad más grande de un sujeto político: la evaluación y comprensión de su contexto, superando el fetichismo teórico.

Por el momento, como una condición básica para hablar de política en Colombia, sugiero plena atención sobre esta vieja dicotomía de izquierda y derecha, no para ignorarla, sino para tratar de recategorizarla, sobre la base del impulso de nuestras necesidades más apremiantes como sociedad. Puede que mientras definimos izquierda o derecha, los odios crezcan y las conclusiones coherentes y conexas al contexto se escapen de las manos; ¡es más! antes de que aquellos demócratas ingenuos o críticos de las posturas dicotómicas que basan sus precarios análisis en la apariencia, nos indiquen que en Colombia ya no hay problemas de ese tipo, porque la izquierda y la derecha están en el Congreso haciendo política y que la variedad de partidos demuestra el fin de esa dicotomía, dejo aquí una excelente apreciación: “En este universo de la Igualdad (Sameness), la manera principal de la apariencia de la diferencia política es generada por el sistema bipartidista, esa apariencia de la opción en la que básicamente no hay ninguna. Los dos polos convergen en su política económica [...] su diferencia es reducida a los comportamientos culturales opuestos” (Žižek, 2001, p. 8).

Sin lugar a dudas, en Colombia ya no hay bipartidismo, ¡peor aún! Hay muchos partidos y al final, antes de volver a citar a Žižek, prefiero quedarme con el lugar común más interesante que escucho cuando la gente habla sobre los partidos en mi país: *todos son la misma cosa*.

Entonces, es importante, que, a la hora de hablar de política, hablemos de política como el principio elemental que guíe la conversación, que promueva la acción basada en las propias necesidades colectivas y dejemos para después, el encasillamiento paradigmático que, al parecer, nos ha traído más problemas que beneficios.

Por último, de un modo igual de apremiante, sería necesario reconocer la existencia de las ideologías, reconocer que se necesita develar la falsa objetividad con la que hoy se recubren algunas posiciones editoriales de los medios masivos de información, develar algunas posiciones reencauchadas de liberalismo y que, si bien el contexto y la necesidad política deberían superar el debate complejo que solo acerca las conclusiones a la diada izquierda o derecha, no está demás la defensa de la ideas, siempre y cuando estas ahonden en la coherencia con un contexto y la convicción resultado de una conclusión crítica, pues es de allí que se generan los más grandes motivos de movilización, de cambio, y desde donde se toma la fuerza para desechar tanta discusión sin sentido o con odios injustificados.

Capítulo V

La falsa objetividad: el verdadero problema de los medios informativos

La primera idea que quiero exponer antes de comenzar en pleno este capítulo emerge de la siguiente diferenciación: *no es lo mismo comunicar que informar*. Resulta muy importante tener presente tal distinción, puesto que la mayoría de discusiones políticas que se escuchan en las universidades, en los pasillos, en las tiendas, en los comedores de las casas, muchas veces se desencadenan por golpes de opinión producidos desde los grandes medios masivos y no propiamente por conclusiones políticas que forjen al menos una conversación medianamente seria, así no sea académica.

Por *golpe de opinión* se entiende básicamente la emisión de palabras por parte de algún editor, periodista o personaje público, y que viaja por medio de los canales masivos de información al grueso de la sociedad provocando debates, menciones, foros, etc. Frente a este particular, en un anterior capítulo había aclarado que no cualquier opinión produce un golpe de opinión. Por lo tanto, volviendo a la distinción, al pretender hablar sobre política con un individuo que tan solo está informado y, además, parcialmente informado, lo más lógico es que no se esté hablando de política, sino de la repetición de un mensaje que no se comprende, pero en el que se cree con fe. Aquí debo hacer un alto y recordar que una de las condiciones básicas para hablar de política en Colombia es

que como mínimo el diálogo realizado contenga argumentos, ya que, aunque no se trata de demeritar los actos de fe, en política resulta más prudente y coherente dialogar en torno a argumentos con el fin de evitar odios infundados, que producen fundamentalismos y estos, a su vez, violencia.

En Colombia, el papel de los grandes medios ha sido el de informar, no el de comunicar; por este motivo, se ha degradado la comprensión de la historia, el abordaje de procesos políticos, la profundización en sus causas, o en cómo se constituye la opinión. Así mismo, han resultado un conjunto de ciudadanos, una partida de adictos a la información, que construyen su opinión política a partir de banalidades, lo que finalmente termina configurando artefactos desprovistos de sentido común y “ultracargados” de interés privado, con lo cual el ciudadano, sin querer queriendo, se convierte en una cuña publicitaria de dichos canales.

Ante esta primera tesis, emerge consiguientemente una pregunta evidente: bueno y si lo que hacen los medios en Colombia no es comunicar sino informar, ¿qué es comunicar? en palabras más conceptuales, ¿qué es comunicación?

“La comunicación es el proceso de interacción social democrática que se basa sobre el intercambio de símbolos por los cuales los seres humanos comparten voluntariamente sus experiencias bajo condiciones de acceso libre e igualitario, diálogo y participación” (Beltrán, 2005, p. 21). Esta cita se encuentra inscrita en lo que también se ha denominado *la comunicación horizontal*, es decir lo opuesto a informar. ¿Entonces qué es informar? Informar se encuentra en el plano de la comprensión clásica de modelo comunicativo:

[...] nacido a fines de los años 40 en Estados Unidos con el esquema de Harold Lasswell (‘Quién dice qué en cuál canal a quién y con qué efecto?’), fue refinado y expandido a mediados de los años 60 por Wilbur Schramm y David Berlo (‘Fuente-Mensaje-Canal-Receptor-Efecto’). Lo criticaron por percibir

la comunicación como un proceso unidireccional (monológico) y vertical (impositivo) de transmisión de mensajes de fuentes activas a receptores pasivos sobre cuya conducta ellas ejercen así presión persuasiva para asegurar el logro de los efectos que buscan. (Beltrán, 2005, p. 19)

Según la definición, este modelo clásico de comprensión de la comunicación, o de comunicación vertical, solicita receptores pasivos puesto que ellos son el insumo necesario para asegurar el logro de una posición editorial, política, partidista, en definitiva, *privada*. ¿Le parece que ya existe una coincidencia con nuestra realidad? Bien, aunque es prematuro comenzar las conclusiones, resulta primordial, basándome en la anterior definición, afirmar que las posiciones de los medios privados masivos de radio y televisión son posiciones verticales, por consiguiente, de interés individual y no colectivo.

No es nada fácil afirmar esto, cuando lo primero que podría decir un dueño o editor de algún canal masivo, es que estoy atendiendo contra su libertad de expresión, o incluso, algún seguidor fiel de dichos canales podría dudar sobre si existe un interés individual en ofrecer tanto entretenimiento a la gente.

En el caso del seguidor fiel, diría que precisamente el entretenimiento y la información son una fórmula exquisita para asegurar el efecto de una posición política individual y no colectiva ¿o acaso el canal que nos da novelas, *reality shows*, que salta y grita con nosotros tres horas antes de cada partido de la selección y nos hace olvidar que el país se cae a pedazos tendría la intención de dañarme o convencernos de algo, o hacernos olvidar de algo? (la respuesta se la dejo al lector).

En el caso del editor que revirara por su libertad de expresión, me protejo mencionando que la libertad de expresión no está en juego, no la cuestiono, no la ataco, de hecho, la defiendo, a saber: una cosa es tener el derecho a utilizar un noticiero para decir lo que a juicio del dueño o del editor parezca, y otra muy diferente

es asegurar que el discurso de un canal o de un editor es una realidad objetiva, es la opinión pública o un discurso neutral.

No es posible que con el sistema comunicativo vertical que existe en Colombia, en el cual unos pocos canales y emisoras masivas manejan la opinión y percepción general, se pueda hablar de realidad objetiva.

¿Podemos hablar de libertad de expresión? Por supuesto que sí. Al respecto, considero que más de un crítico de los medios masivos está desenfocado, pues los dueños y sus editores pueden utilizar los medios para decir, apoyar o atacar a quien quieran. ¿Le parece terrible esto? Bueno, así es. ¿Le parece terrible que sean masivos? Bueno, es que hasta eso está blindado por la Constitución Política de Colombia en su artículo 20, así que la configuración de una crítica a los medios y esa comunicación vertical que promueven no debe pasar por el tema de la libertad de expresión, sino por la necesidad imperante de desmitificar su supuesta objetividad, ¡esa es la cuestión! ¿De qué sirve censurarlos? Eso tan solo provocaría que se volvieran más fuertes. ¿De qué sirve decir que mienten? ¡Ellos no mienten! tan solo dan una versión de la realidad, ponen los micrófonos a quien les parece, ubican la cámara como les parece y eso no es ilegal, es antiético, ¡eso sí! Pero no ilegal, y como en Colombia la ley a veces parece una república independiente, pues desde allí es que se sientan comodísimos a establecer su visión como la única visión, como la realidad objetiva, y convencer incautos, de que hablan desde el altar inexistente, de la neutralidad.

La comprensión de lo anterior es una condición básica para hablar de política en Colombia, porque en ocasiones podría estar estableciéndose un hueco teórico hondísimo al basar una conversación sobre los problemas políticos teniendo únicamente como fuente las posiciones editoriales de un par de medios masivos de información.

La falsa objetividad de los medios informativos debe ser expuesta como uno de los graves problemas que afecta la posibilidad de construir un proyecto político auténticamente desde la

sociedad, sin injerencia mediática. Correlativamente, como una condición básica para hablar de política en Colombia, se debería tener en cuenta que, desde los medios masivos informativos, se manejan posiciones privadas que responden a intereses particulares que necesitan mantener estilos editoriales para protegerse, atacar o permanecer como amos indiscutibles de la opinión en favor de conglomerados económicos o políticos.

¿Acaso es malo tener posiciones editoriales? Por supuesto que no. Lo que sí es malo, perverso, absurdo y altamente problemático es que un ciudadano promedio, forje una opinión política a partir de lo que exclusivamente anuncian todos los días, en la mañana, al medio día y en la noche, este grupo de medios; eso es pretender forjar una posición política desde la unilateralidad del discurso. Allí sin duda alguna, es donde se elimina toda condición racional y productiva para la constitución de un diálogo político.

Cuando un par de ciudadanos discuten basados en una posición editorial sin comprender las causas de un fenómeno, lo que se produce no son discusiones políticas o sobre política, sino un cúmulo de ideas vacías o discusiones sobre temas en los que se vincula la gente, sin preguntarse, ¿y por qué tenemos que discutir sobre eso y no sobre otro tema? Si esa simple pregunta emergiera entre la gente, la respuesta pensada, analítica y profundizada, probablemente llevaría a la persona a concluir que hay temas que son muchos más importantes y no se tocan, “por alguna misteriosa razón”.

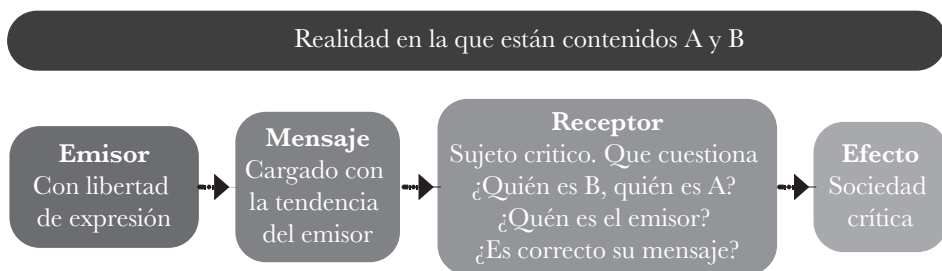
Por lo general, cuando se llama la atención desde una posición crítica sobre un debate o temática que los grandes medios informativos dan por hecho o simplemente se menciona la frase “*no estoy de acuerdo*” a quien lo está narrando escuetamente, lo que a veces sucede es que aceleradamente, en cuestión de un par de comentarios, emergen discursos rabiosos, en ocasiones deformados por groserías, disgustos, abandono de recintos etc., esto sin duda, degenera la probabilidad de un diálogo político, es un ciclo vicioso constituido por el hecho de que personas comunes repitan

posiciones editoriales fabricadas por sujetos ajenos a su realidad, posiciones editoriales que no son comprendidas profundamente pero que incluso pueden orientar a las personas a pelear o discutir sin fundamento.

¡Esto se me hace preocupante! pues he tenido que ver a estudiantes que pelean sin fundamento o profesores que abandonan los recintos y no quieren siquiera discutir... A decir verdad, con una exhalación desde una profunda convicción pedagógica, creo definitivamente que la comunicación vertical debe ser identificada y desenmascarada como una condición básica para hablar de política; cuando esto ocurra, coherentemente, se podrá hablar de un proceso del cual cada sujeto será su propio redentor: liberarse de los medios de información.

Ahora bien, definidos ambos tipos de comunicación, ¿en qué consiste entonces el proceso de la comunicación horizontal? o lo que he denominado *liberarse de los medios de información*. Bien, en la figura 2 expongo una propuesta comprensiva encaminada a que un sujeto cualquiera defina su proceso de liberación.

Figura 2. Esquema horizontal de comunicación



Fuente: elaboración propia.

A diferencia de ese ciclo de la información que he sustentado en el capítulo III, la anterior figura presenta de manera abstracta la posibilidad de acercarnos al insumo más valioso para el diálogo: *conocer*.

Un acercamiento a ese *conocer* puede darse mediante el proceso de la comunicación horizontal. Este esquema presenta inicialmente a la realidad como un elemento objetivo, sujeto de análisis multilateral. No obstante, para efectos de la explicación del esquema, se considerará la existencia de un emisor y un receptor cualquiera.

Entonces, en primer lugar, se da por hecho la existencia de un emisor que puede opinar lo que desee en el marco jurídico de la libertad de expresión. En segundo lugar, dicho emisor provee un mensaje que por supuesto tiene implícita una subjetividad que se materializa bien sea con una posición editorial o con atributos discursivos con características de beneplácito o de contradicción hacia una situación política o no.

Hasta este punto, el mensaje es unilateral porque un emisor, concretamente un emisor que emplea un medio informativo, lo emplea como canal o instrumento comunicativo unidireccional llámese televisor, radio, redes sociales o página web. Respecto de estos instrumentos comunicativos, vale la pena anotar que la televisión y la radio llevan la ventaja unidireccional, porque los televidentes y los oyentes pueden aprobar o desaprobado lo que ven y escuchan, pero en un total y vacío anonimato... ¿Acaso no recordamos ya a un familiar o incluso a nosotros mismos, alegando frente al televisor como si este pudiese escucharnos?

Por su parte, en las redes sociales y la página web las audiencias pueden comentar, dar un “me gusta”, insultar o apoyar si se ha habilitado un espacio para ello. Empero, cuando uno lee comentarios en las noticias virtuales de cualquier portal de información masiva, se da cuenta de que la opinión de esos ciudadanos es tan vacía como los comentarios anónimos de televidentes y oyentes, no por su contenido formal o gramatical en sí, sino por el significado que tiene frente a la construcción de la nota informativa. En otras palabras, que opinemos o nos agarremos a groserías en el espacio para comentarios de una noticia en una página web o red social, no influye para nada en la posición editorial, es más, ocurre algo

a mi juicio grave, y es que se da por hecho que el consenso de la discusión fue bien dado por quien redactó. Lo anterior resulta en que la gente discute por cosas que no van a la raíz de los problemas, nuevamente: artefactos desprovistos de sentido.

Finalmente, en tercer lugar, teniendo en cuenta la figura 2, aparece el sujeto receptor que podría no aceptar directamente el mensaje que presenta un receptor, tan solo bajo la premisa de cuestionar ¿quién es el receptor? Y con esto no me refiero a la joven o el joven que en ocasiones no lee bien el *telepronter*, sino a quien, por ejemplo, sale favorecido con ese mensaje. Cuando el sujeto receptor cuestiona el mensaje preguntándose otras formas de comprender la realidad que se le está presentando como objetiva, en esencia, equivaldría a preguntarse “¿qué dicen otros emisores frente al mismo caso expuesto en un mensaje?”. En este punto el receptor dará cuenta de las múltiples opciones comprensivas y obtendrá como resultado un criterio construido multilateralmente. El efecto es sin duda, un sujeto crítico y, extensivamente, una sociedad crítica.

En el marco de la explicación de la figura 2 el lector puede estar percibiendo una gran preocupación por la comprensión de los discursos como un insumo básico para hablar de política; en efecto, puede surgir el siguiente interrogante: ¿por qué delegar tanta importancia a la composición de un criterio político desde la multilateralidad discursiva?

En principio, porque la sociedad contemporánea está atravesada discursivamente por posiciones editoriales que sustentan la opinión general y emplean los medios masivos de información para constituir un sentido común sobre la percepción de los hechos, que en el orden de lo que vengo argumentando, no es más sino un interés individual, transformado en sentido común.

A propósito de lo anterior, no es un secreto lo que hemos escuchado hablar a estudiantes y docentes, sobre uno de los tantos terribles problemas de la sociedad colombiana, ese que denuncia la falta de hábitos de lectura, la superficialidad de lo mediático

etc., frases vehementes como “¡pero es que la gente no lee!” constituyen no solo una expresión sino un lugar común entre muchos sectores. Quisiera afirmar que dicho “lugar común” no está lejos de un marco de veracidad comprobada. A continuación, con las cifras ofrecidas por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), podemos hacernos una idea comparativa desde un punto de vista sustentado por la estadística (figura 3).

Ese 63 % de hogares en Colombia que tienen más de cincuenta libros en la casa contrasta penosamente con el dato de los libros leídos por año. Se podría concluir algo así como que cada casa en Colombia tiene una biblioteca, pero constituye más una pretensión intelectual, o una obligación decorativa, que un sentido tácito de la apropiación del hábito de la lectura; incluso, es probable que el lector en este punto del libro ya no me esté leyendo, porque hay una costumbre coloquial (sujeta a comprobación empírica) que indica que de todos esos libros que comenzamos, al final nunca los terminamos, tal vez por eso, sociológicamente, y con intuición pedagógica, he constituido los capítulos más extensos al principio, pues son el argumento base para los capítulos concluyentes.

Recapitulando, los datos estadísticos de la CERLALC siguen apoyando mi argumento, de que en Colombia se lee poco. Queremos todo rápido, fácil, el resumen del resumen. En nuestras calles, los periódicos ya ni siquiera hay que comprarlos, los regalan, con instantáneas informativas que siguen promoviendo debates superfluos entre los ciudadanos y, por consiguiente, de acuerdo con lo que he planteado hasta este punto: discursos políticos vacíos, a la par de vociferaciones cargadas de amores y odios ciegos que gestan poco a poco en Colombia un marco para el fundamentalismo político.

Figura 3. El libro en cifras

Países	Indicadores socioeconómicos				Producción editorial		Comercio exterior del libro ^d		Lectura ^e		Bibliotecas ^f								
	Varación % anual PIB 2011/2010	Población 2010 (Millones de personas) ²	PIB Per cápita 2010 (Dólares constantes 2005) ³	Tasa neta de matrícula de enseñanza ⁴	Tasa neta de matrícula de enseñanza ⁵	Tercer nivel de enseñanza ⁶	Número de títulos 2010	Exportaciones libros FOB 2010 (Millones de dólares FOB)	Importaciones de libros 2010 (Millones de dólares CIF)	Porcentaje de importaciones de libros Intra América Latina 2010	Porcentaje de importaciones de libros Extra América Latina 2010	Promedio de libros leídos por habitante	Promedio de libros comprados por habitante	Porcentaje de hogares con al menos 50 libros en casa	No. Bibliotecas de titularidad pública por 100.000 habitantes	No. Bibliotecas públicas por 100.000 habitantes	No. ejemplares por 10.000 habitantes	No. usuarios por 10.000 habitantes	No. Prestamos por 10.000 habitantes
Argentina	8,9	41	6.229	80%	69%		26.391	42,7	109,7	24%	76%	4,6	3,2	75%					
Bolivia	5,1	10	1.192	69%	39%		1.087	11	0,2	10,1	47%	53%			3	3			
Brasil	2,7	195	5.610	82%	36%		46.670	24	21,0	141,2	11%	89%	4,0	5,5		3	2		
Chile	5,2	17	8.006	93%	95%		5.413	30	2,6	69,3	29%	71%	5,4		3				
Colombia	5,9	46	3.956	74%	39%		13.207	29	98,9	69,7	34%	66%	2,2	4,9	63%	3	3	1.926	4.199
Costa Rica	4,1	3	5.240	26%			1.334	20	11,2	31,5	53%	47%							4.187
Cuba	2,5	11	4.933	86%	95%		1.675	15	0,6	3,5					2	4			
Ecuador	7,8	14	3.196	59%	40%		3.261	24	2,6	50,7	59%	41%				4			
El Salvador	1,5	6	2.964	55%	23%		617	10	4,9	20,8	59%	41%			0,2	301	256	268	
Guatemala	3,9	14	2.263	50%	18%		790	5	4,1	40,0	71%	29%							
Honduras	2,8	8	1.519	19%			373	5	0,5	19,3									51
México	3,9	111	8.313	71%	27%		20.686	19	160,2	368,0	9%	91%	2,9	2,7	67%	2	2	1.074	902
Nicaragua	4,7	6	956	46%	18%		414	7	1,1	18,6	57%	43%			6	7	3.479	3.368	4.212
Panamá	10,6	4	6.601	69%	45%		645	18	17,8	67,9	42%	58%			2	2	1.866	1.409	2.089
Paraguay	3,8	6	1.509	60%	37%		765	12	0,6	9,7	65%	35%							
Peru	6,9	29	3.801	78%	35%		5.736	19	21,1	62,6	37%	63%		3,0	5	7			
República Dominicana	4,5	10	4.773	62%	34%		1.401**	14	1,8	24,6	51%	49%		2,3					
Uruguay	5,7	3	6.967	70%	63%		1.896	56	7,2	0,9					4	4			
Venezuela	4,0	29	6.010	70%	78%		3.746	13	0,7	53,3	41%	59%							
Total América Latina	4,6	566	5.632	73%	37%		134.066	24	42,21	1.171,3	27%	73%							
España	0,7	46	30.542	95%	71%		79.839	173	576,1	297,9	2%	98%	10,3	9,6	45%	11	14.240	3.108	8.139
Portugal	-1,6	11	21.505	88%	60%		17.329	163	51,5	81,4	4%	96%	8,5	8,0	30%				
Total Iberoamérica		623	7.748				231.574	37	1.049,6	1.550,7	21%	79%							

Fuente: Boletín estadístico del libro en Iberoamérica, CERLALC.

Por esta razón emergió la necesidad de este capítulo, porque cuando damos cuenta de la importancia que tiene identificar la forma de comunicación que está viajando más rápido que el esfuerzo académico, entonces pasan por la cabeza de cualquier pedagogo las intenciones de impulsar o dejar de lado el ego académico, la ingenuidad discursiva y pasar al hecho de combatir la maña de explicar los problemas del país desde posiciones inentendibles, pues así lo único que se ha logrado es que el debate se eleve hasta las nubes más inalcanzables para aquellos implicados y necesitados de una explicación, que por lo general, se movilizan a pie y no entre nubes.

La importancia de la constitución multilateral de un criterio político no solo es un mensaje que se vislumbra como esfuerzo de las mejores conclusiones académicas, sino que constituye absolutamente una forma de resistencia operativa y discursiva contra esa comunicación vertical que he descrito anteriormente.

Operativamente, dismantelar la comunicación vertical que promueven sobre todo los medios de información masivos funciona como punta de lanza contra el determinismo, esa vieja y mala costumbre de encasillar y por ende demeritar cualquier opción entendible de las problemáticas que en resumidas cuentas no salgan por los canales mediáticos acostumbrados. Operativamente, dismantelar la comunicación vertical para así darle un escenario a las condiciones básicas para hablar de política, significa que bajo efectos conscientes, se hará de lado, por lo menos por un instante, el debate sobre la libertad de expresión y nos concentraremos en el problema tan fastidioso y delicado que implica conceder a uno o tres noticieros la autoridad narrativa de la realidad política; es decir, para dismantelar la comunicación vertical se debe debatir la supuesta neutralidad discursiva con la que muchos medios informativos se presentan ante la sociedad... ¿Y la libertad de expresión? A decir verdad, si lográramos configurar una sociedad crítica que reconoce la probabilidad de un mensaje incompleto o

manipulado ¿acaso importa que un medio informativo hable superficialidades? La respuesta se la dejo al lector.

Como lectores, podemos permanecer en la suspensión del texto. Tratarlo como texto sin mundo y sin autor y explicarlo entonces, por sus relaciones internas, por su estructura. O bien podemos levantar la suspensión del texto, acabar el texto en palabras y restituirlo a la comunicación viva, con lo cual interpretamos. Estas dos posibilidades pertenecen ambas a la lectura y la lectura es la dialéctica de estas dos actitudes. (Ricoeur, 2002, p. 135)

Esa comunicación viva que nos recuerda Ricoeur es precisamente la construcción del discurso, del diálogo que resiste a la comunicación vertical. Hoy, por ejemplo, se naturaliza el hecho de la conversación virtual a través de los medios tecnológicos que impulsan las redes sociales; es claro que para algunos sectores, las redes sociales son sinónimo de aislamiento; no obstante, la mayoría de esos sectores no da mérito a las redes sociales y las maneras en que han facilitado el acercamiento (como condición mínima para el diálogo), sino que se limitan a la crítica de las conversaciones virtuales, de las redes, tildándolas de “antinaturales” cuando son manifiestamente un fenómeno comprobado, inserto sociológicamente en las formas de comunicación social contemporánea.

Ricoeur con la comunicación viva, se convierte en una opción para comprender el efecto perjudicial de una comunicación vertical, ¿perjudicial para quién? preguntará el lector; evidentemente, para la probabilidad de tener un diálogo que conduzca a una conclusión o desacuerdo político, pues tanto la conclusión como el desacuerdo son parte de la política. Lo que no es parte de la política son esos artefactos desprovistos de sentido o “rifirrafes” que se dan entre ciudadanos que hablan solo bajo el conocimiento de una información superflua sobre una situación que acontece en el país.

“Aquellos que, mientras desaprueban el carácter y la necesidad de determinado gobierno, le conceden su adhesión y sostén,

son indudablemente sus más concienzudos paladines; y así, a menudo, el obstáculo más difícil para la reforma” (Thoreau, 1980, p. 24). Citar a Thoreau en medio de una discusión planteada sobre la comunicación, los medios, las redes sociales, puede parecer descabellado, atemporal, desproporcionado, etc. No obstante, ¿acaso Colombia no pervive su contemporaneidad en medio de las causas y razones problemáticas más atemporales que podamos imaginar? Bien, las palabras de Thoreau son una piedra angular en la comprensión profunda de la relación entre ciudadanos y medios masivos de información actualmente, pues existen muchos ciudadanos que en realidad ni les importa qué o cómo se presenta la información sobre la realidad del país, viven desconectados incluso de la posibilidad de una charla política. No obstante, apelo a la discusión y al debate sobre dicha relación, porque a pesar de que exista esa gran masa de gente que puede ignorar tanto una noticia bien elaborada como una noticia superflua, por uno u otro motivo, terminan directa o indirectamente, afectada o beneficiada, por una situación política subyacente o inmanente a su interés por comprender. En otras palabras, por más de que exista ese grueso movimiento que he denominado en mis cátedras como el *nimierdismo*¹, en Colombia la relación ciudadanos-medios informativos masivos tal como está planteada hoy, de esa forma vertical y subjetiva, solicita gente que hable de “política” como algo parecido a una caja repetidora de una posición editorial. Y si bien eso no es ser “concienzudo” en los términos que está expresando Thoreau, por lo menos sí es el paladín por antonomasia de los artefactos

1 En mis cátedras, en forma satírica y preocupada, he denominado a las personas que no les importa la política, ni la academia, ni la naturaleza, ni sus relaciones con los demás, ni la reflexión, ni básicamente nada más que no sea dinero para consumir automáticamente y vivir creyendo que el mundo comenzó con ellos y termina con ellos, como *nimierdistas*. Y por ende, todas sus derivaciones metalingüísticas.

desprovistos de sentido, que en últimas son los obstáculos más grandes para hablar de política en Colombia.

En conclusión, la falsa objetividad es el verdadero problema de los medios de información porque sus editores, sus dueños, se están excluyendo de un debate político que están orientando tras bambalinas. Insisto, la libertad de expresión no es un problema *per se* a la hora de abordar la temática sobre, por ejemplo, las responsabilidades que las grandes cadenas mediáticas tienen en los fenómenos políticos o la conducción sesgada que realizan a la percepción de las personas sobre un fenómeno, incluso, muchas veces cuando tímidamente algún político en Colombia las critica o las señala, casi *ipso facto* sus escuderos reaccionan ofuscados exigiendo que no se les persiga o que se les respete su libertad de expresión.

Ahora que finalizo el presente capítulo, en el marco del típico encasillamiento del que he hablado y que persiste en Colombia, puede que el lector esté determinando la existencia en mí ser de un “odio” hacia los medios masivos de información. Si eso es así, entonces no se ha comprendido el mensaje. Mi mensaje lo puedo resumir diciendo que los medios masivos informativos son usados por sus dueños y por sus editores como ellos quieren y prefieren, que lo anterior no constituye una ilegalidad, ni una mentira en el sentido tácito de la palabra, lo que sí constituye, sin duda, es una comunicación de tipo vertical y esta es una negación del diálogo político. Además, sus productos no pueden ser considerados una realidad objetiva, puesto que los fenómenos políticos solicitan análisis y narraciones desde diferentes perspectivas, en apreciaciones y sobre todo en consensos sobre los debates o preguntas que se construyen como “válidas” o “pertinentes” pues fácilmente diría alguien “pero en x o y medio hablan con todo el mundo” a lo cual tendría que responder en el marco de lo que vengo explicando que así hablen con todo el mundo, los cierres editoriales (sin ser esto un secreto para nadie) dejan bien parados a unos y desacreditados a otros según la conveniencia, es decir el interés individual del dueño

del medio informativo. Los fenómenos políticos solicitan ante todo comunicación horizontal, una conversación, y aquí vale la pena mencionar una conclusión de Gadamer:

Todo hablar dirigido al otro –al presente, ausente, determinado o indeterminado–, sea en forma de pregunta sea en forma de respuesta, es al fin y al cabo consciente de que no ha dicho lo que en realidad hubiera querido decir. Solo en esas ocasiones felices en que se logra verdaderamente una conversación, donde el otro nos sale al encuentro y corresponde realmente, todo intento pasa del fracaso al logro. (Gadamer, 1998, p. 35)

Esas ocasiones felices a las que se refiere el autor alemán son la esencia de la comunicación horizontal, salir al encuentro del otro y corresponder, salir al encuentro del otro y escuchar, comprender, más allá del discurso emitido desde un medio informativo que puede generar más o menos una percepción, pero nunca aquello que he denominado el *conocer*. En efecto, derrumbar la información como esa torre de babel de la que se sirven muchos para odiar sin fundamento o amar sin convicción es también una condición básica para hablar de política en Colombia.

Capítulo VI

Colombia: entre el fetiche de la democracia y el neoliberalismo

Antes de comenzar este capítulo, es necesario que el lector lo-
gre digerir la siguiente frase de un gran autor esloveno: “el
principal problema político de hoy en día es: ¿cómo rompemos
este consenso cínico? La democracia formal en sí misma no debe
ser fetichizada (Žižek, 2000, p. 10).

En este capítulo quiero exponer tres apartes: el primero, que
en Colombia nos acoge una paradoja social y política en la medi-
da en que poseemos grandes posibilidades de conocer a profun-
didad los diferentes fenómenos problemáticos que existen, pero a la
vez, existe una característica contemporánea que consiste en la di-
ficultad de materializar las soluciones a dichos fenómenos. Dicha
paradoja conlleva a un problema fundamental a la hora de hablar
de política que resumo en una pregunta que he escuchado: ¿y de
qué sirve comprender el estado de la situación en nuestro país si
total nada va a cambiar? La respuesta a este interrogante la plas-
maré implícita en el desglose de este primer aparte.

El segundo, que mientras no realicemos una crítica construc-
tiva o mejor, destructiva, contra ese fetichismo discursivo que ins-
taura a la democracia como una forma lingüística indiscutible pero
que niega u oculta tantos rasgos de fracaso y errores prácticos, es
probable que aquella pregunta con la que estudiantes y docentes

preocupados por la realidad del país siempre tienen, ese ¿y qué podemos hacer? jamás se resuelva coherentemente, ya que sentarnos a pensar qué podemos hacer, es consecuentemente sentarnos a hablar sobre política y sentarse a hablar sobre política en Colombia también encierra la posibilidad de preguntarnos ¿en verdad Colombia necesita la democracia? ¿Podríamos pensar en otro tipo de modelo político para organizarnos? ¿Es en verdad una democracia el modelo político que tiene hoy Colombia? Si usted como lector ya tiene una respuesta a las preguntas que acabo de plantear en el marco de este penúltimo capítulo, yo hago una plegaria para que se tome el tiempo de pensar su respuesta mucho mejor.

Y el tercer aparte, plantear que en Colombia se ha instaurado el “neuroliberalismo” como una opción eficaz para que un individuo nunca se constituya en un sujeto crítico y, por consiguiente, mucho menos en un sujeto político. Al respecto de este tercer aparte, considero que la instauración del neuroliberalismo como un *modus operandi* mental para mantener al individuo lejos de la realidad política es el motor de la negación al diálogo sobre política, en otras palabras, el neuroliberalismo sería el responsable de que la gente siga opinando como un lugar común muy conocido en Colombia que “la política es una mierda”.

Antes de comenzar el desglose de los tres temas que presento en este capítulo, no quiero que el lector se inquiete por el concepto “crítica destructiva”; lo menciono, porque en una ocasión de un congreso nacional sobre temas sociales, tuve líos de baja intensidad con una docente que me insistió en no utilizar la palabra “degradación”. En aquella ocasión, expliqué dicha palabra para exponer la transformación de los elementos propios de la oligarquía en nuevos elementos característicos de una tecnocracia clientelista. Para mí, existe una degradación (en el sentido más literal de la palabra), cuando concluyo que el poder en Colombia ya no lo tiene la oligarquía, sino una tecnocracia clientelista, se pasó de algo muy malo para una democracia a algo peor y eso es degradación.

Empero, aunque no es el espacio para explicar dicha coyuntura, menciono la anécdota, porque vale la pena recalcar que la academia no debe temer a usar ningún concepto siempre y cuando exista una argumentación. Ese miedo, ese escollo, esa servidumbre a la retórica que muchos manejan en los niveles académicos, a veces no provoca ni aceptación ni rechazo, ¡y eso sí que es un problema cuando uno habla de política! ya que lo más valioso de un diálogo, de una ponencia, de ideas que son habladas o escritas, es generar un acuerdo o un desacuerdo que edifique el diálogo y lo guíe hacia una conclusión o inclusive si el desacuerdo es sumamente valioso, hacia la constitución de corrientes diversas.

De acuerdo con lo anterior, considero que, por una parte, la crítica constructiva es el emblema de una academia seria, que atiende, lee, comprende y formula alternativas analíticas. Por otra parte, la crítica destructiva, sería el emblema de una postura académica que comprende racional y éticamente la magnitud de una contradicción e intuye coherentemente, luego de un análisis, que hay cosas, como por ejemplo, el fetichismo democrático, que es mejor destruirlas, no so pretexto de un capricho tonto, sino más bien con el fin de edificar una propuesta mejor, y evitarnos tan siquiera el intento de reconfigurar lo que definitivamente no sirve socialmente hablando.

Por eso, considero que la crítica destructiva, constituye también una actitud académica y ante todo ética, pues muchas veces como estudiantes, esperamos no solo la mención de los problemas, sino andamos siempre atentos a la posición ética de quien los expone, en este caso el docente. Es decir, que la materialización de la posición ética de quien menciona un problema es una posición que vincula eficientemente presupuestos para la acción, contra aquello que se denuncia como resultado de un análisis crítico. En palabras más simples, si un estudiante pregunta preocupado, ¿qué podemos hacer?, la peor respuesta de un docente sería decir “no sé”; supongo que un “no sé” podría derivar en desinterés,

indiferencia o frustración por parte de quien pidió una respuesta o incluso, dejar preparado el escenario para tildar de ingenuidad académica el ejercicio de comprensión crítica, porque total, ¿para qué? Realizada la mención, comencemos entonces con el primer aparte: la paradoja social y política.

No hay que tener miedo de las paradojas. Soy muy franco a este respecto, cuando la gente me pregunta: “¿Qué debemos hacer?”, respondo que no lo sé. Es mucho más modesto lo que trato de hacer, se trata solo de subrayar que los antagonismos, por utilizar este término rimbombante, del actual sistema global, antagonismos económicos, éticos, culturales, no podrán ser resueltos en el seno del sistema mismo. Creo que esto es lo único que podemos hacer en la época que Fukuyama ha calificado de “final de la historia”, subrayar esos antagonismos. (Žižek, 2000, p. 5)

Para comenzar a explicar el tema de una paradoja social y política, la anterior cita, pueda ser un anclaje para abordar la cuestión. Ese “no lo sé” de Žižek es precisamente la resolución de que no hay paradoja en cuanto a la acción política se refiere.

Primero, existe la creencia de que la solución de los problemas políticos es imposible de acoger, segundo (y correlativamente) que no sirve de nada saber en qué consisten los problemas, si al final todo seguirá igual y nada cambiará. Si he sido claro, tanto la primera como la segunda apreciación, son en esencia lo mismo, son un círculo vicioso en el que la gente que habla de política se puede ver inmersa. Hablamos, señalamos, criticamos, reconocemos los problemas políticos, pero las cosas no cambian.

La idea en sí, de que las cosas son complejas y que por ende no se transforman, es a lo que yo me refiero con la paradoja social y política. Un fenómeno que impulsa los discursos más pesimistas sobre el cambio social que he conocido, o bien, los discursos más degradantes sobre la política que sigo escuchando, ya no con palabras elaboradas y hasta fatalistas, sino como simples lugares comunes, que

dejan el escenario del interés individual extremadamente dispuesto a cualquier otra cosa que no sea hablar sobre política.

Es una paradoja social, porque las ciudades son altamente densas en términos poblacionales; no obstante, lo social, es decir lo común, lo colectivo, lo de todos, se ha convertido en lo propio, *lo mío*. Por lo tanto, emerge la paradoja social cuando somos tantas personas, estamos tan juntas, pero a la vez tan separadas de la visión de conjunto.

Es una paradoja política, porque al régimen político colombiano se le ha llamado *democracia estable* desde hace mucho tiempo, también, para nadie es un secreto que tenemos por lo menos en el papel y en toda la estructura institucional, una democracia representativa. La contradicción emerge de la paradoja social, ¿cómo hacer fluir una democracia en una sociedad que pierde de vista lo social? ¿Cómo puede haber una democracia si a la gente no le interesa la política? Una cosa es democracia representativa, pero otra muy distinta es votar con una voluntad viciada por el *marketing* político y considerar que eso es política como tal; sin embargo, ¿es la paradoja social y política un fenómeno exterior al individuo, es un problema interior o tiene características ambivalentes?

Bien, la paradoja social y política no está afuera, la paradoja social y política, no es una contradicción tácita del resultado de pensar en los problemas y no saber cómo o por qué no cambian en nada. La paradoja no es un atributo de la política o del diálogo sobre la política. La paradoja social y política no se constituye a partir de la imposibilidad de un cambio de la situación política, sino que la paradoja está adentro, adentro de cada individuo, que ha preferido seguir viviendo la vida de pequeños goces y grandes opresiones, antes que arriesgar su propia integridad. Y esa compulsión a vivir pequeños goces con tal de soportar las grandes opresiones, contribuye sistemáticamente al fortalecimiento del mercado de consumo superfluo.

Quiero orientar esta explicación a partir de una pregunta; ¿de dónde salía el valor de tanta gente que, en Colombia, en Latinoamérica, se lanzó “a ciegas” a una lucha política categorizada como un elemento escatológico más elevado que la vida misma? Ese *no lo sé* de Žižek es precisamente la falacia y consiguiente frustración que encuentra aquel que estudia las cuestiones políticas, que asiste a una cátedra sobre política esperando ahondar, profundizar, que dedica tiempo a comprender, que enarbola una crítica profunda, seria, académica, pero que al final, parece que se queda sin posibilidades de acción, de prácticas en el marco de una sociedad tan convulsionada, como por ejemplo, la sociedad colombiana.

¿Qué hacer entonces para superar esa paradoja que conlleva en su interior y es impulsada sistemáticamente, por cada individuo hoy en día? Mi respuesta rápida: ser sujetos políticos. Pero eso cuesta, en parte lo podría considerar un sacrificio. Por supuesto hablar de sacrificio en una vida contemporánea tan “sobreofertada” para sublimar placeres puede sonar hasta ridículo.

Tal vez por eso Žižek dice no saber, porque si dijera la respuesta, estaría implicada la muerte de su estilo de vida y la entrega a un aparente etéreo servicio colectivo: la acción política. Tal vez por eso, la propuesta de denuncia de poderes planteada en gran parte de la teoría de Foucault solo serviría para saber qué tan oprimidos estamos, pero no, hasta dónde o qué podríamos hacer para dejar de estarlo sin estar permanentemente pensando como neuróticos, que tal vez el poder nos persigue hasta en la forma en que nos sentamos en el inodoro. La caricaturización de lo anterior no es fomento al irrespeto, es el reconocimiento de que un “no sé” puede conducir a una frustración que bien puede ser ocultada con la rabia o, peor aún, con la indiferencia frente a la política.

Él era capaz de admitir racionalmente la muerte de su esposa, pero con el hámster bloqueaba la verdad contenida en su aceptación de esta muerte [...] como saben los hámsteres viven

por muy poco tiempo: medio año después de la muerte del hámster, el tipo se quebró y debió ser hospitalizado por un intento de suicidio. Así es como creo que sobrevivimos hoy a la realidad capitalista, podemos ser muy realistas, actuar con crueldad, no tener ilusiones sobre la vida social, pero cuando encontramos a alguien que dice “no tengo ninguna ilusión, puedo aceptar la vida tal como es, cruel, sin ideales”, háganle una simple pregunta: ¿Dónde está tu hámster? (Žižek, 2000, p. 4)

Preguntarse por el hámster que impulsa la paradoja es preguntarnos por el consumismo, por la mercantilización del lenguaje, de las prácticas sociales etc. Hasta este punto, creo que dejo abierta una pequeña línea de investigación que podría indagar sobre cómo una sociedad materializa su indiferencia política, cómo la gente hoy en día puede saber y ser consciente de que la realidad económica es cada vez más delimitada, más injusta, pero a la vez puede sentarse a pensar en qué más comprar o en cómo endeudarse más; es indagar cómo se puede ingresar a un restaurante, pedir un almuerzo, comer y observar en un noticiero las quimeras de una sociedad que vive feliz en medio de tanto desastre.

A propósito de lo anterior, vale la pena citar de nuevo al autor esloveno y dilucidar otro ejemplo, cuando se refiere a la crítica a una reciente tendencia occidental de asumir posturas y formas de ideologización del mundo oriental. ¿No ha escuchado que el fenómeno del yoga, la vida vegetariana, la comprensión energética y espiritual desde el punto de vista oriental se asume cada vez más en Colombia? Bueno, la pertinencia de la siguiente cita, prefiero que la juzgue el lector a propósito de lo que vengo exponiendo “mi idea es que este budismo occidental es un hámster gordo y grande. Puedes participar completamente en el salvaje juego capitalista mientras tu entrenamiento y tu meditación y demás, te dan la ilusión de que esa no es la vida real, solo estás jugando el juego social, en realidad estás en cualquier otro lado (Žižek, 2000, p. 5).

Pasemos al segundo tema que quiero exponer en este capítulo: el fetichismo democrático. “En relación con la democracia, he de decir que no debemos ser tan fetichistas a la hora de utilizar el término “democracia”, porque cualquier cuestionamiento de esta puede ser fácilmente considerado como antidemocrático” (Žižek, 2000, p. 6). Hoy, en Colombia, izquierda y derecha, altos y bajos, gordos y flacos, hombres y mujeres, ¡todos! ¡absolutamente todos! tienen ideas en ocasiones brillantes, pero a la hora de hablar de política, pareciera que no hay nadie que no hable de democracia, por la democracia, o con base en la democracia, como si “democracia” fuera una bola mágica que todos se rotan y hay que tomar en las manos para ejercer la palabra. Eso es fetichismo. ¿Acaso nadie puede al menos pensar que aquello que más nos ha traído problemas como país es precisamente una especie de régimen del fetichismo democrático? A propósito, dudar de esos paradigmas conceptuales *todopoderosos* debería constituirse en una forma inicial de la crítica. Por ejemplo, un gran autor como Liévano expresa una idea análoga con otros términos, partiendo de una crítica no a la democracia, pero sí al derecho:

El derecho ha sido la bandera favorita de la oligarquía colombiana porque la interpretación conservadora del mismo ha permitido que los de arriba confundan sus intereses con la juridicidad y los de abajo se vean en la alternativa de aceptar el precario lote que les fue asignado en el reparto de los beneficios de la nacionalidad o de convertirse, de lo contrario, en facciosos, enemigos de las instituciones y defensores de la arbitrariedad [...] fachada engañosa de la legalidad, mito del “legalismo”, la filosofía de la libertadura. (Liévano, 2002, p. 678)

La libertadura a la que se refiere Liévano es, en otras palabras, creer que so pretexto de que las leyes son las leyes se deben respetar. ¡Qué gran falacia! ¡Qué fachada engañosa! Pues eso no significa otra cosa más que el asalto del Estado, cumplido periódicamente y

a nombre de la libertad, del derecho, por una plutocracia insolente y reacia a permitir que el Gobierno sirva a intereses distintos a los suyos (Liévano, 2002). Bien, si Liévano fabricó el concepto de *libertadura* como eufemismo explicativo del uso de la ley por parte de las élites criollas durante la Independencia, negando paradójicamente una verdadera independencia, considero que el fetichismo de la democracia es nuestro mal contemporáneo, un cáncer que es extremadamente difícil de descubrir, puesto que alguien que hable en contra de la democracia hoy podría ser catalogado, ya no en los términos propuestos por Liévano de un “defensor de la arbitrariedad”, sino tal vez un fascista criminal apara la izquierda y un autoritario castrochavista para la derecha.

Por lo pronto, continuaré evaluando el contexto para la explicación de este segundo aparte. El fetichismo se ha consolidado en el marco del impulso a la libertad individual, a las identidades, que solicitaba, no solamente una sociedad acallada por el peso de la tradición, sino una economía de mercado dependiente y emergente en nuestro país por allá a principios de los años 1990. Ese fetichismo, tiene como característica, que no se consolidó por conclusión política sino, insisto, por la necesidad de la economía de mercado.

Filósofos tan distintos como Alain Badiou y Fredric Jameson han señalado, a propósito de la actual celebración de la diversidad de estilos de vida, cómo este crecimiento de las diferencias reposa en un subyacente Uno, en la radical obliteración de la diferencia, de la brecha antagonista. (Žižek, 2000, p. 8).

Ese subyacente Uno no es fácil de sustentar en el marco del embrujo, a veces tan absurdo, en que la sociedad colombiana está inserta como producto del velo identitario del fetiche de la democracia y la función benevolente que tiene este último, con las casi perpetuas formas de poder político que existen hoy en Colombia. Por lo pronto, continuaré el desarrollo de la problemática con base en

una nueva cita: “la “multiplicación” de las diferencias reafirma al subyacente Uno” (Žižek, 2000, p. 8).

¿Quién es ese subyacente “Uno”? Bien, en otra ocasión, en un evento enmarcado en la Semana de la Sociología, un ponente, experto en temas sobre afrodescendientes y en la explicación de todas las luchas identitarias de estas comunidades, estuvo hablando sobre el grave problema de la tierra para las comunidades negras en Colombia. Los argumentos fueron bastante claros, indiscutibles desde ese punto de vista identitario y por supuesto argumentativo. No obstante, cuando pregunté sobre si existía la posibilidad de configurar una visión genérica de un problema social, económico y político como lo es la inequitativa tenencia de la tierra en Colombia y, además, implícitamente en la pregunta le mencioné que dicho problema, probablemente afecta de forma transversal no solo a los afro sino también a indios y campesinos, entonces recibí un regaño sin opción a réplica enorme, a cuenta de que supuestamente con mi pregunta estaba invalidando y pasando por alto todo el sufrimiento de las personas que fueron traídas desde África, tratadas como animales y sometidas a las más penosas torturas y degradaciones.

En mi mente quedó la pregunta ¿por qué se ofendió tanto ese docente? Pensaba que, si en verdad hubiera querido ofenderlo, tan solo le habría preguntado: ¿Y usted, si es un representante académico que viaja por el mundo hablando del tema afro, por qué no es afro? Eso lo pensé después, pero así lo hubiese pensado allí mismo, por respeto, no me habría atrevido a pronunciarlo. Ahora bien, si yo no quise ofender su discurso, ni mucho menos pasar por alto la esclavización española ¿qué es lo que realmente le ofendió? En el mismo evento, al proponer que dejáramos, por un tiempo, en un segundo plano las reivindicaciones identitarias y pasáramos a confrontar como un *Uno solo* el poder real que existe en Colombia, una docente que disfrazó su regaño con una pregunta, se salió del recinto antes de poder si acaso explicarle, que

mi intención no era demeritar las luchas identitarias, sino permitir que sean los módulos organizativos de una sociedad sí y solo sí, como primera cosa, lográramos reconocer que el problema de la segregación, del racismo, de la falta de tierras, de la violencia de género, de la indolencia ecológica, etc., tiene una raíz común, es decir que lo identitario es absolutamente válido, pero posterior al reconocimiento de las causas opresivas que son comunes, que son ese *Uno*, que Žižek afirma se encuentra subyacente a la diferencia.

Desde otro punto de vista, abordar la lucha identitaria como el eje absoluto de una lucha política constituiría paulatinamente, un propósito concreto en el que un individuo bajo el régimen de una comunidad autoritaria, sea un colectivo, movimiento o secta, pueda perder la noción de la realidad general y con ella, la posibilidad real de transformarla (Touraine, 1997). En otras palabras, hay cada vez más movimientos de lucha política identitaria y eso no es “malo” desde ningún punto de vista, pero así mismo, parece estar más lejos la posibilidad de que la condición común, que por ejemplo oprime o suprime a todos y cada uno por aparte, tenga posibilidades de ser develada. Por consiguiente, probablemente habrá menos tendencia al cambio social... Pero ¿no es un cambio social lo que finalmente se persigue, directa o indirectamente, con una asociación política? Resumo este párrafo con una frase que escuché en una tienda de un barrio bogotano: “Aquí todos sabemos que esto está mal, pero todo el mundo tira para su lado, ni los revoltosos se ponen de acuerdo”.

Cuando la diada antagonista es reemplazada por la evidente “creciente multitud”, la brecha que se halla así obliterada es, en consecuencia, no solamente la brecha entre el contenido diferente *dentro* de la sociedad, sino la brecha antagonista entre lo Social y lo no Social, la brecha que afecta la verdadera noción Universal de lo Social. (Žižek, 2001, p. 8)

Como conclusión de este segundo aparte, el fetiche de la democracia ha tenido relación con el impulso al tema identitario, que poco a poco se ha configurado en *el problema identitario*. Por supuesto, para muchos colegas y humanistas, lo identitario jamás podría catalogarse como problema; no obstante, cuando se evalúa el fenómeno de la lucha política identitaria y nos encontramos sin resultados más allá de marchas que no devienen en cambios estructurales, foros donde unos van a dormir o a discutir un buen rato y nada más, adjudicación de pequeñas porciones de presupuesto público para hacer eventos conmemorativos, ¡o algo grave en mi opinión! el reciclaje de la cultura política identitaria apropiada por el *marketing* para que también algunos puedan comprar la desobediencia.

Entonces, es allí, cuando se ven lejos las fórmulas de acción política que produzcan cambios que permitan superar la paradoja planteada inicialmente, es allí cuando la democracia es simplemente un fetiche, más no un modelo político que otorgue posibilidad a los actores sociales de establecer diálogos que permitan el viraje hacia un proyecto político común.

¿Entonces la solución está en negar las identidades? Por supuesto que no, y antes de que el lector comience a enojarse conmigo, quiero ser enfático en esto. Realizar una crítica al *problema identitario* no es en lo absoluto la negación de las identidades; König (1994) mencionaba que el nacionalismo es un instrumento para la solidaridad, la activación y la movilización políticas de la población, que coloca los intereses de una nación por encima de todos los otros intereses, por supuesto, las luchas identitarias aborrecen al nacionalismo, porque este establece generalidades que niega en ocasiones grandes diferencias. No obstante, si superamos los conceptos de lo nacional, de la identidad, de la democracia, como meros fetiches, y pasamos a comprender nuestros problemas políticos, ese *nuestros* ¿no constituiría una forma comprensiva genérica que, en vez de ofrecer derivaciones explicativas, podría ofrecer caminos de acción política no paradójicos?

En tercer lugar, quiero exponer el neologismo planteado en el título de este capítulo. Un neologismo que no es de mi autoría, sino propiamente de Hugo Biagini y Diego Fernández Peychaux. Debo mencionar que me interesan los neologismos, siempre y cuando estos tengan una función suplementaria y no complementaria. Pero ¿por qué *neuroliberalismo*? Eso suena a neurología y liberalismo. ¿Cómo conectar estos dos megaconceptos en uno solo?

La palabra favorita de la neurología es “déficit”, que indica un menoscabo o incapacidad de la función neurológica: pérdida del habla, pérdida del lenguaje, pérdida de la memoria, pérdida de la visión, pérdida de la destreza, pérdida de la identidad y un millar de carencias y pérdidas de funciones (o facultades) específicas. (Sacks, 1987, p. 9)

Definitivamente esta implicación de “déficit” para entender la neurología que señala Oliver Sacks, me parece adecuada en relación con la participación en la conformación del concepto *neuroliberalismo*. A propósito del mismo, prefiero que Biagini exponga su razón de ser.

Me valí del mismo concepto cuando tuve ocasión de salirle al ruedo a la tan sonada inauguración por Vargas Llosa de la Feria Internacional del Libro, celebrada en Buenos Aires un par de años atrás. Allí, el frustrado candidato a la presidencia de su país no solo argumentó banalmente contra el populismo y el peronismo, como manifestaciones autoritarias, sino que también procuró eximir de ese cargo a la problemática tradición liberal en términos muy falaces: “el liberalismo —sostuvo— no tiene nada que ver con las dictaduras”. (Biagini & Fernández, 2015, p. 115)

De acuerdo con lo anterior, podría aludirse que el motivo de la búsqueda conceptual de Biagini y Fernández está estrechamente relacionado con los términos falaces con los que se asume la connotación, en el ejemplo anterior, de un contexto histórico tan grave

y complejo como lo fueron las dictaduras. ¿Por qué a Vargas Llosa, al igual que muchos fundamentalistas, le cuesta tanto hacer la relación entre liberalismo y opresión o liberalismo y dictaduras? Mi respuesta rápida: son fetichistas del liberalismo. Mi respuesta más comprensiva, rondaría en los aspectos en que una ideología, preconiza a un *súper yo*, como condición necesaria para la eliminación del elemento colectivo, en últimas, una forma en que un individuo se autoconviene de que el mundo es solo el mundo en el que ha crecido, que el mundo es solo él, nada más que él, así en el fondo sepa que sin los demás y sin lo colectivo está perdido.

Fotografía 2. El dictador Augusto Pinochet en reunión privada con Milton Friedman



Fuente: tomado de <https://lavozdebida.files.wordpress.com/2013/06/friedmanpinochet.jpg>

La respuesta no es fácil de diseñar, pero no se puede hablar de neoliberalismo sin reconocer el ámbito ideológico-económico y contemporáneo que hoy domina el mundo. Hablar de la ideología económica y política que hoy domina el mundo significaría dedicar un capítulo entero a Milton Friedman y su batallón de liberales. A propósito de lo anterior y como un dato importante

por tener en cuenta, hoy sus discípulos son llamados neoliberales y algunos fundamentalistas “reencauchadores” de la escuela austriaca o neomisioneros de Murray Rothbard se han autodenominado “libertarios” y andan convenciendo incautos por Bogotá, ignorando, o tal vez pisoteando por completo todo el fundamento teórico-conceptual del anarquismo, sin advertir que aquí en Colombia el concepto libertario no es para nada nuevo y tiene raíces ostensiblemente diferentes.

En definitiva, tocaré tan solo el aspecto, a mi juicio, más elemental de la teoría de Friedman y posteriormente continuaré el desglose de este tercer aparte.

La preservación de la libertad requiere la eliminación de esa concentración de poder en la mayor medida posible y la dispersión y distribución de cualquier poder que no pueda eliminarse, un sistema de *checks and balances*. Al sustraer la organización de la actividad económica del control de la autoridad política, el mercado elimina esta fuente de poder coercitivo. Le permite al poder económico ser un balance contra el poder político en vez de un refuerzo. (Friedman, 1979, p. 7)

Frente a lo anterior, el problema es que, si el poder coercitivo del Estado es eliminado por el mercado, pero el poder económico se toma el poder político excluyendo al Estado, entonces la única instancia colectiva de poder (el Estado) queda anulada y por supuesto bajo el control del poder económico que según la teoría vendría a ser el mercado.

No obstante, el mercado no es un sujeto. El mercado es un escenario simbólico y manifiesto de intercambios, intercambios que realizan sujetos de carne y hueso. Por lo tanto, dicho mercado, al igual que el Estado, pronto termina dominado por un poder, en este caso, ya no un poder público-colectivo, sino privado-individual, que solicita la desregularización estatal no para poder ejercer su libertad, sino para ejercer poder coercitivo individual sobre

la colectividad en nombre de la libertad y con sustento en el poder económico... Claramente lo que ocurre hoy. ¿Tiene dudas? Piense en Trump.

El neoliberalismo entonces es esa “apuesta por el egoísmo virtuoso que entroniza el yo como pasaporte al bienestar, mientras se estima que la palabra nosotros ³/₄equivalente a servidumbre, miseria y falsedad³/₄ designa la raíz de todos los males” (Biagini & Fernández, 2015, p. 117). Esa raíz de todos los males, en relación con los planteamientos de Friedman, es efectivamente el Estado y, por consiguiente, el nuevo dios a venerar es el mercado. “Esta aparente juventud de las posiciones mercadófilas nos llevó a preguntarnos cuáles son sus bases operacionales” (Biagini & Fernández, 2015, p. 119). Si el mercado también se constituye en otra especie de fetiche, entonces deben existir ciertas tendencias implícitas en los sujetos. Los sujetos del neoliberalismo.

Los sujetos del neoliberalismo huyen hacia la realidad estructurada fantásticamente, porque no soportan seguir soñando, es decir, presentarse frente a su real deseo no incorporado al sistema del mercado. Esa imposibilidad traumática requiere suspender el sueño y buscar refugio en una fantasía de resultado igualmente insoportable, pero significada a través de los vótores al exitoso. (Biagini & Fernández, 2015, p. 118)

El neoliberalismo es lo más parecido a una programación neurolingüística, pero con implicaciones directas sobre una realidad que pesa y que no se quiere soportar, que se quiere evadir con la construcción de las fantasías. ¿Para qué construir fantasías en nuestra realidad social? Indudablemente para evitar el peso de la realidad misma. ¿Se podría decir que funciona como una droga? No específicamente, puesto que una droga es un agente exógeno; no obstante, la conclusión de un individuo que por ejemplo prefiere tener dos carros a crédito, cinco vestidos a crédito, no tener víveres o muebles en casa, pero alardear frente a los demás o humillar a

los que no poseen sus artefactos, es un comportamiento producto de una conclusión endógena.

Por lo tanto, el neoliberalismo es un fenómeno que existe como resultado de la ideología económica y política liberal que propone al mercado como regulador de la vida humana. Ahora bien, de acuerdo con las falencias señaladas en el planteamiento más elemental de Friedman, finalmente no sería descabellado afirmar que unos pocos individuos han logrado instituir sobre amplios sectores de la sociedad el neoliberalismo como *un deber* ser de la vida humana actualmente.

Lo fantástico se ubica, por lo tanto, en la “relación con” y no en la realidad misma. Es decir, que los sujetos del neoliberalismo brindan realidad a la ficción que conocen, evitando construir un drama de la represión en cual la viven. Al focalizar el análisis en dicha relación con la realidad, se aprecia el ambivalente proceso de sujeción en el que aceptan las premisas fundacionales del neoliberalismo: la virtud del egoísmo y la fetichización del exitoso. (Biagini & Fernández, 2015, p. 118)

En resumen, como una condición básica para hablar de política en Colombia, emerge la necesidad de saber no solo acerca de filosofía política o historia de la humanidad, sino que hace falta aún, el reconocimiento de qué o cuál es entonces aquella ideología que está llenando el vacío existente. ¿Cuál vacío? El de una sociedad que pierde de vista a pasos acelerados la importancia de la política, y que ha cambiado el esfuerzo por comprender, por el consumo de información, que le detalla con excelentes artículos mediáticos el desastre que sigue aprobando con una actitud desinteresada o indiferente frente a la política.

El lector podría concluir conmigo que estamos frente a la necesidad de un desenmascaramiento, pues “ya no la libertad, sino las categorías sociales de éxito/fracaso son las que determinan el horizonte global del campo ideológico” (Biagini & Fernández, 2015,

p. 119). Esto podría desatar el problema que algunas personas tienen para desarrollar críticas a emblemáticos personajes contemporáneos que son exponentes y figuras públicas del liberalismo.

Alguna vez, alguien me preguntaba “¿cómo desarrollar una crítica al liberalismo, si cuando lees sus planteamientos, no sabes cómo hablar mal de alguien que defiende un valor como la libertad?”. Muy bien, la punta del iceberg del fracaso teórico liberal, se halla implícita en la ingenuidad de Friedman al plantear que por ejemplo los intercambios en el mercado continuarán siendo producto de la cooperación voluntaria (Friedman, 1979) y perpetuos en el tiempo o que el mercado está exento de ser absorbido por el poder económico.

Está comprobado que el mercado como escenario natural de las relaciones sociales de la humanidad es dominado bien sea por los Estados de tipo socialista o es dominado por una pequeña plutocracia en los Estados de tipo capitalista, dejando siempre al grueso de los sujetos sometidos bajo reglas que paulatinamente ya no son naturales o que tampoco son producto de la acción de “la mano invisible”, pues creo que con la crisis de 2008 y la ley de salvamento estadounidense que tomó dineros públicos (como toda una ley socialista) para salvar los bancos, quedó claro que si los postulados económicos de Marx fracasaron en la práctica, también han fracasado los de Friedman y Smith.

Pero bueno, teóricamente se puede dar una gran batalla, de hecho, miles de intelectuales alrededor del mundo la dan, ¿pero y la vida cotidiana? ¿Cómo comprender a esa mayoría que no le interesa el debate político, que no le interesa el debate teórico y que se comporta de la forma más individualista posible como producto de la inducción exógena del neoliberalismo que produce la conclusión endógena de comportarse de una forma absolutamente egoísta? La identificación del neoliberalismo es un paso inicial, además, en una sociedad capturada por el neoliberalismo la realidad objetiva que intenta plantear la crítica que por ejemplo

desarrolla el humanismo se vuelve invisible porque supuestamente los significantes de los que depende esa realidad se han vuelto ilusiones vacías.

No obstante, y considero que aquí puede estar la puerta de entrada a la comprensión de la validez de la reflexión crítica, es que finalmente, incluso el sujeto exitoso culmina ocupando una posición apenas distinta en la misma cadena de sometimiento y dominio que los individuos fracasados (Biagini & Fernández, 2015).

Capítulo VII

Del individuo al sujeto crítico, y luego, al sujeto político

Desde que comencé mis estudios en sociología, siempre que leía los textos, me preguntaba a medida que se acercaba el final, ¿con qué propuesta saldrá este autor?, siempre al final de un libro, como lectores, ¡y más como interesados en la política! buscamos que luego de las críticas, aparezcan las propuestas, pues de una manera casi crónica, la crítica política es traducida en “criticadera” por muchos lectores, a mi juicio, por la falta de propuestas de los autores.

¿Qué se puede promover? ¿El cambio del mundo? Que todos los estudiantes y docentes ¿sean los próximos protagonistas de la historia mundial? La verdad, al igual que un reconocido anarquista llamado Buenaventura Durruti, estoy convencido de que si el corazón de alguien es transformado por la utopía, entonces el mundo está cambiando en ese preciso instante. De la misma manera, estoy convencido, como menciona el Papa Francisco, que la constante acumulación de posibilidades para consumir distrae el corazón e impide valorar cada cosa y cada momento (Papa Francisco, 2015) ¡y es precisamente en la valoración de cada cosa y de cada momento, donde se halla la oportunidad de reflexionar desde el humanismo!

Finalmente, cuando reflexionas, posibilitas los planos para un sueño, para una utopía que comenzaría a responder ese “¿y qué podemos hacer?” que mencionaba en el capítulo anterior como un interrogante directamente relacionado con lo que significa hablar de política en Colombia.

¿Qué importa si no somos protagonistas de la historia mundial? Al final, la historia mundial está contenida en la historia personal de nuestras vidas, de nuestros familiares y amigos. Mientras se logre constituir y configurar un camino para la reflexión humanista, para el diálogo sobre la política, entonces, puedo advertir que sí soy un convencido de que el mundo se transforma, poco a poco, en el marco del eterno dinamismo, de ideas afines o contrarias que representan la sociología humana, la lógica de ser parte de los que apoyan, de los que contradicen, de los que no se mueven, de los que actúan y viceversa, nadie queda afuera.

En ese marco, el presente capítulo es el último de una serie de consideraciones que he expuesto a lo largo de seis secciones, es la propuesta luego de la reflexión, luego de la andanada de argumentos y contraargumentos que han contenido y desarrollado el objetivo de indagar por las condiciones básicas para hablar de política en Colombia. Ahora, casi al final de este texto, emerge la duda que indica que cuando ya las condiciones básicas para hablar de política están dadas, aquellos sujetos que hablen de política inevitablemente podrían encontrarse con esa pregunta del millón: ¿y qué podemos hacer?

Qué puede surgir luego de que comprendes cuál es el problema de hablar de política en Colombia, de entender que la violencia y la corrupción han marcado el destino de la relación entre los ciudadanos y la política en Colombia, de reconocer que es muy diferente hacer política, hablar de política y escribir pendejadas en las redes sociales, de acercarte a la comprensión de la distinción entre derecha e izquierda en un país donde se confunden la teoría, los propósitos y los actos. Qué pasa cuando descubres que

los medios masivos de información tienen derecho a decir lo que quieran, pero tú no tienes por qué considerar sus discursos como una realidad objetiva. Qué pasa finalmente cuando te das cuenta de que la democracia tal vez es un fetiche discursivo, que recubre un sistema político que está tan pero tan lejos de ser una democracia o de que te somete con discursos de libertad... Allí, al final de todo esto, a juicio del autor, se ha configurado el plano para una metodología, pues la denuncia solitaria, en una sociedad como la colombiana, podría crear esperpentos de críticos que no son capaces de dar la cara ni por Dios.

En resumen, se trata de comprender dicha metodología como una respuesta que está implícita a lo largo de todo este libro, pero que merece ser racionalizada y expuesta claramente mediante la explicación de dos transformaciones, a saber: la primera, el paso de individuo a sujeto crítico. La segunda, el paso de sujeto crítico a sujeto político. Evidentemente, cada una de las tres categorías implícitas en la propuesta deberán ser definidas, un proceso al que no daré largas, porque las conclusiones, los capítulos finales, deben ser claros y concisos.

¿Quién es el individuo? En el marco de lo que se ha sustentado en los seis capítulos anteriores, el individuo es aquel que vive construyendo los artefactos desprovistos de sentido más absurdos, es aquel que vive sometido a la lógica del consumismo efímero, es un neoliberal puro que vive en la fantasía del éxito, pero que no logra comprender por qué otros tienen más o por qué nunca podrá ser dueño del país y que desquita su frustración con quien tiene menos que él, en una escala de productos de consumo. El individuo es el que cree que la realidad es lo que los medios masivos informativos plasman día tras día, noche tras noche, es esa persona que escribe o lee pendejadas en las redes sociales creyendo que allí se habla de política. El individuo es aquel que condujo al hoyo del olvido toda posibilidad colectiva por causa del espectro individualista que ha fomentado en él un sistema mercadófilo.

El individuo no reflexiona, no se detiene, puesto que detenerse significar pensar, y en el mundo de los individuos, el que piensa, supuestamente pierde; empero, cuando gana, algo adentro le dice que debe ganar más; por lo tanto, sigue siendo perdedor, y así se encierra en un círculo vicioso que no le permite nada más que vivir en la neurosis y obviamente aborreciendo la política en el marco de la programación neoliberal de la que es preso, pues él y solo él puede alcanzar el éxito que nunca es completo y por lo general se halla por encima de los demás.

Freud eligió el término sublimación para señalar esta extraña transformación que conduce de la represión a la conducta civilizada. Si el volumen de la represión es mayor que la capacidad de sublimación, los individuos se tornan neuróticos y entonces se hace preciso conceder una merma en la represión. (Fromm, 2007, p. 35)

El individuo se encuentra reprimido, pero trata de negar la realidad mediante el convencimiento de la ficción dicotómica éxito-fracaso. ¿Cómo generar entonces, en términos de Freud, esa capacidad de sublimación para dejar de ser un simple individuo y buscar algo más en el marco de esas facultades humanas que obviamente están reprimidas? En otras palabras ¿cómo dejar de ser un individuo?

“En la proliferación de una ética alternativa a la ‘rapacidad del mercado’ estriba la clave para trascender la formal remoción de esos obstáculos que, de otro modo, el individuo del neoliberalismo no rebasaría” (Biagini & Fernández, 2015, p.118). La batalla definitiva por la primera transformación evidentemente no solo es un proceso de comprensión o acción externa exclusivamente estructural. De hecho, la primera transformación es mucho más comprensiva o minuciosa si se quiere.

Los individuos, al igual que los sujetos críticos, tienen por característica similar, el hecho de que no los conoce nadie, o bueno al menos casi nadie, y en caso de ser aquellos individuos que forman

parte de los medios masivos televisivos, dicha condición no les exime de las características planteadas anteriormente.

Individuos hay por todas partes. Por lo tanto, la primera transformación no se puede pensar como un fenómeno que inicie de manera estructural. En palabras más claras, si usted es un individuo, no dejará de serlo si no desarrolla una capacidad mínima de sublimación, de cambios en su vida personal, en la vida cotidiana, en la relación con los más próximos, a partir de la voluntad.

¿De dónde emerge la voluntad en estos tiempos donde parece que se pone en duda absolutamente todo? Propongo que emerja de las inquietudes iniciales que se producen en la interacción humana. Probablemente un individuo no dejará de serlo si nunca sale de su casa o cambia los sitios que rutinariamente visita, si no se atreve a cambiar los hábitos, a leer otras realidades más allá de las que se le han presentado siempre como las únicas, invariables y objetivas, es apelar a la facultad humana de la curiosidad. Si el individuo explora, probablemente encuentre algo; si no hay la voluntad, no pasará absolutamente nada.

¿Cómo explicar el hecho de que tanta gente, por ejemplo, se sienta políticamente reprimida por el sistema financiero colombiano, pero sea tan inconsciente a la hora de consumir o votar por los candidatos del sistema financiero? Fromm (2007) ofrece una respuesta analítica muy valiosa:

Cuando una señalada clase se ve amenazada por nuevas tendencias económicas, reacciona frente a tal amenaza tanto psicológica como ideológicamente, y que los cambios psicológicos llevados a cabo por esta reacción contribuyen al ulterior desarrollo de las fuerzas económicas, aun cuando tales fuerzas contradigan los intereses materiales de esa clase. (p. 336)

La reacción ideológica y psicológica que señala Fromm, claramente se puede denominar neoliberalismo. Dicha reacción ha fomentado que el individuo se niegue o no pueda hablar sobre política,

porque considera que las cosas son así, que naturalmente son así, o que es mejor, ser como un personaje que en el fondo odia, antes que aceptar el peso de la realidad, comprender la dimensión y darle una oportunidad a la reflexión, y por ende al diálogo sobre la política.

¿Quién es el sujeto crítico? El sujeto crítico es quien, por voluntad inicialmente, logró comprender una o varias facultades humanas que desconocía, hizo frente a la represión en la que vivía, aceptó su lugar en el mundo y se dedicó a comprenderlo. Cabe aclarar que cuando hablo de comprender, no siempre me estoy refiriendo al ejercicio cognoscitivo desarrollado a partir de una plataforma académica; la verdad, como lo he mencionado en alguna ocasión, no existe garantía de que ingresar a una universidad conlleve directamente a la composición de un sujeto crítico; a decir verdad, hemos visto cómo en las universidades en ocasiones no hay críticos sino cretinos, que fomentan constantemente el neoliberalismo, la exclusión de las humanidades, la virtud del egoísmo y en general todo lo que niegue la probabilidad de la política.

Como el universo de la objetivación y las técnicas se degrada en puro mercado, y el universo de las identidades culturales se encierra en la obsesión comunitaria, el ser particular, el individuo que somos se desgarrar, al sentir que su mundo vivido está tan descompuesto como el orden institucional o la representación misma del mundo. (Touraine, 1997, p. 64)

El sujeto crítico es un individuo desgarrado. Se podría afirmar que la primera transformación es sin duda un desgarramiento. El individuo, a medida que va descubriendo cómo funciona el mundo, a medida que va develando las relaciones de poder, la sociología cotidiana, a medida que comprende más allá de la objetivación fallida que siempre le presentaron en forma de discursos mercadotécnicos, cuando comprende que la dicotomía éxito-fracaso no es un marco único de categorización de la vida humana, etc.,

entonces, el individuo sufre una tensión. En primera medida una tensión psíquica, al darse cuenta de que, en términos de Touraine, dos universos siempre lo oprimieron (el del mercado y el de las obsesionadas identidades culturales), siempre lo mantuvieron al margen de poder pensar, de poder detenerse a pensar.

Luego de la tensión, en esa primera transformación, el sujeto crítico se construye a partir de la exaltación de todas aquellas virtudes humanas que son tratadas peyorativamente por el sistema mercadófilo. El sujeto crítico no contiene características o hábitos propios de una élite intelectual que solo disfruta con música clásica o leyendo en silencio todos los días, ¡en lo absoluto! Eso es un cliché, es un falso modelo de un buen humanista si dichas características son atributos “necesarios” y excluyentes.

El sujeto crítico vive la vida, pero no la vivirá jamás de forma engañosa, es un sujeto que conoce, que se tensiona por sus acciones, pero también se gratifica cuando logra comprender que su vida puede ser verdaderamente libre si explora todas las condiciones humanas que tiene a su disposición y fueron negadas desde siempre por una institución, una ideología o un fetiche. El sujeto crítico no es exclusiva y excluyentemente el que más lee, ese tipo de clichés, pronto constituyen penosas falacias; como decía, una pancarta anónima colocada en las alamedas de la Universidad de los Andes en Bogotá a propósito de los doctores: “tenemos 406 profesores con doctorado, no sabemos si son buenos profesores, pero tienen doctorado” anónimo.

Fotografía 3. Pancarta en la Universidad de los Andes, 2014



Fuente: tomada de <http://akalpadev.blogspot.com.co/2014/11/el-conocimiento-cientifico-y-la.html>

El sujeto crítico, entonces, es absolutamente libre. Libre de la libertad como fetiche, libre del mercado como fetiche, libre de la democracia como fetiche, libre porque exalta el elemento más valioso que posee, un elemento cargado de facultades que solo puede extraer mediante la reflexión personal y la reflexión con los demás, un elemento que no puede descubrir solo. No. No se puede porque sin libertad colectiva no existe sino un espectro de libertad individual.

Necesitamos a los demás, ese elemento es: ser humanos. Y ser consciente de ese elemento es también una condición básica para hablar de política en Colombia. ¿Quién es finalmente el sujeto político? El sujeto político emerge de la segunda transformación. ¿Ha sentido en ocasiones molestia cuando intenta explicar una injusticia y las personas le responden con argumentos incoherentes, indiferencia o burla? ¿Recuerda aquella vez que pensó o gritó luego de conocer una noticia perversa, “en Colombia no pasa nada”? ¿Ha sido consciente que en ocasiones perdió la tranquilidad y entró en

desespero, por querer hacer algo correcto en la vida cotidiana y fue tratado de “sapo”, amedrentado con groserías o golpeado injustamente? Bien, la segunda transformación la caracterizan dos necesidades que contiene implícitas un sujeto crítico.

La primera, conseguir reducir la angustia que genera el desgarramiento. Dicha angustia, se reduce a medida que el sujeto crítico comprende que su voluntad debe ser alimentada, nutrida y sobre todo retroalimentada. ¿Por quién? Allí nace la necesidad de asociación, el escenario para la política. Touraine (1997) expone teóricamente, la caracterización que deseo realizar de la segunda transformación, la expone como un doble movimiento.

El doble movimiento solo puede ser efectuado por un sujeto personal cuyas virtudes no son las que exige la ética de la discusión. La primera es el valor solitario (que denuncia a los poderes), y la segunda, la fuerza de acción colectiva, que permite que el sujeto sobreviva. (p. 66)

Valor solitario y acción colectiva, son las características de la segunda transformación; el sujeto político no es el que se empeña en convertirse en un personaje histórico, sino el que se empeña en transformar la realidad social mediante la política. La política de los sujetos. Los que no son mediados por fuerza externa, sino que, mediante el diálogo sobre política, confluyen, concluyen y conllevan a la acción. ¿Qué tipo de acción? ¿Es posible determinar la acción política mediante una abstracción teórica? Yo pienso que no. No se pueden dar “recetas” del quehacer si los sujetos políticos no se han sentado a hablar sobre un contexto y una situación particular.

El sujeto político está ajustado no por la teoría, sino por el contexto y las probabilidades medibles y concretas de su acción. Una acción que no puede ser solitaria, pues es el resultado del diálogo sobre la política, es política en el sentido más puro de la palabra.

Como conclusión, el paso por las dos transformaciones no constituye obligaciones inamovibles propias de la forma típica como

recibimos las teorías. Considero mucho más acertado convenir en que, sin develar y apropiarse de las condiciones básicas para hablar de política en Colombia, simplemente, las personas preocupadas por no saber qué hacer o cómo hacer seguirán siendo lobos solitarios, que, en el peor de los casos, establecerán discursos en los que indiquen que se “cansaron”, que “no hay salida” solo como resultado de que no pudieron efectuar la segunda transformación.

Hablar de política, sin lugar a dudas, constituye en Colombia el escenario de las probabilidades, es decir, si se desarrolla seriamente un diálogo sobre política se descubrirá que existen mil cosas por hacer, se descubrirá que la política en lo absoluto no es “una mierda”, y que promover las condiciones básicas para hablar de la misma, podría constituirse como aquella primera transformación necesaria para forjar sujetos críticos.

Ahora bien, la segunda transformación, el ser sujetos políticos, dependerá del valor solitario, de la voluntad, de la capacidad de asociación con el otro, por el otro, y nada más que el otro, para que cuando juntos comprendan el acto que propenderá una real liberación, gocen a plenitud su individualidad, pudiendo pronosticar una idea más lejana que una hipótesis y más cercana que una utopía, que dicha individualidad será profunda y sincera, porque será producto del quehacer colectivo... un camino que jamás será el último, pero que podríamos tomar, a ver qué sucede. El debate queda abierto...

Epílogo

Condiciones básicas para hablar de política en Colombia fue, ante todo, un conjunto de pautas o bien, puntos focales con los cuales quise llamar la atención, sobre todo de aquellos y aquellas estudiantes que durante mi ejercicio docente han sentido gran parte o la totalidad de las preocupaciones aquí planteadas. Como es justo y lógico, la crítica puede emerger, no obstante, la intención que nunca fue subliminal y que por propositiva no sería justo catalogarla de contener intenciones “mesiánicas”, creo que por su lenguaje se apartó de un tedioso manual sobre política, creo que cumplió su objetivo: llegar a los estudiantes.

Los estudiantes universitarios son las personas que pueden desarrollar, debatir, destruir o reconfigurar de mejor manera y con más repercusión, todas las ideas aquí presentadas. Por otra parte, la gente común, la gente que forma y no forma parte de la academia, también puede encontrar en medio de todo lo que fue este texto, una serie de vórtices sobre los cuales al menos varias de las muchas preguntas planteadas a lo largo del libro, pueden o no servir para orientar formas de pensar problemas políticos coyunturales.

Por último, siempre seré un convencido de que la comunicación con el autor de un texto es más que necesaria a la hora de poder establecer diálogos constructivos sobre ideas planteadas. Por lo tanto, dejo a merced del lector o lectora, la decisión de comunicarse conmigo si así lo requiere. Con gusto y de seguro, hablaremos de política en Colombia.

Bibliografía

- Aguilera, M. (1985). *Los comuneros guerra social y lucha anticolonial*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional.
- Andrade, E. (1990). *Introducción a la ciencia política*. México D.F., México: Harla.
- Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia*. Madrid, España: Alianza.
- Atehortúa, A. (2010, abril). El golpe de Rojas y el poder de los militares. *Fólios*, (31), 33-48. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n31/n31a03.pdf>
- Banco de la República. (s. f.). *La Bagatela*. Recuperado de <http://www.ban-repcultural.org/blaavirtual/historia/la-bagatela/indice.htm>
- Beltrán, L. R. (2005). *La comunicación para el desarrollo en Latinoamérica: Un recuento de medio siglo*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Biagini, H., & Fernández, D. (2015). El neoliberalismo y su ética gladiatoria. En Biagini, H., y Peychaux, D. (Comp), *Democracia, neoliberalismo y pensamiento político alternativo* (pp. 115-122). Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Lanús.
- Bobbio, N. (1995). *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Roma, Italia: Taurus.
- Bourdieu, P. (Enero 1972). *La opinión pública no existe*. Conferencia llevada a cabo en Noroit (Arras). Recuperado de http://sociologiac.net/biblio/Bourdieu_OPE.pdf
- Cascales, A., Real, J. J., & Marcos, B. (2011). Redes sociales en internet. *Revista electrónica de tecnología educativa*, (38), 1-18. Recuperado de <http://www.edutec.es/revista/index.php/edutec-e/article/view/381/118>

- Central Unitaria de Trabajadores de Colombia (CUT). (2013). *Masacre de las Bananeras diciembre 6 de 1928*. Recuperado de <http://comunicandes.org/pdf/2013/MASACRE%20DE%20LAS%20BANANERAS.pdf>
- Cortés, H. (2011). *Los comuneros. ¿Una revuelta anti-colonial?* (tesis de pregrado). Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/7171/1/heidicortesacosta.2012.pdf>
- Contravía, M. (Productor). (2007). *Confesiones de un exparamilitar* [Youtube]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=TOFsMqEhDeQ>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2015). *Tercer Censo Nacional Agropecuario*. Recuperado de http://wp.presidencia.gov.co/Noticias/2015/Agosto/Paginas/20150811_06-DANE-entre-ga-avance-de-resultados-del-tercer-Censo-Nacional-Agropecuario.aspx
- ElTiempo.com. (11 de marzo de 2015). “La ética no tiene nada que ver con el derecho” dice De la Espriella. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/politica/justicia/la-etica-no-tiene-nada-que-ver-con-el-derecho-abelardo-de-la-espriella/15378415>
- Friedman, M. (1979). *Libertad de elegir*. Nueva York, Estados Unidos: Orbis, S. A.
- Fromm, E. (2007). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Gadamer, H. (1998). *El giro hermenéutico*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Gaitán, J. E. (1946). *Discurso de la candidatura liberal para las elecciones de mayo de 1946*. Teatro Municipal de Bogotá. Recuperado de https://es.wikisource.org/wiki/Discurso_en_el_Teatro_Municipal_de_1946
- Goffman, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Islas-Carmona, J. O. (2008). El prosumidor. El actor comunicativo de la sociedad de la ubicuidad. *Palabra-Clave*, 11(1), 29-39. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64911103>
- Kalmanovitz, S. (1985). *El desarrollo histórico del campo colombiano*. Recuperado de <http://www.banrep cultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo9.htm>
- Klein, Y. (Productor). (16 de noviembre de 2012). *No he dicho ninguna mentira, no he tenido ninguna contradicción (...) di detalles adicionales y más precisos para que la verdad tenga más sustentos* [Audio podcast]. Recuperado de http://www.wradio.com.co/escucha/archivo_de_audio/

klein-no-he-dicho-ninguna-mentira-no-he-tenido-ninguna-contradiccion--di-detalles-adicionales-y-mas-precisos-para-que-la-verdad-tenga-mas-sustentos/20121116/oir/1796524.aspx

König, H. (1994). *En el camino hacia la nación, nacionalismo en proceso de formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750-1856*. Bogotá, D. C., Colombia: Banco de la República.

Lechner, N. (1996). La política ya no es lo que fue. *Nueva sociedad*, (144), 70-86. Recuperado de http://nuso.org/media/articles/downloads/2518_1.pdf

Lenin, V. (1917). *El programa militar de la revolución proletaria*. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1916mil.htm>

Lenk, K. (2000). *El concepto de ideología, comentario crítico y selección sistemática de textos*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

Liévano, I. (2002). *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. Bogotá, Colombia: Intermedio.

Liévano, I. (2013). *Boltvar*. Bogotá, Colombia: Grijalbo.

Lourdes, V. (2006). *Cuando la Guerra Fría llegó a América Latina... La Política Exterior Norteamericana hacia Latinoamérica durante las presidencias de Eisenhower y Kennedy (1953-1963)*. Centro Argentino de Estudios Internacionales. Recuperado de <http://www.caei.com.ar/working-paper/cuando-la-guerra-fr%C3%ADa-lleg%C3%B3-am%C3%A9rica-latina-la-pol%C3%A9tica-exterior-norteamericana-hacia>

Marx, C. (1989). *Contribución a la crítica de la economía política*. Moscú, Rusia: Progreso.

Murga, J. (2015). *7 mecanismos de defensa inconsciente*. Recuperado de <http://www.recursoseautoayuda.com/7-mecanismos-de-defensa/>

Nariño, A. (28 de julio de 1811). Continuación del Gobierno de los Estados Unidos. *La Bagatela*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/la-bagatela/la-bagatela2.pdf>

Ocampo, J. (2009). *La independencia de Colombia*. Bogotá, Colombia: Bicentenarios de América Latina.

Papa Francisco. (24 de mayo de 2015). *Carta encíclica. Laudato si'*. Recuperado de: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

- Proudhon, P. (2005) ¿Qué es la propiedad? Investigaciones sobre el principio del derecho y del gobierno. Buenos Aires, Argentina: Libros de Anarres.
- Quintana, J. (2007). En los albores de la ‘Ideología’ en España. *Historia de la psicología*, 28(2/3), 205-211. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2383454>
- Quintero, L. (2008). Los “pájaros” del Valle del Cauca. *Estudios de derecho*. 243-258.
- Rivas, L., & Rosado, J. (2007). *María Cano 1887- 2007. Una voz de mujer les grita*. Medellín, Colombia: Escuela Nacional Sindical.
- Ricoeur, P. (2002). *Del texto a la acción. Ensayo de hermenéutica II*. México, D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Rose-Ackerman, S. (2001). *La corrupción y los gobiernos: causas, consecuencias y reforma*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Sacks, O. (1987). *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona, España: Anagrama.
- Semana.com (14 de mayo de 2016). “Hacer invivible la república” dice Laureano Gómez. *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/opinion/articulo/antonio-caballero-resistencia-civil-de-alvaro-uribe-fo-menta-guerra-civil/473487>
- Thoreau, H. (1980). *Del deber de la desobediencia civil*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Pi.
- Touraine, A. (1997). ¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes. México, D.F. México: Fondo de Cultura Económica.
- Uribe, R. (1904). *Socialismo de Estado*. Conferencia dictada en el Teatro Municipal de Bogotá. Recuperado de <http://cruzadasur.blogspot.com.co/2012/01/socialismo-de-estado.html>
- Uribe, R. (1910). *Los problemas nacionales*. Bogotá, Colombia: imprenta eléctrica.
- Verdadabierta.com. (2008). *Masacres*. Recuperado de <http://www.verdadabierta.com/masacres-seccion/596-masacres-1997-2001->
- Weber, M. (1919). *El político y el científico*. Recuperado de <http://www.hacer.org/pdf/WEBER.pdf>

Žižek, S. (2000). *Mirando el sesgo. Una introducción a Jaques Lacan a través de la cultura popular*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Žižek, S. (2001). *Slavoj Žižek en español*. Rio de Janeiro, Brasil: Record.



Esta obra se editó en Ediciones USTA,
Departamento Editorial de la Universidad Santo Tomás.
Tipografía de la familia Baskerville Style BT
2017.

El presente texto es una reflexión que surge a partir del diálogo directo con los estudiantes, con sus preocupaciones, sus inquietudes, sus dudas, su desconocimiento, sus certezas, utopías, distopías, desesperanzas, desconfianzas y anhelos frente a los escenarios políticos que reconocen. Por lo anteriormente mencionado, el presente texto significa, nada más que el propósito de escribir a ese grupo esencial de la universidad: los estudiantes, sin distinción de género o cultura.

El lector hallará aquí referencias teóricas claras, referencias bibliográficas explícitas y propuestas lógicas que darán cuenta del tratamiento conceptual a las problemáticas que se plantearán capítulo a capítulo. Empero, y como sana advertencia, si el lector espera encontrarse un tratado sobre política, se llevará una gran decepción, ya que atendiendo a un clamor de base, fáctico y esencial, el presente libro, sociológicamente se puede anunciar ni más ni menos como un texto cuyas características más cercanas son la formulación de preguntas, el metalenguaje, la exclamación, el salto atemporal histórico, al mejor estilo de las películas que van pasando las partes del final desde el comienzo y luego se devuelven obligando a los espectadores a tejer autónomamente formulaciones lógicas de posibles desenlaces para estructurar una comprensión general.

